



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Jefatura de Maestría en Psicología

Cuernavaca Mor., a 13 de Mayo de 2021

FPSIC/SPOSG/MAEST/2021/259

ASUNTO: Votos Aprobatorios

DR. GABRIEL DORANTES ARGANDAR
COORDINADOR ACADÉMICO
DEL PROGRAMA DE MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T E

Por este medio, me permito informar a usted el dictamen de los votos aprobatorios de la tesis titulada: ***El apoyo social como estrategia para la superación del fatalismo, en jóvenes egresados de educación superior*** trabajo que presenta el C. **“Jorge Manuel Arenales Flores”**, quien cursó la MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA perteneciente a la Facultad de Psicología de la UAEM, en las instalaciones de la Facultad de Psicología.

Sirva lo anterior para que dicho dictamen permita realizar los trámites administrativos correspondientes para la presentación de su examen de grado.

A T E N T A M E N T E

VOTOS APROBATORIOS			
COMISIÓN REVISORA	APROBADO	CONDICIONADA A QUESE MODIFIQUEN ALGUNOS ASPECTOS*	SE RECHAZA*
DRA. MARÍA ELENA ÁVILA GUERRERO			
DR. GABRIEL DORANTES ARGANDAR	X		
DRA. ESPERANZA LÓPEZ VÁZQUEZ	X		
DRA. BERENICE PÉREZ AMEZCUA	X		
MTRA. SANDRA MARQUÉZ OLVERA	X		

*En estos casos deberá notificar al alumno el plazo dentro del cual deberá presentar las modificaciones o la nueva investigación (no mayor a 30 días).

C.c.p.- Archivo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Jefatura de Maestría en Psicología

Cuernavaca Mor., a 13 de Mayo de 2021

FPSIC/SPOSG/MAEST/2021/259

ASUNTO: Votos Aprobatorios

DR. GABRIEL DORANTES ARGANDAR
COORDINADOR ACADÉMICO
DEL PROGRAMA DE MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T E

Por este medio, me permito informar a usted el dictamen de los votos aprobatorios de la tesis titulada: ***El apoyo social como estrategia para la superación del fatalismo, en jóvenes egresados de educación superior*** trabajo que presenta el C. **“Jorge Manuel Arenales Flores”**, quien cursó la MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA perteneciente a la Facultad de Psicología de la UAEM, en las instalaciones de la Facultad de Psicología.

Sirva lo anterior para que dicho dictamen permita realizar los trámites administrativos correspondientes para la presentación de su examen de grado.

A T E N T A M E N T E

VOTOS APROBATORIOS			
COMISIÓN REVISORA	APROBADO	CONDICIONADA A QUE SE MODIFIQUEN ALGUNOS ASPECTOS*	SE RECHAZA*
DRA. MARÍA ELENA ÁVILA GUERRERO	X		
DR. GABRIEL DORANTES ARGANDAR	X		
DRA. ESPERANZA LÓPEZ VÁZQUEZ	X		
DRA. BERENICE PÉREZ AMEZCUA	X		
MTRA. SANDRA MARQUÉZ OLVERA	X		

*En estos casos deberá notificar al alumno el plazo dentro del cual deberá presentar las modificaciones o la nueva investigación (no mayor a 30 días).

C.c.p.- Archivo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento firmado electrónicamente de conformidad con el ACUERDO GENERAL PARA LA CONTINUIDAD DEL FUNCIONAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA PROVOCADA POR EL VIRUS SARS-COV2 (COVID-19) emitido el 27 de abril del 2020.

El presente documento cuenta con la firma electrónica UAEM del funcionario universitario competente, amparada por un certificado vigente a la fecha de su elaboración y es válido de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ESTADO DE MORELOS emitidos el 13 de noviembre del 2019 mediante circular No. 32.

Sello electrónico

GABRIEL DORANTES ARGANDAR | Fecha:2021-05-13 11:47:44 | Firmante

EAKvbn+zU6i79mz2Prb+VRPEsbNaFOFTrG16koL6ThzuT+hmnBivjl+PxjmTQMv/fzcaYHPYGwJEoUB55CU4YldTS6s3/8lmuL7e6dNlgzu8rm6Sw3Ke16L9myGOW/qM2EEYML9XHauJCBa39xcMqSuq9ojQe91AYqOdwZJYpVoKRBXg75vaxTsXU2XwixCHNp++Gk2s8llp4Wd9bfWNxf8V+3guh4O/eD7uCNsHha4IT3GykM4VOT1dyMJU9RWWVSKBvJdrolQ8mGEDqBW51WZgHgGfZdpQmo0+S+m7AB97MqZCY6ZdpNmrmJ4Kuhqbw1PM7koTtrZ5pb/98IA==

BERENICE PEREZ AMEZCUA | Fecha:2021-05-13 17:57:58 | Firmante

KhpviDYdFy7NAO8T+53nfwBAqfV3iNINPQZH1f4GlsHubAAMP1qe+iSv1Eym+/iRd17EKcWtdX+weRX3eB/579OGZ1c7NbfWNeSPtzaC+tHbD8F4mLUmX81wotpdq4mhA7J/vh4o/KQyy3dy7hvOr1yQzwtzk4Q9ulqbbqYmYZezJ7XIS7TPDVkz0UbXtBSe+JRNVCnSPuRC4uunodSSIBE52oWedw8u4jx2G36Eb0SB+/QTP2WRGoCxCuUcDvxtalVnvCmB7SGONKlp0NWTwoY88hvGgKAAtBTKDDhbMaF0sJ6yHVqNNfeHygYvxij2f2ugagQ4TKzpUw5iHU4sLg==

SANDRA MARQUEZ OLVERA | Fecha:2021-05-19 17:33:15 | Firmante

0k7+v31/wadPz9hTuC9w6C54R2S5SBqTdW/buM9DV2GfQK0tYEuJoRqeT6bhfh/Ybv+5eAellD+okVrmGCV3R2Wyx7+2HwWm8LoAvqkUHTMhoO1M+/+pidtBCb4cU9ssnyad6eGkqt75Cd8XJ35xNvc3ySWnIHnG2wjf4CUHF1sO6NqrCbxCvrEp3B1Ac6sf5kS2CrDdjxiORxAKvLtnGdji+HhUH1VbzzTi0DwuMQ6OFHVopGAg07mVH2Y5IPjUFBKN/3XBkZxxYsCBilt6T8VA1F0PxuhYNwEoA+mJ+uSho2wcJVrKGCsKwQQ5dwXLIYzMNA67dFsnqk+rTrUA==

ESPERANZA LOPEZ VAZQUEZ | Fecha:2021-05-23 12:48:59 | Firmante

T8IF0YxP2ussbBkielrwtWQjQq6U3A+A0qLIZhCKqqtAj2JH+9FH3krRIKSRnTopZrgM2/7Djc9nvijlvFIDtQ/fOgBfy7qGXfPT69r5hieTJm0xzPuKd+fJLZSDI6TeTSM9Lg5SE/zekn4ezk1FH0OCrgtdRhJmnHa/MbBsgQBZtr1/ng9sG2ubux+9pCRf+3i5/bb2WpY9rQHU6+mOM/hQnAkWMIkjkzVbmMw43kw/hYIjz45iP7cs94lqjfdP6/PQRtMmVmclCXLnPXpSqNBj7mbui5yAdVliVssnHdlTFQU2oS68wVoWGedlQ48pV9O7fNNhmEroiyrqQX35Q==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:



ZLJTs7

<https://efirma.uaem.mx/noRepudio/3f1kCQ2wpnIIE3hYz0RmfvIwFXZS6dLR>





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Maestría en Psicología.

*El apoyo social como estrategia para la superación del fatalismo, en jóvenes
egresados de educación superior.*

ALUMNO:

ARENALES FLORES JORGE MANUEL

DRA. MARÍA ELENA ÁVILA GUERRERO

COMITÉ TUTORIAL:

DR. JESÚS ALEJANDRO VERA JIMÉNEZ DR.

GABRIEL DORANTES ARGANDAR DRA.

BERENICE PÉREZ AMEZCUA MTRA.

SANDRA MÁRQUEZ OLVERA



ÍNDICE	PÁG.
Introducción.....	4
 APARTADO TEÓRICO.....	 8
 Capítulo 1. Desempleo y juventud en México.....	 8
Los jóvenes en México.....	8
1.2 El desempleo juvenil en México.....	22
Capítulo II. El síndrome fatalista.....	36
2.1. Referentes teóricos y empíricos del fatalismo.....	36
2.2 La condición fatalista de los jóvenes en México.....	48
Capítulo 3. El apoyo social.....	61
3.1. Referentes teóricos y estudios empíricos.....	61
3.2. Apoyo social y bienestar en los jóvenes.....	64
3.3. Apoyo social y los grupos de apoyo social.....	67
3.4. El apoyo social en los jóvenes.....	72
 APARTADO EMPÍRICO.....	 79
Capítulo 4. Problema y objetivos.....	79
4.1. Problema de estudio.....	79
4.2. Objetivos de trabajo.....	82
 Capítulo 5. Materiales y método.....	 83
5.1 Diseño.....	83
5.2. Universo y Muestra.....	83
5.3. Programa federal “Jóvenes Construyendo el Futuro”.....	84
5.4. Instrumentos.....	85
5.5 Procedimiento.....	89
5.6. Aspectos éticos.....	90
Capítulo 6. Resultados.....	91
6.1 Resultados descriptivos.....	91

6.1.1 Descriptivos por sexo.....	92
6.1.2 Descriptivos por edad.....	96
6.2. Resultados analíticos.....	104
6.2.1 Análisis de fiabilidad.....	104
6.2.2 Diferencias en función del sexo y la edad.....	104
6.2.3 Diferencias en función del Pretest-Postest.....	110
6.3 Discusión de resultados.....	112
Conclusiones.....	128
Referencias.....	131
Anexos.....	143

Introducción.

La situación de precariedad en la que se encuentra la gran mayoría de las personas en nuestro país es debido, entre otras cosas, al deterioro de un sistema político-económico que ya no es capaz de sostener las demandas elementales de bienestar social de un gran sector de la población, lo que trae consigo problemas de diferente índole, que van desde problemas de salud, el surgimiento del crimen organizado y sus múltiples consecuencias, hasta el debilitamiento de la cohesión social.

Dentro de los grupos que son afectados de manera directa por esta situación encontramos al sector de los jóvenes, grupo social que se encuentra en un proceso de transición a la vida adulta y que gran parte de las veces no cuenta con los recursos necesarios, ni con la experiencia laboral que se necesita para hacerle frente a la vida adulta con total solvencia.

Por lo anteriormente dicho, resulta necesario ver cómo los jóvenes están entendiendo ese fenómeno, conocer los efectos psicosociales de estas situaciones de precarización constante en todos los sentidos y verificar si por medio de la creación de redes de apoyo social entre pares, que son partícipes directos de este fenómeno, pueden darle un sentido menos fatalista y promover la participación y organización social, al margen de lo que puede o no ofrecerles el sistema.

El principal objetivo de esta investigación es identificar y explicar los cambios manifiestos en la condición fatalista de jóvenes desempleados a partir del programa “Jóvenes Construyendo Futuro”, para entender si existe alguna tendencia específica dentro de este grupo o si alguno de los factores que componen esta condición está más presente que algún otro.

Para ello hemos dividido la tesis en dos apartados; uno teórico con los conceptos y posturas que fundamentan y dan sentido a la segunda parte: el apartado empírico en donde se describe el proceso de intervención, selección y contacto con los participantes para llevar a cabo las diferentes

acciones de la intervención, además de los resultados, las conclusiones y la propuesta de intervención para atender la problemática arriba descrita.

En el primer capítulo del apartado teórico, se problematiza sobre cuáles son las características principales del concepto de fatalismo, cómo se desarrolló por medio del aporte de otros teóricos y fue acuñado en la PC latinoamericana, la relevancia que ha tenido dentro de nuestra disciplina teórica y empíricamente, la conformación, desarrollo de teorías y la refutación de algunas otras y también cómo ha servido para el desarrollo de diferentes modelos de intervención.

El segundo capítulo de este primer apartado, tiene como objetivo desarrollar la definición de joven o de juventud, como categoría de análisis con extensa relevancia dentro de las ciencias sociales y cómo a partir de esta categoría podemos entender la situación que vive en la actualidad este grupo, por medio de diferentes variables estructurales, históricas, culturales y económicas se termina determinando la conformación de la subjetividad de los mismos.

En el último capítulo se desarrolla la noción de apoyo social, otro de los conceptos fundamentales de la Psicología comunitaria, entendido como la posibilidad de encontrar estrategias para afrontar los problemas por medio del apoyo colectivo, en distintos niveles y espectros de la vida social. En este caso el programa del cual hacemos uso para el estudio, es tomado como la fuente de apoyo social que permitirá a los jóvenes no sólo una retribución económica sino una mejora en un nivel psicosocial.

En el apartado empírico, se presentó el diseño de la investigación, los criterios de elegibilidad de la muestra, se describen los instrumentos, se presenta el procedimiento, así como

una descripción del Programa federal “Jóvenes Construyendo el Futuro”¹. Se exponen también los aspectos éticos que rigen el presente trabajo.

El diseño metodológico es no experimental, exploratorio y de naturaleza cuantitativa, la muestra incluye a jóvenes de la región oriente del Estado de Morelos que forman parte del programa ya citado y que concluyeron una licenciatura.

Para elegir las muestras se tomaron en cuenta los criterios a continuación descritos: el haber concluido con sus estudios a nivel licenciatura, no importa en qué área, estar en activo en el programa ya señalado y radicar en la zona oriente del Estado de Morelos.

Para dichos objetivos, se utilizó la Escala multidimensional de fatalismo. -EMF- (Esparza y Wiebe, 2010):

La escala está compuesta por 5 factores: Fatalismo. Pesimismo/desesperanza. Locus interno. Suerte. Control Divino. A su vez, cada uno de los factores está compuesto por seis reactivos, los cuales pueden ser respondidos según una escala Likert que va desde totalmente en desacuerdo (1) hasta totalmente de acuerdo (5).

Para la aplicación de la escala se pidió permiso a las autoridades que llevan el programa a nivel estatal, se visitó a las diferentes instancias públicas y privadas que participan en el programa y se informó a los participantes de los objetivos de la intervención para poder aplicar el instrumento.

¹ El programa “Jóvenes Construyendo Futuro” es un programa cuyo objetivo es buscar que miles de jóvenes entre 18 a 29 años puedan capacitarse en el trabajo. El Gobierno de México les otorga una beca mensual de 3,600 pesos para que se capaciten durante un año (Secretaría del trabajo y previsión social, 2019) y posteriormente puedan incorporarse al mercado laboral.

Finalmente, presentamos un capítulo con los principales hallazgos que se encontraron en los jóvenes participantes del presente estudio, cuáles son las características principales que se pueden catalogar como fatalistas, y, por último, presentamos la discusión teórica de los principales hallazgos.

APARTADO TEÓRICO

Capítulo 1. Desempleo y juventud en México.

1.1 Los jóvenes en México.

Lejos de las características biológicas que le han sido asignadas a cada etapa de la vida, lo que se necesita para entender el papel que desempeñan los jóvenes dentro de nuestra sociedad es analizar cómo ésta categoría se fue conformando por medio del devenir histórico y las diferentes rupturas y conflictos sociales del Estado con la sociedad, cómo es que por medio de la participación política, la inserción al mercado laboral y la conformación de subjetividades heterogéneas, es que la categoría de lo juvenil tomó fuerza dentro de los estudios para entender a la sociedad.

En primer lugar, es interesante descubrir cómo los primeros análisis de lo juvenil ayudaron a que se construyeran los paradigmas hegemónicos de los cuales se partiría para realizar análisis posteriores. Los jóvenes varones y urbanos, se convirtieron en los depositarios de los significados de ser joven (Reguillo, 2013) y, aunque la diversidad y complejidad de lo que significa ser juvenil se ha ramificado en estudios posteriores, son construcciones periféricas que quedan supeditadas a las características que se dieron líneas arriba, por lo que hablar de juvenil debe ajustarse siempre a otras categorías que se den mayor amplitud al empleo del término; (Urteaga, 2013) dice que está entrelazado con categorías como sexo, género y clase social.

Según Reguillo (2013, p. 10-11) es posible reconocer tres momentos determinantes en torno a la concepción de lo que significa ser joven en nuestro país:

- a) La emergencia de un actor político juvenil, a través de la categoría estudiantil, que parte del movimiento del “68”.

- b) La emergencia del joven popular urbano, a través principalmente de las bandas juveniles, espejo invertido del llamado milagro mexicano, y su molesta intromisión en la declaración de nuestra modernidad capitalista, hacia principios de los años ochenta y,
- c) La emergencia de las culturas juveniles que, a través de modos diferenciados de auto-reconocimiento y hetero-reconocimiento, dieron cuenta de la globalización de las identidades, la cual ponía en evidencia que el mundo ya no se agotaba en las adscripciones o fidelidades locales; este momento arranca a finales de los años ochenta, pero es en los noventa cuando alcanza su punto más alto, tanto en el plano de a discusión académica como en el ámbito del discurso mediático.

Si bien este somero recuento es susceptible de cuestionamientos y correcciones, también es posible pretender que, a partir de esta caracterización, podemos esbozar cómo se ha dado (y se sigue dando) el estudio de lo juvenil. Además, que la categoría de jóvenes es una construcción sociocultural (Reguillo, 2013) producto de la posguerra, caemos en cuenta de que la dimensión cultural es determinante en la concepción que aquí intentamos adoptar de lo que significa ser joven.

Y es que la edad tiene una profunda raigambre histórica y esa ve afectada por el contexto, por ejemplo, Pérez (2013) toma en cuenta algunos aspectos demográficos para determinar (nuevamente de manera sociocultural) el momento en que se transita de la adolescencia a la juventud: dejar la escuela e incorporarse al primer trabajo están relacionadas con la esfera pública (Pérez Islas, 2013) y tres relacionadas con la esfera familiar: abandonar el hogar paterno, casarse y tener el primer hijo.

En ese mismo sentido, autores como Bourdieu (1990) también hablan de la intersección que existe entre edad biológica y edad social, como la manera de demarcar los límites y de producir un orden en el que cada persona tiene un lugar determinado. Manheimn (1993) que la relevancia

de lo biológico sólo adquiere sentido en el ser con el otro, es un hecho histórico y social dado dentro de los grupos. Desde la antropología (Benedict, 2008) se dice que lo cultural es lo que media lo natural y el comportamiento, entonces la edad queda ligada a expectativas específicas de cada contexto

La categoría de juventud, no es una categoría neutra y se encuentra profundamente relacionada con las categorías de clase social y etnia (Urteaga, 2013) y, entre las tres, representan diferentes tipos de desigualdades, producto de las múltiples interacciones sociales y de poder históricamente constituidas en cada país y región y terminan siendo utilizadas como dispositivos para regular y contener las relaciones asimétricas (Urteaga, 2013) entre los jóvenes y los adultos; ricos y pobres, entre quienes poseen el capital y poder y quienes no lo poseen; blancos, mestizos e indígenas y, por supuesto, entre hombres y mujeres.

Es importante hacer hincapié en que estas construcciones son socioculturales y que han conseguido transformar las diferencias biológicas y de edad, en jerarquías de poder, de estatus y de nivel económico (Urteaga, 2013) a través de complejos sistemas de diferenciación culturales, que naturalizan de manera perenne la posición de subordinado y dependiente de las mujeres, los jóvenes, los pobres, la clase media y populares y los indígenas (Urteaga, 2013). Esto nos lleva a hacer más enriquecedor el análisis de la juventud ya que no es posible hacer un análisis de la misma como un elemento aislado y ahistórico, tiene que ver con otras variables que se plasman en la realidad y que es necesario entender para dar cuenta de lo que significa ser joven en México.

De acuerdo con Urteaga (2013), cada una de estas categorías de análisis tiene diferentes niveles: un aspecto micro social (vinculado con enfoques que subrayan las capacidades individuales), un aspecto relacional (vinculado con la producción de estas desigualdades en diversos campos de la interacción social) y un aspecto estructural (más holístico, ubicado en las estructuras de posiciones y mecanismos más amplios de distribución de los beneficios y las

cargas). Estas categorías se concatenan (Urteaga, 2013) con múltiples líneas: urbana, rural, regional, global, de preferencia sexual, de migraciones, generacional, de nacionalidad, política, de vestido, de gustos musicales, etcétera.

México representa altos índices de desigualdad e inseguridad en muchos niveles, y según Valenzuela (2013), es definida por los elementos que pueden limitar o no, la construcción de proyectos viables de amplios sectores de la población. La gran mayoría de los jóvenes en México no tiene la posibilidad de construir planes individuales sobre su vida ya que las condiciones de vida no les permiten elaborar un plan debido a la incertidumbre que existe sobre el futuro y sobre el presente. Este fenómeno se puede fácilmente incluir entre los síntomas del fatalismo, la imposibilidad de poder pensar o imaginar el futuro debido a la poca seguridad que me otorga el presente, por tanto, los jóvenes se encuentran en una posición de estatismo, sin la seguridad de un presente, es mejor ni siquiera vislumbrar lo que pudiera ocurrir en un futuro.

La vulnerabilidad se sustenta en la pobreza (Valenzuela, 2013), la falta de empleos, la precarización laboral, el deterioro de las instancias de seguridad social, la migración tanto interna como externa, el miedo y la inseguridad, todo ello provocado por el deterioro de las estructuras sociales que anteriormente garantizaban, más o menos, que estos indicadores se mostraran de cierta manera estables y no se dispararan ni los niveles de desempleo como la migración masiva, entre otros (Valenzuela, 2013).

Por otro lado, la desigualdad tiene como origen la concentración de riqueza en unas cuantas manos, la corrupción que favorece la acumulación privada y la explotación, los privilegios de los de las clases dominantes (Valenzuela, 2013), el uso despótico de la justicia, la impunidad y poca participación ciudadana en procesos de denuncias y otros aspectos legales. Además de que las instituciones que se encargaban de prestar los servicios sociales indispensables también entraron

en un periodo de crisis. Y esta crisis es trasladada a los individuos que las sufren, que se agotan en la impotencia de ver que hay todo un sistema que los supera y los deja inermes ante la vida.

Por ejemplo el seguro social y el mismo sistema educativo con su capacidad para adecuarse a los retos del nuevo milenio en donde la oferta no era tan alta no obstante, garantizaba educación de calidad a quien tomara parte de la misma (Valenzuela, 2013), así como la probabilidad de ocupación laboral de las personas que lograran concluir los estudios superiores de manera casi inmediata, la cantidad a lo mejor no era la suficiente para cubrir las necesidades de un país en pleno desarrollo sin embargo la calidad al menos estaba garantizada y no existía una brecha de desigualdad entre planteles educativos.

El discurso político de los años setenta, privilegiaba la calidad por encima del acceso y de la equidad. Se buscaba la manera de establecer una relación directa entre las necesidades de la economía y los productos del sistema educativo. De ahí que el siglo veinte, cierre con un debate (Cordero, 1999) sobre cuestiones tales como eficiencia, estándares mínimos, exámenes, descentralización y gestión, y discusiones sobre el tipo de educación necesaria para cierto tipo de economía.

Además, más de la mitad de la población vive en condiciones de pobreza y el desempleo se cierne sobre un gran número de personas. La encuesta nacional de ocupación (ENOE, 2008), destaca que los jóvenes de entre 24 y 29 años representa el 58% de la población desempleada. Por lo que la desigualdad y la pobreza (en un país de por sí pobre y desigual) afecta principalmente a los jóvenes, por lo que se puede inferir que los jóvenes son el grupo, o uno de los grupos, que más se ven afectados por las crisis actuales.

La ausencia de empleos y la precarización de los existentes expresan la desarticulación de bases sociales (Valenzuela, 2013). También observamos, de manera trágica, cómo la educación es afectada por estos fenómenos. La educación pierde calidad y apoyos como resultado del creciente

interés gubernamental por vulnerar la educación pública y apoyar la privada, a lo cual se añaden (Reguillo, 2013) la mala calidad educativa, la deserción escolar, la disminución de los presupuestos de las universidades y la falta de oportunidades para jóvenes que desean iniciar una carrera universitaria.

Como se ha venido diciendo a lo largo de este documento, la condición juvenil está sujeta a variables estructurales que determinan los diferentes tipos de subjetividades que determinan lo juvenil, clase, etnia, clase social, escolaridad y género. Por lo que lo juvenil tiene que entenderse desde diferentes perspectivas y articularse en un entramado social que tome en cuenta diferentes consideraciones. Hay varios fenómenos que se deben analizar por separado para entender la complejidad de lo que significa ser joven en México, pero si se hiciera de manera minuciosa, esas pretensiones rebasarían el modesto cometido de este documento, así que ese análisis se hará de manera somera.

Desde un punto de vista estructural (Reguillo, 2012) puede afirmarse que existen dos tipos de juventudes: una mayoritaria, precarizada, desarticulada y alejada no sólo de lo que se denomina la sociedad; sino desconectada o desafiada de las instituciones y sistemas de seguridad (educación, trabajo) sobreviviendo apenas con lo mínimo y otra minoritaria, conectada, incorporada a los circuitos e instituciones de seguridad, y en condiciones de elegir. Bifurcación que al final marca la pauta de cómo se vive en México, la polarización de los sectores sociales y la desigualdad como determinante de la vida misma.

Probablemente, en el plano de lo estructural, se debería asegurar que el núcleo de desigualdad entre los jóvenes mexicanos se concentra en dos palabras clave: alternativas y acceso. De un lado la posibilidad de elegir, de decidir o no, de organizar o no, una ruta biográfica en la que le sea posible, o no, (Reguillo, 2013) acceder a los espacios, instituciones, sistemas que

ofrezcan un mínimo de certezas para imaginar el futuro y por otro lado, la imposibilidad e incluso desconocimiento de estas rutas.

Se afirma que estas posibilidades de acceso que la gente va generando en torno a las posibilidades está inscrita en la teoría de Bourdieu de los capitales sociales Bourdieu (1997) en donde las diferentes posibilidades tienen que ver con la red de conexiones, por un lado, como lo es el capital social y los conocimientos internos, el acceso a instancias educativas y materiales como libros, que podrían entrar en la definición de lo que se conoce como capital cultural.

Otro aspecto para destacar es que un gran número de jóvenes en el país dependen de los soportes, solidaridad y vínculos con la familia, tanto nuclear como extensa, para poder desarrollarse dentro del entramado social (Pérez, 2013), es menor el número de jóvenes cuyo desarrollo se vincula con soportes sistémicos e institucionales (Reguillo, 2013). A las dificultades de acceso del capital escolar se suman la poca pertinencia de este capital adquirido para intentar convertirse en un mecanismo de movilidad de social, o cuando menos de escape a la marginación.

Muchos jóvenes son inexorablemente conducidos hacia la aceptación cómplice o resignada de aquellas cosas que los marcan, los marginan, los precarizan, los excluyen (Reguillo, 2003). Esto tiene un enorme peso en la configuración de sus identidades, de la autopercepción como individuos con beneficios cívicos y esencialmente humanos. No hay mayor adversario para el grupo etario de los jóvenes que su propia y fatalista asunción de inadecuación social, política y laboral (Reguillo, 2013). Es evidente que este problema no es exclusivo de los jóvenes, deben mencionarse otros grupos que son vulnerables y que también se encuentran en una situación precaria y de autopercepción fatalista de maneta constante; indígenas, mujeres, homosexuales, y los pobres en general, (Reguillo, 2013) dice que es un filtro que opera en el caso de los actores que son los subordinados a la sociedad.

Bauman (2001), Beck (1998) y Giddens (1995), han señalado que una de las consecuencias perversas del tardo-capitalismo en lo que toca a la constitución objetiva de las identidades contemporáneas, es la llamada “*inadecuación biográfica del yo*”. Según Reguillo (2013), esta inadecuación se refiere a la autopercepción del sujeto de que es responsable, de manera individual y a partir de sus propias de sus propias decisiones, de su condición de vida.

Esto significa, siguiendo lo que dice Bauman (2001) que el hecho de apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo, ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura (Reguillo, 2013), esto genera un desprecio por la propia persona y genera culpa, violencia y una desvalorización propia, así como una visión pesimista o fatalista del mundo, lo que significa que aquí bien podríamos encontrar el germen de lo que se denomina como síndrome fatalista. Todo ello, aunado a una desinstitucionalización y desafiliación de los jóvenes, es, en palabras de Reguillo (2013) la corrosión en las dinámicas e instituciones que durante la modernidad han operado como espacios de acceso e inclusiones sociales.

Todas estas vicisitudes son las que terminan permeando la condición de lo juvenil en México. La inadecuación del yo, es decir, la insuficiencia biográfica (Término de Bauman, retomado por Reguillo, 2013), la narrativa precarizada de la propia vida, la sensación de ser culpable de algo inaprensible se aplica de manera nítida a las expresiones y testimonios de muchos jóvenes que la viven como experiencia cotidiana. La responsabilidad que se desliza fácilmente hacia la culpabilidad y que da como resultado, la pérdida de control de mis propias acciones, la incapacidad de planear el futuro porque, al parecer, se me escapa de las manos y el conocimiento deslindamiento de la responsabilidad colocándolo en la suerte; evidencia clara de que existe el síndrome fatalista.

Entonces es aquí donde aparece una de las trampas del sistema capitalista, colocar en las características individuales de las personas lo que en realidad es un problema social, que emana de la estructura: este fenómeno se llama psicologismo. Es entonces que lo sistémico, es decir, la articulación de procesos, políticas, instituciones y dispositivos, se invisibiliza, no hay interlocutor, visible o agente responsable de la situación, a lo sumo aparecen atisbos de referencias formales, justificaciones que dejan en entre dicho el papel del Estado y de sus instituciones pero no lo critican de verdad y siguen viendo en la experiencia individual el malestar colectivo, siguen fragmentados y sigue segmentada su subjetividad, sin poder articularse con sus pares y, por ende, emprender un cambio.

Para hacer un buen análisis y comprender de manera integral lo que significa la condición juvenil en México, es necesario definir lo que ello implica, es asumir la centralidad sociopolítica que de esta condición se desprende (Reguillo, 2013) y que repercute en el entramado social. Se debe recalcar que la condición juvenil no es unívoca, sino que es un conjunto multidimensional de formas particulares, diferenciadas y culturalmente acordadas que otorgan, definen, marcan, establecen límites y parámetros a la experiencia subjetiva y social de los jóvenes, delimitando de esta manera, los espacios tanto físicos como simbólicos en los que se desenvolverá cada joven dependiendo sus características propias e incorporándose a un subgrupo social, posteriormente.

Estas condiciones o condicionantes se refieren, principalmente, a posiciones o categorías, clases, situaciones, prácticas, autorizaciones, prescripciones y proscripciones que se asumen como naturales (Reguillo, 2013) al orden vigente y tienden a naturalizarse, mejor dicho, tienden a adoptarse como propias o inherentes a esta franja etaria (Reguillo, 2013). Entonces, se asevera, que la condición juvenil se refiere a los mecanismos tanto estructurales como culturales que determinan los procesos de inserción de sujetos concretos, considerándolos jóvenes, en una dinámica sociocultural, histórica y geopolíticamente configurada (Reguillo, 2013).

La condición juvenil se inserta (de manera acrítica las más de las veces) en el complejo social como resultado de prácticas que les preceden, que tienen que ver con el libre mercado, la globalización y el declive del Estado del bienestar (Carballeda, 2012), por lo tanto, la juventud está condicionada por la postmodernidad y sus mecanismo que fragmentan la subjetividad y no permiten una articulación de los sectores populares, creando subjetividades artificiales y arbitrarias, más fáciles de someter pero a la vez más pesimistas y fatalistas, por la separación misma.

Dicho de otro modo (Reguillo, 2013) es un concepto que nos ayuda a analizar, de un lado, el orden y los discursos persuasivos y manera de una prescripción, por medio de los cuales la sociedad define los estatutos en los cuales se es joven, y del otro lado, están los dispositivos de apropiación o resistencia con que los jóvenes encaran estos discursos u órdenes sociales. Se trata de armar un análisis de doble vía, dice Reguillo (2013) para no eludir los marcos constrictivos de las estructuras sociales y que busca incorporar la dimensión subjetiva como elaboradora de la subjetividad, de los jóvenes en su proceso de constitución como actores sociales.

Todo esto se instala en la lógica de la inadecuación del yo que ya se ha mencionado y que parte de un concepto acuñado por Reguillo en base a estudios de los sociólogos antes citados Bauman (2001), Beck (1998) y Giddens (1995). Se dice, entonces, que principalmente en el caso latinoamericano en general y en el mexicano en particular, su ángulo analítico en lo que se ha venido llamando la *desapropiación del yo*, concepto que se ha elaborado por Reguillo (2013) y que está basado en evidencia empírica que esta autora realizó en 2004 con algunos migrantes mexicanos y centroamericanos en situaciones carcelaria, pero que fácilmente se puede utilizar a otros ámbitos en lo que se los jóvenes viven situaciones críticas.

Hay una desaprobación inherente a los jóvenes y a los elementos que los constituyen. La inestabilidad del contexto (Reguillo, 2013) en las condiciones, arranca a los jóvenes la certeza de

que yo, hubiera sido el mismo de no haberse presentado la situación que los hizo cambiar súbitamente de vida (como tener que migrar del campo a la ciudad, el hecho de ser padres de manera repentina y a temprana edad, etc.). La situación se volvió en la determinante de su vida posterior, esto genera que se perciba una pérdida de control sobre situaciones posteriores y por ende, se viva en constante presentismo. Vivimos atrapados por la contingencia.

Dentro de las variables que se deben de tomar en cuenta, aunque sea sólo para echarle un vistazo, es la manera en que los jóvenes construyen las identidades de género y cómo esta construcción se termina entretrejiendo con algunos otros factores como la construcción para espacios de comercio informal o ilegal, así como la construcción de identidades colectivas y populares por medio de las bandas y pandillas. En este sentido la masculinidad (Ramírez, 2013) no es una posición que se obtiene, sino que se prueba de manera constante; es una demostración continua de la distancia, de la lejanía que se tiene que guardar respecto de cualquier influencia que se pueda tomar como feminizante.

Es importante tocar estos puntos, se estableció desde el principio que la juventud no es una ni es homogénea, es un cúmulo de rasgos que terminan siendo incorporados por los jóvenes para ir configurando una personalidad individual pero siempre cerca de un referente en torno a lo sexual y los gustos propios que determinan los gustos musicales, la forma de vestir y las amistades que se frecuentan, la configuración de identidades múltiples y cambiantes que articulan los gustos sexuales, el consumo cultural y los espacios de sociabilidad y de amistad es vital para la comprensión de lo juvenil (Rodríguez, 2006). Por lo que resulta crucial conocer los mecanismos sociales con los cuales se va conformando la juventud.

Basta con hacer un pequeño recuento de las diferentes agrupaciones que existen en México conformadas por jóvenes y que obedecen a la búsqueda de una personalidad e identidad propia, al sentido de pertenencia que muchas de las veces no es posible encontrar en el vínculo primario y

es necesario recurrir a otros espacios (principalmente de pares) para poder obtener el reconocimiento y el acceso a la vida adulta de la cual han sido segregados sistemáticamente y a la cual aspiran a regresar por los medios que sean.

El país se encuentra sumido en la desigualdad, una de las más grandes que existen en todo el mundo. Los jóvenes (Ramírez, 2013) son, entonces, el fiel reflejo de estas desigualdades, y esto se puede comprobar fácilmente en distintos espacios de la vida social, económica, política y cultural; todo ello se traduce en el desempleo, informalidad, en los salarios bajos, en el crecimiento exagerado del crimen organizado: el narcotráfico, la trata de blancas, el tráfico de armas, el secuestro, robo; impunidad y corrupción institucional (Ramírez, 2013) y la pérdida de confianza en los líderes políticos.

Uniendo todas estas variables, es fácil entender el fenómeno por medio del cual los jóvenes no se sienten atraídos por la cultura dominante, se sienten excluidos y marginados de la lógica que impera tanto en el mercado como la que es impuesta por medio de la cultura de consumo (Ramírez 2013), es por ello que un fenómeno recurrente entre los jóvenes es formar bandas con códigos y leyes propias que permitan adquirir los espacios de sociabilidad y de encontrar una identidad, ya que en otros espacios se les ha negado esa oportunidad o simplemente no están de acuerdo con los valores dominantes.

Las bandas y pandillas están constituidas de manera mayoritaria por hombres, y las edades de estos oscilan entre los 16 y los 25 años. El número de sus integrantes puede ser pequeño (Nateras, 2007). Pueden ser grupos que van desde los 30 integrantes hasta la posibilidad de llegar a los 200. La identidad que se construye entre estos grupos es sobre el territorio (Reguillo, 1991). Se crean y se recrean vínculos emocionales que se basan en la hermandad y en la camaradería. El consumo de alcohol y drogas y la búsqueda de poder enfrentarse con las bandas rivales son parte de la vida cotidiana en este tipo de colectivos.

Se puede decir que la forma más común de socializar por parte de estos jóvenes en por medio de la violencia, y aquí volvemos a apelar al argumento de que la violencia, y se ha investigado (Ramírez, 2013) que en todas estas lógicas de la violencia de las culturas suburbanas existe el coexiste un orden social de género. Esta lógica de la violencia tiene como altos valores a la fuerza, la rivalidad, la dureza, el establecimiento jerárquico entre los miembros de la pandilla, el sometimiento del otro; elementos, todos, que constituyen una masculinidad dominante, apegada a las lógicas occidentales, pero otorgándole un cariz distintivo y propio, sin alejarse de los principios “legales” y rituales que prevalecen en las sociedades como la nuestra.

Al final de cuentas, si hablamos de fatalismo como un fenómeno que permea la subjetividad de las personas y que este es la consecuencia directa de una sociedad en decadencia o en crisis, tampoco podemos olvidar que la más de las veces están sustentadas sobre prácticas violentas y se vuelve la forma en que los jóvenes establecen sus relaciones; las prácticas violentas sustentan un orden social, son un elemento estructural que se reconfigura y se recrea de manera cotidiana. Además de que socialmente se ha estigmatizado la figura del joven, ha pasado de ser el portador de la esperanza que anuncia el cambio generacional, a ser visto con suspicacia y recelo como el rompe con el orden establecido y lo malogra.

La comunicación de masas juega un papel importante en la constitución de los paradigmas, valores y prejuicios que se van formando en una sociedad. Dice Reguillo (2007) que existe una tendencia por parte de los medios de comunicación y de las instituciones de seguridad pública, a mirar las agrupaciones juveniles como violentas, disruptivas del orden social. Lo importante es ver cómo estas agrupaciones juveniles o tribus urbanas tienen una postura crítica ante la sociedad, son ejemplo de lo que algunos autores llaman la contracultura (Heath & Potter, 2004) aunque es un sentido demasiado exiguo, tal como hipotetizan estos autores, la contracultura no es peligro real

para el sistema. Me parece que, a pesar de las buenas intenciones de los diferentes colectivos, allí se termina diluyendo sus esfuerzos y no quedan sino en un esbozo.

Estas bandas, autodenominadas “bandas juveniles” o “tribus urbanas” tienen una gran variedad de tendencias que responden a intereses centrados en la política social, la estética, la conciencia social y ambiental, la revaloración histórica, la sexualidad, el rechazo al sistema económico y la globalización, lo que va configurando identidades múltiples (Vázquez, 2002). Pero al mismo tiempo sufren las consecuencias de querer elaborar una forma propia de socialización y de concebir el mundo, siendo, así, segregados de la vida social “normal” y siendo estigmatizados, sin llegar a ser considerados delincuentes, pero tampoco pertenecen al paradigma juvenil dominante.

Por otro lado, se encuentran las pandillas industriales, los barrios; producto de la segregación que se vive en las urbes tanto en el espacio físico como a nivel simbólico y dando lugar a grupos históricos de jóvenes que no se sienten parte, al menos no del todo, de la sociedad y sus demandas. Según Perea (2008, p. 29-31) son los tres los aspectos fundamentales que caracterizan a estas pandillas.

- a) **La ruptura con el orden instituido.** Se refiere a la pérdida de todo vínculo con las instituciones que regulan la vida del individuo en la sociedad, como por ejemplo, la familia, la escuela y el trabajo. La familia no proporciona, por diversos motivos, protección, cuidado, afecto, alimentación, respaldo económico; los vínculos están deteriorados o son inexistentes, y en no pocas ocasiones viven en relaciones de violencia familiar. El vínculo de la escuela se pierde con el paso del tiempo por la imposibilidad de solventar los gastos económicos que implican el proceso de aprendizaje y el traslado, también está el interés, el apoyo por parte de familiares, la carencia de referentes cercanos que muestren la importancia de estudiar. Y sobre

todo la precariedad laboral, caracterizada por un mercado de trabajo deprimido, con inestabilidad laboral y salarios insuficientes.

- b) **El ejercicio de la violencia, el robo y el consumo de drogas.** La pandilla se vuelve un espacio sustitutivo de las carencias y el desamparo; en ella se encuentra cohesión y solidaridad, a cambio de lealtad, participación en las actividades de la banda: la demilitación del territorio, la confrontación con las bandas enemigas, portar armas, recurrir a la delincuencia, a la violencia como medio de obtención de recursos para sobrevivir.
- c) **La amalgama argumental resumida en *hacerse respetar*.** Es un componente inherente a la banda misma. Su práctica acalla los temores, el miedo. Se trata de mostrarse como sujeto capaz de enfrentar desafíos, suprimir el miedo; lo que tiene una implicación simbólica: quien no teme, puede proteger. Se abusa del débil, de quien no es capaz de enfrentarse. Es un asunto al mismo tiempo de género pues la masculinidad dominante implica esta constante competencia frente a la sumisión que, por femenina, es inadmisibles. Hay, también, una referencia a la mujer como objeto, trofeo en disputa por los varones, una manera de imponerse, mostrarse superior ante los otros. En otras palabras, las mujeres no son sino un pretexto, un instrumento, el medio para mostrarse ante los otros, propios y enemigos; es la actualización de un performance de la masculinidad.

1.2 El desempleo juvenil en México.

Para poder empezar a citar cifras que den cuenta de la magnitud que tiene la población juvenil en nuestro país, conviene tener en presente que en México según el artículo 2 de la Ley del Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE, 2013): joven es aquel sujeto de entre los 12 y los 29

años de edad. Por lo que toda persona que esté dentro de este rango de edad, para efectos estadísticos y censales, es considerada joven. Aquí reduciremos el rango de edad por propia conveniencia del presente documento y porque, además de los aspectos biológicos, se están tomando en cuenta procesos de inmersión cultural, mecanismos psicosociales de desarrollo identitario y eventos históricos que determinan el contexto.

En los últimos 30 años, México ha vivido un crecimiento frenético en cuanto a su proceso de industrialización, a la explosión demográfica y a la instauración de una democracia sólida (Valdez, 2013) y aunque estos números representan un indicador positivo, lo cierto es que hay otros datos menos alentadores (Valdez, 2013) fenómenos que han colocado al país en situaciones de vulnerabilidad, el incremento del crimen organizado y la violencia, los altos niveles de pobreza y la migración, entre otros fenómenos que han tenido un efecto decisivo en los diferentes grupos etarios, siendo los jóvenes quienes tienen que cargar con el lastre de las generaciones pasadas y soportar la incertidumbre de un futuro que se desdibuja.

Si hiciéramos un recuento del país en el siglo pasado, se podría caracterizar la historia de México como un modelo de modernidad distinguido por la carencia (Valdez, 2013), las secuelas dejadas por la revolución mexicana, el desencantamiento que existió respecto a los ideales de igualdad y progreso y la permanente migración del campo a la ciudad, en una sociedad que se ha distinguido por los altos niveles de analfabetismo y precariedad en todo sentido. La ciudad de México se convierte en la meca para muchos campesinos que no ven cumplidos sus sueños de tierra y libertad.

Los años treinta y cuarenta concentran tasas de analfabetismo del más del 40% (42.1 y 45.6% respectivamente), y quienes saben leer y escribir se concentran principalmente en las capitales estatales, o bien en algunas cabeceras municipales (SENDGE, 1943). Por lo que los problemas estructurales, heredados del desequilibrio que generó la revolución y demás conflictos

postrevolucionarios, generaron un debilitamiento del tejido social y de las instituciones que proporcionaban los servicios elementales para una vida de calidad.

Dentro de todas las consecuencias de este proceso de “restauración”, si el término cabe, es el nivel educativo, para esas décadas el 80% de la población en edad escolar no asiste a la escuela (Valdez, 2013). A partir de los años sesenta, la categoría juvenil comienza a ser evidenciada y anclada en dos variables principales: Educación y empleo (Valdez, 2013). En donde (según diferentes censos y estudios estadísticos) a lo largo de los años los jóvenes sin quienes presentan la mayor tasa respecto a niveles de desempleo y que, entrados en el siglo XXI, llegan a duplicar a las tasas de adultos en la misma situación.

Actualmente, las estadísticas nos señalan que, de cada 100 niños que ingresan a la primaria, sólo 16 egresarán de la educación superior y únicamente 11 se titularán. Esto se debe a la reducida cobertura que realiza la universidad pública pues sólo alcanza a cubrir el 27% de la población de entre 20 y 24 años de edad (Narro en Márquez, 2010)., un porcentaje alarmante pues está muy por debajo de otros países latinoamericanos, tal como Argentina, cuya educación pública universitaria atiende al 64% de su población con dicho rango de edad (Narro en Márquez, 2010). Más aún, debido a que en el año 2012 la UNAM rechazó al 90% del total de aspirantes, más de medio millón de jóvenes en edad de cursar la licenciatura quedaron fuera de ejercer este derecho y las alternativas que quedan son poco alentadoras.

El panorama para quienes optan por escuelas privadas no es del todo halagador, ya que este tipo de instituciones (en México) tienen una baja reputación en su calidad educativa, en gran medida esto responde a que “...en su afán de cumplir con estándares para su certificación, enfocan mayormente sus esfuerzos en ordenar a la institución educativa desde lo formal, y obviar en muchos casos el aspecto formativo” (González y Ramírez, 2011). Por lo que la proliferación de

escuela de carácter privado, tampoco garantiza una mejora en la oferta del servicio educativo (Narro en Márquez, 2010).

El trasfondo se torna más crítico si consideramos los factores: género, pobres urbanos, sector rural, comunidades indígenas, pues veríamos que existe una profunda desigualdad educativa (Torres, 2013). Y lo más crítico del caso, es que la desigualdad educativa sólo es el principio de la grieta que abre entre los sectores menos favorecidos y aquellos que tienen acceso no solamente a la educación sino a toda la gama de beneficios que les aseguran un mejor modo de vida, que cubre todas las necesidades básicas. A este fenómeno algunos le llaman cinturones de miseria (Valdez, 2013). Y hacen más evidente la marginalidad en la que vivimos.

Otra problemática a la que se enfrentan los jóvenes es a una devaluación de la educación, esto es, “...*la misma cantidad de años de escolaridad, hoy «vale menos» que hace por ejemplo tres décadas*” (Olivares, 2007). En efecto, en la actualidad, los jóvenes tienen mayor acceso a la educación escolar y realizan mayores grados de escolaridad que sus progenitores, pero el tener una mayor preparación académica no garantiza la obtención de empleos bien remunerados, debido a la falta de oportunidades laborales. Un análisis realizado por académicos del Instituto de Investigaciones Económicas (IIE) de la UNAM revela que 71.2 por ciento del total de desempleados en el país cuentan con estudios completos de secundaria y preparación media superior y superior (Torres, 2013). Es decir, en México a mayor escolaridad se está expuesto a mayor desempleo. Por lo que, con o sin educación, los jóvenes se enfrentan a un panorama con empleos precarios de baja remuneración económica.

Sintetizando, Si a la pobreza la medimos en cifras oficiales encontramos que: 52 millones de mexicanos - 46.2% de la población total- la padecen, mientras que 11.7 millones se encuentra en situación de pobreza extrema- (CONEVAL, 2012). Quizá lo anterior queda más claro cuando la CONAPO (2010) plantea que uno de cada cinco hogares tiene dificultades para satisfacer sus

necesidades de salud y educación, elementos críticos de la acumulación de capital humano. En los hogares mexicanos no se están solventando las necesidades mínimas de calidad de vida y esto deviene en una sociedad precarizada con una visión de la vida gris y deprimente.

La pobreza, aunada a la falta de oportunidades tanto educativas como laboral, son lugares propensos para que existan brotes de violencia de todo tipo, narcotráfico, robo, secuestro, etc. Siendo estos, siempre, consecuencia de un deterioro social (Torres, 2013) y la violencia que se encarna en la estructura. El panorama esbozado obliga a interrogarnos: ¿a dónde son orillados los jóvenes excluidos que viven en condiciones de la pobreza, sin educación y empleo? En la medida en que esas preguntas sean contestadas, podemos atisbar una posibilidad de cambio y esperanza, podemos creer en la restauración del ser humano como ser para sí, lejos del proceso de deshumanización al que es sometido, podemos soñar con la utopía; el viable inédito freiriano.

Volviendo a la recapitulación histórica, en los años noventa, con el crecimiento poblacional en pleno (Valdez, 2013) (para ese entonces ya había más de 81,000,000 de habitantes) y las carencia de la modernidad instaladas en la mayor parte de los sectores del país, todo esto como consecuencia de las crisis circulares, y en donde la apertura de los mercados a nivel global poco logra impactar en la vida de las personas (Valdez, 2013). Por el contrario, en esta década, la población nacional juvenil sufre una importante pérdida respecto a la la desocupación, ya que el 4% se encuentra desocupada en comparación con sólo el 1% de la población adulta (INEGI, 1992).

Para 1995 la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) reportó que la tasa de desempleo juvenil (15 a 24 años) fue de 9.6%. Esta visión de la juventud como un periodo de desventaja laboral respecto al sector adulto, cambió drásticamente la perspectiva general que se tenía de los jóvenes; mientras que en las primeras décadas del siglo XX los jóvenes inspiraban romanticismo y esperanza, y representaban a los elgidos (Pérez y Urteaga, 2004) que en algún serían los que iban a decidir el rumbo del país, desde la mitad de siglo y hasta hoy en día esa

mirada cambió: las consecuencias económicas de la migración campo-ciudad provocaron los primeros cinturones de misera (Valdez, 2013) de las familias que se atrevía a tomar la decisión de migrar.

Los centros urbanos fueron incapaces de absorber no sólo la mano de obra sino las condiciones que permitieran a estas familias establecerse e insertarse en la vida productiva (Pérez & Urteaga, 2004) también en la social y cultural del país. Por el contrario, la educación, y el acceso a espacios de esparcimiento y diversión, a eventos culturales y programas de salud fueron prácticamente nulos, por eso siempre ha habido manifestaciones de la desigualdad que se terminan concretando en la figura de los jóvenes, figura siempre vista como criminal, grupo etario al que se le vincula con el ocio y la liviandad (Pérez & Urteaga, 2004), por lo que cualquier manifestación de su naturaleza misma era estigmatizada y vuelta caricatura.

Haciendo un rápido recuento (Valdez, 2013) podemos citar a las palomillas y los olvidados de los años cuarenta; los pobres y delincuentes de los años cincuenta, los rebeldes sin causa de los años sesenta, pasando por los chavos banda de los años ochenta. La década de los noventa sorprende por la heterogeneidad (Valdez, 2013), no sólo de manifestaciones sino de la desigualdad.

Todas estas figuras nacen a la par con la protesta generalizada por no tener los elementos suficientes para acceder a una vida digna al menos de manera legítima, y poniendo la figura de los jóvenes como el símbolo de esta época de desigualdad y crisis sociales en todo sentido, por lo que el fatalista estará al acecho de todos aquellos que vean sus sueños truncados, a la par de un creciente malestar generado por una emergente ola de violencia producto del crimen organizado y que, una década después, terminaría marcando el derrotero hasta desembocar en la crisis actual y la implacable y aparentemente interminable ola de violencia que vivimos.

El escenario es totalmente innegable, este conforma gran parte de las historias de vida de la población juvenil (Valdez, 2013), están plagadas de desigualdades: acceso a la educación, al

empleo, a servicios de salud, a niveles de alimentación adecuados, a medios de comunicación, a espacios de participación y esparcimiento, a la tecnología, etcétera. En su conjunto (Pérez y Urteaga, 2004) la población juvenil está inmersa en un empobrecimiento severo, reflejado más allá de los niveles de ingreso. Sería demasiado simplista medir el impacto de la desigualdad social únicamente analizando el ingreso y el egreso de dinero de los jóvenes, aunque es cierto que tiene una relevancia mayúscula.

Y es aquí en donde volvemos a encontrar relación entre este proceso que se gestó desde la infancia del siglo pasado con la terminología de la violencia, sobre todo de la violencia estructural, incluso es el mismo Galtung (2003) quien dice que *“la estructura violenta típica, en mi opinión, tiene a la explotación como pieza central. Esto significa simplemente que algunos, los de arriba, obtienen de la interacción en la estructura mucho más (medido aquí en moneda de necesidades) que los de abajo”* esto quiere decir que la violencia estructural es parte de una serie de problemas que tienen que ver con la manera en que se desarrollan las relaciones, y con otros fenómenos que si sólo analizáramos de forma aislada, sería muy difícil de salir a la luz y dar un atisbo de lo que rodea a la violencia como algo inherente a la estructura.

Creando crisis en muchos sentidos distintos, que generan desigualdad y violencia, que únicamente puede acarrear problemas y una enorme dificultad para generar identidad; la incapacidad del neoliberalismo para generar pertenencia, colectividad y un sentido creíble de futuro produce, entre otras cosas, enormes crisis de existencia y de significados (Valencia, 2010), por eso consideramos importante que la importancia del aparato político-económico y que tiene gran impacto en la vida social, deba ser analizado como posible fuente de la violencia, ya que la violencia no es fenómeno que se encuentre aislado de otros problemas, más bien va de la mano con algunos otros malestares contemporáneos (la migración, el desempleo, la marginación social, etcétera.) ya que hablar de violencia estructural es hablar de los índices de desigualdad, pero

también, es relevante hablar de cómo los sujetos que la viven la significan y resignifican en sus vidas cotidianas, cómo le hacen frente y cómo miran y dibujan su futuro.

Es importante analizar cómo los jóvenes mexicanos, que han pasado por las aulas universitarias y han concluido una licenciatura, están significando la violencia estructural que se vive en México; bajo el entendido de que comprender las lógicas de producción de sentido que se hace de la violencia estructural, nos remite necesariamente a mirar las prácticas sociales y las significaciones que se hace de su vida misma, de la mirada al futuro, de sus descontentos y de sus reinenciones frente a las crisis, (Vázquez, Díaz & Pérez, 2015), en la violencia estructural, no se identifica al emisor de la misma, o a una persona concreta que haya efectuado el acto de violencia; se caracteriza porque “está edificada dentro de la estructura y se manifiesta como un poder desigual y, consiguientemente, como oportunidades de vida distinta” (Galtung, 1995).

Es la incapacidad del sistema para poder proveer a todos los integrantes de una sociedad de las mismas oportunidades, ya que ninguna sociedad o cultura ha logrado satisfacer en plenitud los deseos de todos sus miembros; la violencia emerge de esta estructura original en donde se instaura la competencia frente a la precariedad (Mondragón, 2010). Y que da origen a un sinnúmero de fenómenos violentos en la lucha por conquistar los bienes materiales que se presentan como exiguos. Lucha que en los jóvenes se vuelve aún más dramática por el simple hecho de que estadísticamente son mayoría, además de la presión social de insertarse lo más pronto posible como actores activos en la vida económica, política, cultural y educativa del país.

Volviendo a los números, existe un panorama de ingresos en donde los jóvenes ganan menos de 4,000 pesos mensuales (INEGI, 2015), para el primer trimestre de este año, la población juvenil desocupada es de más de 1,000,000 de jóvenes. Para los que trabajan el panorama no es del todo claro, sólo el 40% de ellos cuentan con un contrato formal que, además de respaldar su lugar de trabajo, les ofrece prestaciones. Esto quiere decir que el 60% de los jóvenes que están

laborando se encuentran en trabajos informales, sin garantías de continuidad laboral y con salarios precarios (Valdez, 2013), no sólo en términos de ingresos, repito, sino de la seguridad social asociada a un empleo estable, ideal vinculado con la modernidad y el progreso social, el cual cada vez es más complicado de alcanzar y satisfacer.

Otra variable fundamental para entender no sólo el desempleo sino la precariedad salarial, es la variable estructural de la educación, a pesar de que las estadísticas nos dicen que la escolaridad viene en un notable aumento de años que cursan los jóvenes (IMJ, 2010) ya que en 1990 era de sólo 6 años, en promedio, y ya entrado el siglo XXI esta cifra aumentó a 10 años. Algunas pruebas internacionales como PISA, auspiciada por la OCDE (Valdez, 2013), incluso las pruebas nacionales han demostrado la incapacidad de síntesis y de aprendizaje, el inadecuado manejo de las matemáticas y habilidades sociales; existe la cobertura, pero sin impacto real. En el aprendizaje de niños y jóvenes, se proporciona información, pero no conocimiento.

La escuela no parece ser tan significativa para los jóvenes a la hora de relacionarla con la posibilidad de conseguir un buen empleo. Para el 51% de los jóvenes, la escuela sólo representa la oportunidad de adquirir conocimiento; y para el 54,5% la educación sólo sirve de muy poco o de prácticamente nada a la hora de querer conseguir un buen empleo o para el simple hecho de ganar dinero. Además de que sólo el 15,3% de la población accede a la educación media superior, o que un 43,1% de la población total juvenil deserta de la escuela desde antes de los 15 años (IMJUVE, 2015). Este fenómeno se da tanto por motivos estructurales (tener que incorporarse al mercado laboral dadas las condiciones del seno familiar), como por apatía al propio sistema educativo (Valdez, 2013). Por lo que se crea una especie de embudo en donde la educación pasa a segundo plano y ya no es determinante como en realidad debería serlo para la población juvenil.

Por ejemplo en 2006 la CEPAL, hizo un estudio para dar seguimiento a los salarios de acuerdo al género y a los grados de estudio de las personas. En esta investigación se confirma de

manera irónica y dramática que las mujeres, mientras mayor grado de estudio tengan estas, los ingresos que llegan a percibir son menores en comparación con los ingresos de los hombres, según los datos que se presentaron desde la CEPAL, a las mujeres (viéndolo desde el punto de vista económico y sin afán de parecer que se hace una sugerencia machista) les conviene ni siquiera terminar el nivel medio superior para poder competir salarialmente con sus pares masculinos.

Esa es precisamente una de las grandes paradojas que la CEPAL quisiera conocer, me refiero a saber por qué si los jóvenes tienen mayor acceso al sistema educativo en general, mucho mayor acceso que en épocas pasadas, por que, como ya hemos visto los grados de estudio de las personas cada vez se incrementa más, los jóvenes triplican los años de estudio que todas las generaciones que los precedieron, pero al mismo tiempo, duplican y en muchos casos incluso llegan a triplicar la cantidad de desempleados si los comparamos con las generaciones pasadas. No obstante, se asegura (Valdez, 2013), que la juventud de la actualidad cuenta con mayores expectativas que las generaciones del pasado, pero, al mismo tiempo, cuenta con menos posibilidades de materializarlas.

Aquí una pequeña reflexión de los investigadores de la CEPAL conforme a los datos que encontraron en lo referentes al empleo, la preparación, las expectativas y el mundo globalizado y en donde el individualismo los termina sofocando:

Los jóvenes cuentan con capacidades que los adultos no tienen para insertarse en los nuevos desafíos de la sociedad de la comunicación... al mismo tiempo, han interiorizado las expectativas de autonomía, sin embargo, chocan con los factores concretos que les postergan la realización de esa misma autonomía: mayor dilación en la independencia económica y más dificultades para obtener una fuente de ingresos estable (CEPAL, 2004).

Es en este escenario de problemas estructurales, las instituciones tradicionales de las sociedades, como la familia, la escuela y el empleo, se encuentran inmersas en un profundo proceso

de tensión y contradicción, que erosiona y transforma muchas estrategias de socialización juvenil, esto aunado a la expansión de nuevas identidades producto del avasallamiento cultural por parte de la globalización, del imperialismo cultural y de su estrategia por homogeneizar a la población bajo los mismo valores, de manera indistinta.

Por lo que es importante, reconocer que hay otros fenómenos a escala mundial (el neoliberalismo, la globalización, el imperialismo), a los que se por ningún motivo se deben obviar o dejar de lado si se quiere comprender la magnitud y complejidad de la violencia, primero como elemento universal e inherente a las políticas expansionistas del imperialismo norteamericano y después como fenómeno específico de una sociedad determinada y, finalmente, la manera en que la violencia es interiorizada y posteriormente asumida por el individuo, lo que nos permitiría tener una perspectiva general de la violencia pero sin dejar de lado los factores específicos o más bien locales, que repercuten en la dinámica de la violencia.

De acuerdo con (Herrera-Laso, 2012), las variables socioeconómicas de mayor relevancia son la pobreza, la marginación y la infraestructura física precaria; y entre las que inciden en la criminalidad y la violencia están las pandillas, la delincuencia, las armas, las drogas y el consumo de alcohol. Además, se vinculan con el ambiente institucional y de organización social, como la escasa presencia de la autoridad, la poca organización y cohesión social, la ausencia de la cultura de la legalidad y la impunidad.

A pesar de lo anterior, los organismo internacionales y nacionales, sugieren (sospechosamente), a nivel de la realidad estadística, que los niveles de pobreza y desigualdad han disminuido de manera significativa durante la última década, contrastando con la visión generalizada de la población, que aseguran que estas brechas no han disminuido sino por el contrario, cada vez se han tornado más evidentes y además de que se han incrementado. Por lo que resulta preciso decir que, para hablar de igualdad, debemos hacerlo también de un modelo

multidimensional (Valdez, 2013). Esto nos lleva a reconocer que, aunque existan variables en donde las condiciones parecen que han avanzado de manera favorable (como por ejemplo el número de años que se estudian) la drástica disminución en los índices de mortalidad infantil o la infraestructura de medios y transporte, también hay otros rubros en donde la desigualdad se agudiza, como por ejemplo en los niveles de seguridad, de poder adquisitivo o estabilidad social.

Otro punto fundamental que debe ser analizado desde este marco referencial, es la industria cultural, la fabricación de las ideologías; en una sociedad de clases como la globalizada capitalista, la industria cultural, fabrica las estrategias y dictamina las tendencias y vanguardias en que se forman las subjetividades individuales. La modernidad burguesa se funda en el impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, pero se apoya en la colonización de la subjetividad. La interiorización naturalizada y mayormente inconsciente de las relaciones sociales imperantes (Ayala, 2016), por lo que la forma en que las personas y sobre todo los jóvenes se relacionan entre ellos es homogénea, y obedece a un programa que propone que todo el mundo viva bajo la misma lógica de pensamientos, con el individualismo con única filosofía de vanguardia y con el consumismo como el único modo de vida aceptable.

Todo lo anterior se hace con la finalidad de introducir en los diferentes países subdesarrollados esta misma lógica de pensamiento y una cultura homogénea que permitiera más fácilmente la introducción del mercado neoliberal a los mismos y, por ende, el libre acceso a los recursos de estos países, es una institucionalidad surgida del orden mundial capitalista; heredero directo de las dos grandes guerras del siglo pasado y que sirve al propósito de instrumentalizar las políticas de nuestros países para que estas sirvan a los fines del capital extranjero (Ramos, 2012).

Hay autores que sugiere hablar de nuevas desigualdades, diferentes entre sí (Fitoussi y Rosanvallon, 1997), en las cuales es importante hablar de desigualdades como lo pueden ser las variables geográficas, generacionales e incluso desigualdades de la vida cotidiana, como las

condiciones estructurales de edificios como lo son hospitales y escuelas cercanas a los individuos, esto va permeando la visión de los mismos, la posibilidad de emerger de esos lugares y generando aspiraciones que bienestar que sólo se ven como lejanas, como imposibles; estas circunstancias bien pueden generar lo que se conoce como el síndrome del fatalismo.

No se trata de despejar únicamente las variables como el ingreso, la jerarquía laboral o el número de años estudiados (Valdez, 2013); se trata, más bien, de construir una conceptualización compleja que permita también indagar sobre las desigualdades en los niveles de la calidad educativa por sector y centro escolar, o las posibilidades reales pero desiguales de tomar parte en las decisiones políticas, la calidad real y la cantidad en los servicios de salud, el acceso a internet, agua potable, luz, etc.,. Que, al final, son las que marcan el derrotero y que posibilitarán o no, que los jóvenes se formen en las condiciones adecuadas para poder insertarse con calidad en la vida productiva del país, la pobreza, entonces, va de la mano con la desigualdad, que es la brecha que se va abriendo entre los que tienen toda la posibilidad y las condiciones arriba mencionadas y los que realmente no acceden a ellas.

Por ello la importancia de introducir el concepto de violencia estructural, ya que, de este modo, se le otorga una carga valorativa clave que empuja el debate sobre la injusticia a la arena semántica del poder (La Parra y Tortosa, 2003), dificultando, con ello, que las estructuras represoras, responsables de impulsar y promover la desigualdad y marginación, tengan manera de articular mecanismos que permitan su legitimación (La Parra y Tortosa, 2003). Se torna una necesidad estudiar la insatisfacción de las necesidades humanas a escala mundial desde el prisma de la violencia estructural, tiene así una clara utilidad política que puede ayudar a construir relatos contrahegemónicos orientados a disputar el sentido del poder en una sociedad capitalista cada día más globalizada y voraz. Sociedades en donde los jóvenes son uno de los grupos más proclives a desarrollar problemas tanto de salud física como mental.

La percepción de las desigualdades también puede ser apreciada desde el análisis de tres categorías de sucesos que se han venido incrementando en el mundo y principalmente en nuestro país (Valdez, 2013, pp. 458-459):

- a) Un debilitamiento de los principios de igualdad que estructuran la sociedad, cuando incluso no varía las desigualdades efectivas.
- b) Un aumento en las desigualdades estructurales, de acuerdo en las mediciones habituales: desigualdades de ingresos, de gastos, de patrimonio, de acceso a la educación, etcétera.
- c) La emergencia de nuevas desigualdades, consecuencias efectivas de evoluciones técnicas, jurídicas o económicas, o incluso en un cambio en la percepción de la relación del individuo con el prójimo.

Estas nuevas desigualdades de las que hablamos son puestas en marcha en gran parte por la enorme cantidad de personas que viven en fenómeno de la desocupación, o por evolución misma de las condiciones de vida, por ejemplo, la desigualdad frente al endeudamiento, la percepción sobre la seguridad, sobre actos de incivildad (Valdez, 2013) o temas más subjetivos por ejemplo la sexualidad, o el acercamiento de los jóvenes a los centros de salud, a pesar de que estén afiliados o no a alguno de estos institutos, lo que demuestra que las desigualdades parten a veces también del propio cuidado, del autoconcepto y de la visión generalizada que se tiene del mundo.

Por lo anterior, creemos que es necesario combatir a la violencia sí, pero de todos las formas, cada una desde su lugar específico, yo creo que en el caso de nuestro país y sobre todo por lo que traté de exponer brevemente líneas arriba, la violencia gira en torno a la estructura social y también considero que es por medio de la educación como se puede combatir a la violencia todas sus formas, explotación, marginación, hambre, muerte, delincuencia (y que quede claro que se cree

que la criminalidad es siempre consecuencia de un Estado que ha sido incapaz de satisfacer las necesidades de todos sus habitantes).

Ninguna sociedad o cultura ha logrado satisfacer en plenitud los deseos de todos sus miembros; la violencia emerge de esta estructura original en donde se instaura la competencia frente a la precariedad (Mondragón, 2017), debido a que la necesidad máxima siempre es el dinero y pues en un sistema de explotación, de apropiación del trabajo del otro por medio de la plusvalía, lo que se propone es unir a todos los sectores de la población que han sido históricamente oprimidos y crear una lucha frente común para combatir una tempestad de violencia que parece no tener fin.

Capítulo 2. El síndrome fatalista.

2.1. Referentes teóricos y empíricos del fatalismo.

Según Blanco y Díaz (2007), el fatalismo es un marco conceptual ineludible para estudiar de manera colectiva sociedades en vías de desarrollo. En este caso se utiliza, habitualmente, como un esquema cognitivo definido por Blanco y Díaz (2007) como la aceptación pasiva y sumisa de un destino del que no tomamos parte activa y tras el que se encuentra la fuerza de la naturaleza o la voluntad de algún Dios. Que finalmente termina determinando los sucesos de la vida de las personas.

Por otra parte, hoy en día el fatalismo acompaña también se utiliza para estudiar a culturas individualistas que viven dentro de un contexto económico altamente desarrollado y hasta opulento Blanco y Díaz (2007), y se nos presenta como un estado emocional de susceptibilidad y desesperanza Blanco y Díaz (2007), cierta indefensión frente a los acontecimientos que

caracterizan la sociedad globalizada. Esto quiere decir que el fatalismo se entiende como fenómeno colectivo, pero al mismo tiempo como una afectación de índole individual y que afecta la vida anímica de las personas.

Para Martín-Baró (1998), el fatalismo es aquella comprensión de la existencia humana según la cual, el destino de todos está ya predeterminado y todo hecho ocurre de un modo ineludible, por lo que aquellas personas que han asumido este posicionamiento como verdadero, pierden la capacidad de tomar conciencia de su propio papel en la transformación de la realidad, un proceso alienante que los aleja de su verdadero ser social, del *ser para sí*, que es un término más freiriano pero que también da cuenta de la magnitud del fatalismo como fenómeno psicosocial.

De la misma manera, podemos encontrar referencias conceptuales al respecto por parte de Freire, como bien señala Jiménez (2010), al referirse a la educación popular como aquella tarea pedagógica permanente sobre la cual se inscriben las herramientas para reflexionar y actuar sobre el mundo, cambiando, de esta manera, lo que significa *el rechazo de cualquier explicación determinista, fatalista de la historia. Ni el fatalismo que entiende el futuro como repetición casi inalterada del presente ni el fatalismo que percibe el futuro como algo dado de antemano, sino el tiempo histórico que vamos haciendo y que nos va rehaciendo en cuanto sus hacedores* (Jiménez, 2010). Esta y otras alternativas aseguran que el fatalismo es un momento que se puede superar.

En un contexto social específico y la relación que adquiere con la percepción o la ausencia de control, es donde se suele decir que se encuentra al "fatalismo", término, como ya se dijo, inicialmente acuñado por Martín Baró (1998), para hacer referencia al tipo de relación que se establece entre las personas y un entorno que perciben como incontrolable. Lo que nos da pie a creer que el fatalismo se acuña en donde prolifera la desigualdad, el caos, la violencia y la pobreza. Además de que está íntimamente relacionado con las sociedades individualistas, en donde imperan los lazo afectivos y comunitarios endebles.

Según Blanco y Díaz (2007) el concepto de fatalismo está ampliamente relacionado con los conceptos de Locus de Control (Rotter, 1966), Desesperanza (Seligman, 1981) y Autoeficacia (Bandura, 1997), pues hacen referencia a saber si los resultados deseados devienen de conductas específicas propias o si, por el contrario, éstas son impredecibles o están más bien relacionadas con la suerte o el azar.

Para Martín-Baró (1998) hablar de fatalismo implica, necesariamente, hacer alusión al régimen político, pues encuentra una relación muy estrecha entre estos dos fenómenos, y le atribuye a este, tres componentes esenciales:

1. **Ideología:** Trata del sistema de valores asumido por los hombres de una sociedad específica y, a través del cual, éstos viven sus relaciones con el mundo y la realidad en la que se desenvuelven. Y sería, predominantemente la ideología, la que constituye la estructura del régimen político.

2. **Organización:** El régimen político, además, impone jerarquías en las relaciones que dentro de él se gestan, así se organiza, regulando partes, relaciones y colocando a unos arriba, a otros abajo, unos a la izquierda y otros a la derecha. Es decir, el régimen político establece modos en que la sociedad debe estar organizada, imponiendo los niveles de poder a los que cada uno tiene acceso y determinando quiénes satisfacen necesidades y construyen aspiraciones, y quiénes, sin posibilidad de satisfacer necesidades o construir aspiraciones, se vean obligados a satisfacer las de alguien más.

3. **Historicidad:** El régimen político, además, es una realidad en un tiempo y en un contexto específicos, y es en función de contextos geográficos, sociales y culturales también específicos. El régimen político es uno, según el contexto en que se instaure.

Se afirma que existe un núcleo de desigualdad entre los jóvenes mexicanos (Reguillo, 2010) y que este núcleo se concentra en dos palabras clave: alternativas y acceso. Por un lado la

posibilidad de elegir una ruta biográfica en la que sea posible acceder a los espacios, instituciones y sistemas que ofrecen un mínimo de certezas para imaginar el futuro. El capital objetivo, representado por el capital escolar o cognitivo (Pérez Islas, 2010), no logra traducirse en un bien que logre trascender la precariedad o asegurar la movilidad social.

A pesar de que la problemática es de corte estructural (Reguillo, 2010), hay una tendencia a “culpabilizar” a los jóvenes de la precariedad en la que viven.

La descalificación y estigmatización a la que se ven sometidos los jóvenes, considerados como sujetos bajo la tutela de alguien más, pero no como sujetos políticos, son la lógica en la que se fundamenta que la posición juvenil (que articula factores como el género, la clase, las redes, etc.) se constituya en explicación de su marginación, subordinación o exclusión (Reguillo, 2010).

Los jóvenes terminan aceptando como propias aquellas situaciones que los marginan, precarizan o excluyen (Reguillo, 2003). Esto tiene un enorme peso en la configuración de sus identidades y auto percepción. No hay mayor adversario para la condición juvenil que su propia y fatalista inadecuación social, política y laboral.

La subjetividad juvenil está en continua tensión por constituirse, el desafío y la lucha central consiste en repropriadarse de su biografía en contextos de mayor estabilidad.

Lo anterior, se puede vincular con la definición de fatalismo dada por Montero (1984):

Imagen predominantemente negativa que el latinoamericano medio tiene de sí mismo respecto a otros pueblos, denota la interiorización de las situaciones de exclusión en la propia identidad, convirtiéndose en el semillero propicio al fatalismo conformista.

Martín-Baró (1998) atribuye el fatalismo especialmente a sociedades históricamente oprimidas, aunque (como se menciona al inicio del capítulo) también puede presentarse en sociedades ricas, es necesario entender que las diferencias estructurales, las condiciones de

marginación y pobreza, que se viven en regiones como Latinoamérica, le dan características cualitativamente distintas al concepto de fatalismo (Concepto bifronte como dicen Blanco & Díaz), Por lo anterior, el fatalismo es, al mismo tiempo, un marco teórico para explicar las condiciones de anquilosamiento y falta de desarrollo para sociedades tardo capitalistas Blanco & Díaz (2007) como también es un síndrome que adquieren las personas de manera individual a raíz de la inconformidad con el contexto en el que viven.

Además, debemos de tomar en cuenta que diferentes acontecimientos en la reciente historia de Latinoamérica han propiciado que la certidumbre de las personas se vaya diluyendo, junto con sus oportunidades. Generando un clima de hostilidad y levantamiento, uno de los muchos sucesos que han ido delineando la fisonomía actual del Ser latinoamericano bien podría ser, como dice Carballada (2012) la desaparición del Estado-nación, en tanto constructor y reparador de lo social, implica una serie de consecuencias que van deteriorando el optimismo de las personas respecto con el futuro inmediato y sobre todo con el futuro lejano, generacional.

Hay autores como Acevedo (2005) que sostienen que el concepto de fatalismo de Durkheim constituye la piedra angular para poder establecer un nexo entre dos de los grandes conceptos de la teoría social: el de alienación y el de anomia. De acuerdo con este autor, cinco de los seis tipos, usos o significados de los que se compone la alienación de acuerdo con Seeman (1991) guardan una estrecha conexión con las modalidades de fatalismo que venimos manejando y con sus precedentes, destaco estos datos ya que son muy similares a las dimensiones que se evaluarán con ayuda del instrumento que se utilizó en la intervención; aquí la lista de las definiciones a las que alude Acevedo (2005).

En primer lugar, la impotencia definida como la probabilidad esperada por el sujeto mismo de que su propia conducta sea incapaz de cambiar el destino tal y cual ya está determinado, no poder hacer que las cosas sucedan (Bandura, 1997), no tener control sobre los acontecimientos

sociopolíticos, como acentúa Seeman (1959, p. 785); b) la falta de sentido hace referencia a la falta de comprensión de los acontecimientos en los que está implicado el propio sujeto, a la incapacidad para predecir los resultados, a la acción infértil, al esfuerzo que se diluye en la vaguedad de lo cotidiano (Seeman, 1959, p. 786). El extrañamiento cultural alude al rechazo de valores socialmente compartidos y altamente considerados en una determinada sociedad, extrañamiento que se entiende mejor en una sociedad cada vez más globalizada y a favor de una cultura homogénea (Seeman, 1975, p. 111) y que crea, como se expuso en el capítulo de los jóvenes, carencias de identidad.

La cuarta definición es el aislamiento social, definido en términos de exclusión, de rechazo o de falta de apoyo social (Seeman, 1975), el debilitamiento del tejido social y la fracturación que viven las instituciones, a la par de relaciones primarias precarias y precarizadas; es un rasgo especialmente distintivo, del fatalismo individualista, y, nuevamente, tiene que ver con la desconexión que se vive al insertarse en una lógica de individualismo exagerado. finalmente, el auto extrañamiento (Seeman, 1975). relacionadas con la autoestima y la pérdida de identidad, la incapacidad de identificarse con algún sector específico del grupo social.

Estas dimensiones de la alienación tienen sus equivalencias en el ámbito del bienestar y de la salud (Seeman, 1991; Barrio et al., 1989; Keyes, 2005), y éste es un dato que no debe pasar desapercibido teniendo en cuenta el ineludible compromiso de la Psicología con el bienestar (Blanco & Díaz, 2007) y la posibilidad de que el fatalismo sea un elemento a tener muy en cuenta cuando volvemos la mirada a la historia de sumisión y sufrimiento de tantas víctimas, así como lo es, en un sentido similar la violencia; ambos dejan secuelas en las personas que los sufren y pueden devenir en enfermedades mentales, individuales o colectivas.

No cabe duda de que en algunos contextos el fatalismo guarda una relación muy cercana con la pobreza, Martín-Baró (1998) le llama a esta cuestión *“la sutil psicologización”* que planea

sobre este argumento. El supuesto implícito a esta hipótesis, la de que lo psíquico se erige en razón de lo social, y no al contrario, al tiempo que sirve para justificar las dinámicas sociales de explotación y miseria en las que vive el latinoamericano promedio,

Porque, dice Martín-Baró, que, una vez que queda establecida la ‘cultura de la pobreza, en ella radicará la causa del fatalismo de la población, independientemente de que las condiciones sociales cambien o no. *El fatalismo echará sus raíces en el psiquismo de las personas más que en el funcionamiento de las estructuras económicas, políticas o sociales* (Martín-Baró, 1998, p. 89). Esto ayuda a legitimar la idea de que son los individuos y no la estructura social, los que tienen una los que deben ser modificadas o adaptarse.

Todas estas vicisitudes, son las que terminan permeando la condición de lo juvenil en México. La inadecuación del yo, es decir, la insuficiencia biográfica (Término de Bauman, retomado por Reguillo, 2013), la narrativa precarizada de la propia vida, la sensación de ser culpable de algo inaprensible se aplica de, manera nítida a las expresiones y testimonios de muchos jóvenes que la viven como experiencia cotidiana.

Hay datos históricos que nos permiten tener evidencia numérica del grupo de edad que abarca de los 12 a los 29 años (Artículo 2 de la ley del Instituto Mexicano de la Juventud, Diario Oficial de la Federación, 2014).

Desde 1985 hasta la fecha, los censos nacionales demuestran que los jóvenes representan más del 33% (Valdez, 2010) de la población total y esto tiene un peso específico en variables sociales, políticas y culturales. En México existen 52 millones de pobres y 11 millones viven en extrema pobreza, de este total el 40% son jóvenes.

Existe un panorama de ingresos en donde los jóvenes ganan menos de 4,000 pesos mensuales (INEGI, 2015), para el primer trimestre de este año, la población juvenil desocupada es de más de 1,000,000 de jóvenes. Para los que trabajan, el panorama no es del todo claro, sólo el

40% (INEGI, 2015) de ellos cuentan con un contrato formal que, además de respaldar su lugar de trabajo, les ofrece prestaciones.

Esto quiere decir que el 60% de los jóvenes que están laborando se encuentran en trabajos informales, sin garantías de continuidad laboral y con salarios precarios (Valdez, 2013), no sólo en términos de ingresos sino de la seguridad social asociada a un empleo estable, ideal vinculado con la modernidad y el progreso social, el cual cada vez es más complicado de alcanzar y satisfacer.

Existe un panorama de ingresos en donde los jóvenes ganan menos de 4,000 pesos mensuales (INEGI, 2015), para el primer trimestre de este año, la población juvenil desocupada es de más de 1, 000,000 de jóvenes. Para los que trabajan el panorama no es del todo claro, sólo el 40% (INEGI, 2015) de ellos cuentan con un contrato formal que, además de respaldar su lugar de trabajo, les ofrece prestaciones.

Ahora bien, a diferencia de Blanco y Díaz (2007), Rotter (1966), Seligman (1981) y Bandura (1997), Martín-Baró (1998) comprende el fatalismo en una fuerte relación con las condiciones políticas, económicas y culturales propias de cada sistema social; comprende así que carácter y régimen político mantienen un marcado vínculo, al grado tal que sería el régimen político, desde sus tres componentes: ideología, organización e historicidad, el que iría moldeando el carácter de los individuos que en él, se desarrollan.

Si, como se dijo en líneas anteriores, a nivel social es la ideología la que constituye la estructura del régimen político, a nivel individual es esta misma ideología, de la mano del régimen político, la que constituiría la estructura del carácter de las personas. Desde una comprensión más integral en torno al fatalismo, Martín-Baró atribuye a las instituciones que conforman las sociedades de América Latina, la posibilidad de reproducir y perpetuar condiciones propias del fatalismo; la familia al reproducir relaciones de obediencia y subordinación perpetua la

dependencia; la escuela desde una pedagogía que sirve al grupo opresor (Freire, 1970), perpetua la pasividad y el individualismo; y la moral perpetua una actitud de desconfianza frente a la actualidad.

Incertidumbre, inseguridad, resignación, conformismo, presentismo y pesimismo: todas estas maneras de afrontar la realidad nos sitúan, sin ninguna duda, frente a frente del fatalismo (Blanco & Díaz, 2007). Y si analizamos estos sentimientos e indagamos un poco, en cualquier grupo o persona, de cualquier clase social, género o edad, lo más probable es que coincida con esta visión fatalista de la vida misma. Por lo tanto, dicen algunos autores, el fenómeno del fatalismo tiene que ver con la pérdida del control según Blanco y Díaz (2007):

El control siempre ha pertenecido, en mayor o menor medida, a la más recia tradición psicosocial. Con mayor o menor énfasis, éste ha ocupado la parte nuclear de teorías como las del intercambio (Thibaut y Kelley, 1959), el locus de control (Rotter, 1966), la reactancia (Brehm, 1966; Wortman y Brehm, 1975), la creencia en un mundo justo (Lerner, 1971), la atribución (Kelley, 1971), la indefensión (Seligman, 1981), el fortalecimiento (Rappaport, 1981), y la autoeficacia (Bandura, 1997). Se puede argumentar que es es la base cognitiva o conductual con que se define al fatalismo.

Ahora bien, aunque el fatalismo tiene una parte bien definida procedente de procesos cognitivos, no debemos dejar de lado que es también una construcción social y que aparece en distintas épocas con matices propios (en los griegos, por ejemplo, en forma de tragedia, en el romanticismo como resignación ante la vida, etc.). Aunque el fatalismo tiene sus expresiones propias en muchos pueblos a lo largo de la historia, existe quien asegura (Durán, 1978) que el fatalismo es una forma de ser inherente al latinoamericano y que es precisamente una actitud que funge como barrera y no permite el progreso de Latinoamérica como pueblo.

De la misma manera, Durán (1978) identifica cuatro rasgos del carácter latinoamericano: la primera de ellas es el autoritarismo, es decir, el latinoamericano es seducido por cualquier figura que represente poder y mando y esto también influye en la elaboración de juicios propios; la segunda es la identificación del individuo con un microcosmos de relaciones sociales, apegado siempre a la religión, a las estrechas relaciones familiares y a las tradiciones que persisten a lo largo del tiempo; otra característica negativa es el conformismo, que podría describirse como una máxima impuesta en la reelaboración del dogma cristiano para adaptarlo al nuevo mundo, regido por la premisa de que *“bienaventurados los pobre porque de ellos es el reino de los cielo”* y la cuarta es la tendencia a centrarse sólo en las esferas temporales que corresponden al pasado y al presente, dejando con ello de lado, la planeación del futuro.

Además de los cuatro rasgos actitudinales antes mencionados que, según Durán (1978), estarían de manera más o menos generalizada, presentes en América Latina, se logran identificar rasgos diferenciales que clasifica en cinco tipos de carácter social: a) el capitalino, con una mentalidad más moderna, mayor capacidad de adaptabilidad y técnicamente superior; b) el provinciano, que mantiene un apego hacia las tradiciones y costumbres de su comunidad, así como a los ritos y a las normas sociales establecidas; c) el campesino, con actitud resignada y de victimización, y por oponer resistencia al cambio; d) el caribeño: prolijo e irresponsable, con decisiones desmesuradas y poco premeditadas, y finalmente, e) el indígena, al que se le atribuye la propensión al aislamiento, la pasividad, el fatalismo y la predominancia de pensamiento mágico.

Me parece oportuno evocar algunas líneas de Martín-Baró (1978, p. 27) porque se complementan con la definición que da Durán sobre el fatalismo y sus diferentes formas de caracterizarse:

“una actitud de aceptación pasiva de un presente y un futuro en lo que todo está ya predeterminado e inevitablemente planificado desde la ley inexorable del Universo o desde la

indomable voluntad de un Creador que ha instituido un orden social al que hay que rendirse de manera resignada y hasta satisfecha en la confiada esperanza de ser adecuadamente correspondidos en la otra vida.”

Esto se retoma a sabiendas de que el referente religioso (Blanco & Díaz, 2007) será una constante en la propuesta teórica y en los estudios sobre fatalismo llevados a cabo en el contexto latinoamericano. Por lo que la ferviente religiosidad de gran parte de ciertos sectores de la población, su alto nivel de fanatismo y la tendencia a creer que la resignación es una alta cualidad dentro del marco de referencia que aquí me permitiré categorizar como *catolicismo latino*, permeado por el sincretismo cultural y resultado de un proceso de conquista e imposición cualitativamente distinta, por ejemplo, a la idea de destino manifiesto del protestantismo más ouritano. Entonces, son características del fatalismo, como un fenómeno enraizado y que forma realmente parte del acervo cultural y del imaginario del latinoamericano de la misma manera que la religión.

Se hace hincapié en el aspecto religioso (ideológico) porque Blanco & Diaz, aseguran que en la mayoría de estudios en Latinoamérica sobre fatalismo (Lewis, 1961; Téfel, 1972; Martín-Baró, 1972, 1973; Fromm y Maccoby, 1973; Alarcón, 1988; Gissi, 1986, 1990) la creencia en la imposibilidad de cambiar las circunstancias debido a una decisión divina, tienen una fuerte relación con situaciones de explotación, pobreza y desigualdad social. Es dentro de este referente teórico donde encuentra apoyo a la que puede ser considerada como su idea nuclear: *“el fatalismo pone de manifiesto una peculiar relación de sentido que establecen las personas consigo mismas y con los hechos de su existencia”* (Martín-Baró, 1998, p. 76). Esa relación de sentido es la fuente de las representaciones, creencias y actitudes que el sujeto construye sobre sí mismo y sobre los acontecimientos que lo rodean.

Resulta importante señalar que, hasta ahora, únicamente se ha realizado una descripción de la manera en que el fatalismo se presenta psicológicamente y las características que tiene en cada sector poblacional, no obstante, es importante señalar que fenómenos como la pobreza, la exclusión, la marginación y la violencia, se presentan experiencias sociales concretas, vividas en un contexto determinado y son las que sirven como base para que estas actitudes fatalistas hacia la vida se originen.

La víctima convertida en culpable y la realidad social como telón de fondo sin ninguna injerencia o trascendencia en la vida social, las personas pasan a ser paradojas de modelos de sociedad que alimentan y sancionan socialmente la injusticia y la desigualdad (Blanco & Díaz, 2007), provocando de manera desesperada el culto a algún dios o fuerza sobrenatural, o rindiéndose de manera sumisa al destino.

Martín-Baró (1998) se rebela contra este acercamiento a la realidad del fatalismo, y en un esfuerzo con un compromiso sociopsicológico (Blanco & Díaz, 2007) configura su propuesta en unos términos que nos remiten al núcleo duro de la teoría sociohistórica: primero, dice, hay que prestar atención a la estructura social, y después a la estructura mental.

El fatalismo constituye, entonces, un *“correlato psíquico de determinadas estructuras sociales”*; así es como se instala en «una realidad social externa y objetiva antes de convertirse en una actitud personal interna y subjetiva» (Martín-Baró, 1998, p. 96). Para decirlo con más propiedad: el fatalismo es la interiorización de la dominación social, y sirve, entre otras cosas, como soporte ideológico para reproducir y mantener el orden social que lo cobija. Por eso el análisis se hace desde lo macro a lo micro y, únicamente, cambiando las condiciones materiales de existencia, se pueden reestructurar los esquemas mentales.

2.2 La condición fatalista de los jóvenes en México.

Como dijimos líneas arriba, el proyecto de globalización no se ha dado únicamente en el campo de la economía y el mercado, se ha trasladado a otras esferas del modo de ser de las personas y ha provocado que identidades locales, sean sustituidas por una masa homogénea (al menos a nivel macro) que favorece el expansionismo de una cultura “universal” en la que las aspiraciones (Giddens, 2007). (de mercado por supuesto) sean las mismas en diferentes latitudes, no sólo se ha globalizado la economía, sino que también se ha globalizado la cultura y, con ello, las relaciones.

No haremos una exposición aquí de todos los eventos que debieron ocurrir en el siglo XX para que el mercado neoliberal, el proceso imperialista de los monopolios empresariales y la aniquilación de la conciencia colectiva por medio de la globalización y su cultura individualista y fragmentaria (Ramos, 2012). se posicionaran como el único referente hegemónico para vivir en casi cualquier país. Repetimos que para que esto ocurriera tuvieron que irse fraguando muchas cosas desde el final de la primera guerra hasta nuestros días, pero para efectos de este trabajo nos limitaremos a decir que fue el acuerdo de “Bretton Woods” (Ramos, 2012) el que permitió a los Estados Unidos de Norte América, encuadrar la economía del mundo entero dentro de las previsiones que estableció para ordenar el mundo bajo su hegemonía, como país triunfante y único beneficiario de las dos guerras

Para poder elaborar una respuesta que resulte más satisfactoria al fenómeno de la violencia y sobre todo para alcanzar a comprender por qué prevalece no obstante las incontables iniciativas en diferentes frentes para combatirlo, creo que resulta importante hacer un balance de la herencia que nos dejó la filosofía post de la década de los 60’s del siglo pasado (Kohan, 2010), así como los acontecimientos políticos que tuvieron gran impacto en la concepción de resistencia o de lucha sobre todo en Latinoamérica, los tres factores que determinaron los nuevos frentes de lucha en nuestro continente fueron en primer lugar la crisis del eurocomunismo, la derrota de las rebeliones

contra la discriminación racial en los EU y las represiones y genocidios militares perpetrados en el cono sur del continente (Kohan, 2010) Tenía que haber una reorganización de las luchas populares y fue entonces que hubo una disposición de las luchas, el aislamiento y la fragmentación política fueron hijas de la necesidad. No surgieron como producto de un plan estratégico sino como el resultado completamente fortuito, azaroso y espontáneo del conflicto social:

“Cada minoría política fue replegada hacia un punto específico de la lucha, lo que terminó dividiendo las consignas anticapitalistas e irilas integrando por medio de políticas de la tolerancia, por medio de discursos de pluralidad que se dan como la alternativa radical y que parece que pueden hacer converger a sectores de la población históricamente antagónicos, enemigos ante la repartición desigual de los bienes, en un juego doble y perverso en donde por abajo nos sugerían eludir o directamente abandonar la lucha por el poder; por arriba les decían que había que endurecer la dominación, la fuerza y el poder.

Por abajo querían convencernos de mirar únicamente nuestros respectivos ombligos (los obreros únicamente al problema salarial, las mujeres a la dominación patriarcal, los ecologistas a la destrucción del medio ambiente, las minorías sexuales a la imposición de un patrón único de preferencias sexuales, etc.), sin poder cruzar las miradas; mientras por arriba les facilitaban el camino para alcanzar una política global del mercado frente a la sociedad. De este lado, con la vista cada vez más restringida a lo micro y a la punta de los zapatos, del otro lado del muro de la dominación, cada vez más abarcadores de lo macro” (Kohan, 2010, p. 7)

Es todo un proceso de coerción en donde se utilizan de manera indistinta diferentes tipos de violencia y que tiene como resultado la generación de más violencia. Se utiliza la violencia directa por ejemplo, para reprimir una protesta contra el Estado, se utiliza la violencia cultural para

deslegitimar, quizá, a algún pueblo originario que osara defender su espacio vital contra el avasallador expansionismo capitalista y la violencia estructural, sirviéndose de todos los elementos que el capital va incorporando a lo largo del tiempo como producto de la explotación, para coaccionar, fragmentar y en su caso sancionar cualquier tipo de levantamiento popular. Incluso la delincuencia, como bien lo dice Martín-Baró (2012) es producto de las carencias provocadas por un sistema en crisis y que beneficia a una ínfima cantidad de la población en detrimento de la gran mayoría. La pluralidad como conjuro para toda inconformidad social.

Mientras no haya una articulación real con los demás frentes, hay pequeños nosotros, con necesidades diversas pero que se nulifican al poder adquirir mayor fuerza para hacerse sentir, y además siendo impensable el nacimiento de un nosotros. Nosotros es una reestructuración de la existencia humana. Cualitativamente distinto al tú y yo (Mondragón, 2017). Tratar de encontrar una forma de cohesión en tiempos de individualismo exacerbado, y la división de los mismo en diferentes frentes, sin luchar, en apariencia por una causa en común.

El Nosotros del que habla Mondragón, quizá puede ser algo que se deba poner en perspectiva, pero es imposible por ahora, ya que vivimos en un punto crucial de la historia en donde, artificialmente, la dominación patriarcal es separada de la dominación de clase, y la opresión a la que se ven sometidas los pueblos originarios y las comunidades indígenas parecen desligadas del gran proyecto económico expansionista del imperialismo (Kohan, 2010), el racismo y clasismo del colonialismo, la perspectiva eurocentrista sigue rigiendo la mayoría de las esferas hegemónicas de la vida social así como la destrucción sistemática de medio ambiente de la “racionalidad” irracional de la acumulación capitalista (Kohan, 2010); cada movimiento social se encuentra en el riesgo de transformarse en grupo separado de la articulación de la lucha social contra el proyecto de globalización y expansión capitalista.

Cada política en una micropolítica. Cada protesta en un reclamo molecular. Cada grito colectivo en un susurro local (Kohan, 2010) y mientras todos estos esfuerzos colectivos no se integren en una sola voz, mientras no haya un hilo rector por el cual se rijan las clases populares contra el capitalismo y contra la violencia que en todas sus formas y colores en que nos hiere y nos lastima, solamente se puede especular, darle quizá un arañazo al sistema, pero no causarle ningún daño real.

Existe, pues, en el presente la dificultad para fundamentar una oposición radical al conjunto del sistema capitalista como totalidad y la ausencia de una teoría que permita pensar la praxis colectiva transformadora a partir de su propia historia (Kohan, 2010). Hablamos de los jóvenes como categoría fundamentalmente política, con la posibilidad de generar cambios estructurales siempre y cuando exista una articulación colectiva y con una conciencia crítica del mundo, una lectura política de la sociedad y estrategias para generar ese cambio.

¿Qué sucede? Recordemos que Galtung (2003) nos dice que algunas de las formas en que se manifiesta la violencia estructural, es bajo la separación de los individuos para que no sean capaces de hacer frente de manera colectiva al proceso de injusticia que los separa (Galtung llama a este proceso como fragmentación) y que trabaja en conjunto con otro mecanismo propio de la violencia estructural: la segmentación, que más o menos se define como la parcialización del conocimiento para que no les sea posible ensamblar a las partes afectadas y ver que la problemáticas sociales tienen un denominador en común.

En los últimos años hemos presenciado el profundo resquebrajamiento del tejido social. Aunque dicho panorama no es exclusivo de los jóvenes, no hay lugar para dudas en que en ellos se agudiza porque los jóvenes se enfrentan a mayores incertidumbres ante el agotamiento del modelo tradicional (Carballeda, 2012) de inserción social antes certero (Touraine, 1997, 2005). Lo anterior queda de manifiesto a través del desempleo, la insuficiente cobertura educativa, la

incapacidad de las políticas sociales y las instituciones que antes velaban por el bienestar de la sociedad ya no lo son más (Carballeda, 2012) entre muchas otras cosas. Esto provoca que las expectativas de los jóvenes se vean reducidas, que el fatalismo se vuelva una mirada generalizada de la vida y, entre muchas otras cosas, quepa la posibilidad de que se dé el fenómeno del presentismo.

El “presentismo” (percepción de que no hace falta hacer planes a futuro pues este es incierto y dedicarse exclusivamente al presente), es una de las características que Martín-Baró (1998) le asigna al fenómeno del fatalismo y uno de los grupos más afectados siempre será el de los jóvenes, sobre todo porque la sociedad exige a los jóvenes que actúen como promotores del cambio social y como “esperanza” para un mundo mejor; al mismo tiempo que se limitan sus espacios de participación y de generación de propuestas (Rodríguez, 2001). Por lo que existe una presión social que hace más difícil el que logren un buen ajuste psicosocial ya que, en el caso latinoamericano, las expectativas ni compaginan con la realidad.

Cuando se contempla a los jóvenes como categoría de análisis, no cuesta trabajo cometer el error de hacerlo desde una postura estereotipada, prototípica, dejando de lado el contexto social para entender con claridad el porqué de tal o cual situación que se presente en los jóvenes (como lo sería en este caso la visión fatalista de la vida) y atribuyendo esta explicación a razones únicamente subjetivas.

Explicación en donde el fundamento socioeconómico desaparece para dar lugar a la explicación psicologista: en los rasgos anormales y exóticos de la actitud individual del ser humano radican las causas y consecuencias de cualquier fenómeno social (Dorfman, A & Mattelart, A. 2010). Por lo que los problemas, que en realidad son colectivos, sufren un proceso de atomización, restándole importancia a los mismos y abordándolos desde una postura distinta que de lo que aquí se pretende.

Pongamos de ejemplo la criminalidad tal y como la describe Martí-Baró (1990), para él la delincuencia constituye un problema que afecta a toda la sociedad y está íntimamente relacionada con el deterioro económico y esto terminando haciendo que las personas terminen utilizando la violencia como la última herramienta a su alcance para satisfacer sus necesidades, estos elementos caben dentro de la categoría de violencia directa (Galtung, 2003) pero es pertinente puntualizar que éste fenómeno de violencia directa (encarnado en la figura del criminal o delincuente) sólo puede suscitarse de manera tan evidente y alarmante si el Estado vive en un clima de violencia estructural y también esto sería parte de la desintegración social.

La criminalidad, al menos en nuestro contexto, tiene una relación íntima con la juventud, en un país en donde las condiciones de vida son totalmente contrastantes, donde la precariedad y la opulencia se miran de frente todos los días (Valenzuela, 2012), es evidente que los menos afortunados de esta dinámica decidan en algún momento tomar parte pastel y las únicas vías para lograrlo (por la misma estratificación de las oportunidades y recursos que líneas arriba señalamos con Galtung) sean las ilegítimas.

Empezando por el hecho de que ninguna sociedad o cultura ha logrado satisfacer en plenitud los deseos de todos sus miembros; la violencia emerge de esta estructura original en donde se instaure la competencia frente a la precariedad (Mondragón, 2017), de tal manera que la única alternativa que tiene los jóvenes es tomar lo que necesitan por la fuerza, siguiendo la idea de Mondragón (2017), la fragilidad de saberte efímero genera que el deseo por satisfacer la mayor cantidad de deseos sea apremiante, un aliciente para los jóvenes y, al mismo tiempo, en la medida en que estos deseos no logren consumarse la visión que se vaya formando de la existencia será cada vez más sombría, por lo que el fatalismo irá apareciendo con todas sus letras.

Blanco y Díaz (2007) afirman que el fatalismo se ha venido transformando en una estrategia de adaptación frente a las condiciones actuales de existencia, al deterioro del tejido

social, a la inserción de las culturas locales a una lógica cultural que aspira a ser universal y que termina avasallando y banalizando lo endémico frívolamente y por supuesto al cambio en la concepción, en la praxis de lo que se conoce como Estado y con la fragmentación del sujeto en parcelas individuales (Kohan, 2007), restándole fuerza a la lucha contra el capital.

Siguiendo a Max Horkheimer (1973), al apelar a la emancipación del individuo como elemento crítico del camino del mismo en busca de su autonomía, cabe señalar que ésta no está dada por su emancipación del individuo con respecto a la sociedad, sino por la superación, por parte de la sociedad, de la atomización; atomización que puede alcanzar su punto más elevado en períodos de colectivización anómica y cultura de la masividad. Así es como la apuesta a favor de la emancipación se centra en la interdependencia entre sujetos más que en la individuación anónima.

Lo antes dicho, como alternativa a las tendencias al aislamiento que la cultura de masas genera al coaccionar socialmente al individuo, excluyéndolo de cualquier posibilidad de erigirse contra la maquinaria atomizadora que los patrones de la vida moderna parecen imponer (Kohan, 2007), (Horkheimer, 1978) podríamos llamar a este proceso como “occidentalización” y es aquí en donde los jóvenes entran en juego pues el fatalismo (a modo de supuesto personal) se genera debido a que no es posible homologar el discurso difundido por el *america way of life* (Dorfman & Mattelart 2010) con las condiciones de vida de países como el nuestro.

De la misma manera, Nassif y Alonso (2009) afirman que estamos ante la ruptura de la trama social donde los jóvenes se encuentran privados de futuro, *es un holocausto social*, una real eutanasia de los pobres debido a la existencia de una gran masa de desocupados permanentes, trabajadores ocasionales, precarizados e informales. Al diluir las certezas inherentes a los mecanismos de incorporación social (educación, empleo). De Sousa (2006) sostiene que dicha juventud sin futuro es producto de un *fascismo social* porque se expulsa de cualquier tipo de

contrato social a masas extensas de la población Dichas masas son rechazadas, excluidas y arrojadas hacia una suerte de estado de naturaleza hobbesiana Sousa (2006), ya sea porque nunca han sido parte de contrato social alguno y probablemente nunca lo serán y, desafortunadamente, la juventud es uno de sectores más afectados por quedar excluidos.

Otro aspecto que podemos destacar y que podría asegurarse incluso que va más allá de la visión fatalista y se inserta en una realidad dramática, extendiéndose por toda Latinoamérica, pero sobre todo en nuestro país, es la manera en que los jóvenes pierden la vida, ya que las estadísticas nos dicen (Torres, 2013) que los jóvenes mueren principalmente de manera violenta. La muerte como la culminación de una vida precaria e inhumana, algunos otros jóvenes no son violentados hasta morir o ni siquiera físicamente, pero su panorama y por lo tanto su visión fatalista del mundo no es más alentadora que la de los jóvenes muertos.

Otra situación que se puede ubicar como semilla del síndrome fatalista, es cuando la juventud es violentada a través de los estereotipos que demarca la exclusión social hacia la diversidad cultural, esto es, cuando sus formas de ser, actuar y pensar son estigmatizadas como socialmente disruptivas e inaceptables (Torres, 2013), por lo que lejos de implementar programas de atención o estrategias preventivas las instituciones gubernamentales o tomar acciones por parte del grupo afectado se preponderan las tácticas correctivas de encarcelamiento por el lado institucional que lejos de dar solución agudizan cada vez más la problemática de exclusión en todo sentido por parte de los demás grupos etarios, volvemos a lo mismo, la criminalización de los jóvenes es consecuencia del Estado para cumplir sus demandas y el fatalismo es la consecuencia de falta de oportunidades, principalmente laborales y educativas, optando, por lo tanto, a buscarse la vida por vías ilegítimas.

Volviendo a la explicación de la violencia desde la tipología que propone Galtung y que es, a la vez, detonante y detonador de otros fenómenos igualmente dañinos, diremos que esta

estereotipación de la que son sujetos los jóvenes es parte de la violencia cultural, la cual logra que la violencia estructural y directa se nos presenten como formas legítimas de manifestarse o por lo menos no malas (Galtung, 2003), es debido a que existe todo un proceso de naturalización y de discriminación hacia un grupo específico hacia el cual se descargan esas manifestaciones de violencia, aquí entran en juego algunos factores psicosociales que permiten que la visión de una persona sea cargada de elementos negativos que puedan justificar cualquier hecho de violencia contra una persona o un grupo específico de personas y que incluso lleguen a formar parte de las creencias populares dentro de una cultura.

Es de esta manera que logramos justificar una increíble cantidad de problemas que tienen realmente que ver con un marco social incompetente y que nos oprime, que nos lleva a la miseria y la destrucción. Justificamos, caso concreto, que los jóvenes en México sean masacrados y desaparecidos con comentarios banales y minorizando el problema, justificamos el problema de la discriminación diciendo que es la irreverencia y la mala acomodación de los jóvenes en la sociedad actual el problema, cuando es un síntoma de un malestar tan evidente que implica un deterioro social, individual y ambiental por parte del sistema capitalista, colonizan la subjetividad de las personas y colocan culpables donde sólo hay víctimas, en este caso los jóvenes.

Según Martín-Baró (1998) hay elementos bien específicos que se deben de rescatar para poder elaborar una psicología que permita la emancipación de Latinoamérica como pueblo oprimido históricamente, a saber:

1. La recuperación de la memoria histórica: Este punto va encaminado principalmente a la superación del presentismo, a la posible vuelta de retorno al pasado para recuperar valores ancestrales y que van más acorde con la realidad que se vive en América latina, es apelar a la identidad propia,

en aras de salvaguardarla del proyecto expansionista que se esconde bajo el supuesto de la globalización avasallante.

Cuando se niega la temporalidad, se niega la existencia misma, y la única posibilidad de existencia radica entonces en el apego al espacio garantizado que brinda el presente. La recuperación y comprensión crítica de la memoria histórica hará posible, para las mayorías oprimidas, la evaluación de la validez de los supuestos ideológicos que el sistema dominante plantea y defiende.

2. Organización popular: Este punto se plantea en sentido de hacer frente al individualismo que se instaura desde del fatalismo; se afirma que, hasta que los sectores desfavorecidos de la población latinoamericana reconozcan los intereses comunes que los convierten en aliados y encuentren que, en parte, la inmutabilidad de su mundo se debe al individualismo que asumen, la transformación de las condiciones actuales será posible.

La organización popular en sectores que hasta se encuentran separados es esencial para promover el cambio social, es necesario que se concite a la población en general, que luchemos contra la fragmentación de la que habla Galtung, que se cree conciencia de clase como lo decía Marx y a partir de allí empezar una elaboración de valores propios.

3. La práctica de clase: Este tercer punto va principalmente enfocado a la superación de la pasividad, pues, una conciencia crítica de las condiciones históricas que no fuera acompañada de acciones en favor de la transformación social carecería de sentido, al igual que una organización popular que no buscara contribuir en beneficio de sectores populares en pro del círculo

vicioso en el que convergen la marginación de los sectores oprimidos, por un lado, y la pasividad de estos mismos sectores, por el otro. Se trata entonces, de cuánto control pueden tener, las personas y los grupos, sobre su realidad presente.

En palabras de Freire (1970:29) “la liberación no puede darse sólo en términos idealistas, lo que implicaría necesariamente que construya una praxis liberadora pues *“La esperanza no se manifiesta en el gesto pasivo de quien cruza los brazos y espera. Me muevo en la esperanza en cuanto lucho y. si lucho con esperanza, espero”* (Freire, 1970:75). Y es precisamente lo que el síndrome fatalista no te permite, ese poder soñar para empezar a sentar las bases de un mundo mejor, la posibilidad de establecer un presente sólido que te permita edificar, al mismo tiempo, un futuro mejor para ti como joven, como figura emergente de la historia y para tu familia tanto presente como futura.

Cuando no existe una conciencia histórica, no sólo no es posible la construcción de una esperanza en el futuro, sino que, además se tienden a normalizar y naturalizar las condiciones presentes. Así pues, los oprimidos aceptarán de manera fatalista su explotación, hasta el momento en que sean conscientes de las razones que hay detrás de su estado de opresión (Freire, 1970). La concientización de un estado de opresión es lo que permitirá a estos jóvenes buscar una alternativa y empezar a elaborar un futuro por y para ellos porque el contexto general actual no es para nada alentador.

Las condiciones políticas, económicas y sociales por las que atraviesa el país de unas décadas a la fecha, se han caracterizado por elevando índices de violencia (Azaola, 2011), por canales de participación coartados, por índices elevados de pobreza (IMJUVE, 2013), por escaso acceso a la educación y altas tasas de desempleo (IMJUVE, 2013), es decir, se sigue hablando en la misma línea de la violencia estructura, y que tiene por consecuencia un debilitamiento y una

descomposición de las instituciones de seguridad y justicia (Azaola, 2011) lo que a su vez se ve reflejado en poca credibilidad y desconfianza en las autoridades (Azaola, 2011; Ávila, Vera, Martínez y Bahena, 2016).

Según lo que se ha planteado anteriormente, con los países latinoamericanos en general y con México en particular, sucede que se está doblemente expuesto al fenómeno del fatalismo pues, por un lado, México forma parte de la región latinoamericana que históricamente ha sido oprimida por países poderosos y, por el otro, porque es participe de las condiciones de globalización y de la economía neoliberal, dejando a muchos sectores de la población en calidad de desamparo, si esto se compara con otras épocas de la historia del país.

Resulta necesario, recurrir a la explicación que se dio a nivel global en la transformación del papel del Estado y cómo éste influye, interviene y participa de la vida política, social y económica de sus habitantes. Por ejemplo, Pavón & Lara (2016) aseguran que el Estado moderno es una máquina capitalista, es primeramente una máquina de matar, de violentar, de reprimir. La represión de la máquina estatal del capitalismo recurre a toda clase de crímenes políticos, asesinatos y desapariciones, vuelos y escuadrones de la muerte, mutilaciones y violaciones, torturas físicas y psicológicas, despidos y clausuras, amenazas y censuras periodísticas, detenciones y matanzas de manifestantes.

El estado y las políticas interiores y exteriores que de ello se desprenden, sobre todo de los más poderosos, son las que determinan el rumbo del mundo y las que sirven a su vez, para configurar la visión, las expectativas y valores que se formen del mismo, por ello me parece oportuno hacer una cita de cómo es que a partir de una política de guerra y opresión promovida por los estados capitalistas y neoliberales, es como se ensamblan las relaciones entre los hombres, entre los países y las comunidades. Decidiendo y ejecutando en nombre del pueblo:

Los ejecutores de los grandes problemas de saqueo y explotación que se viven en la actualidad, son dictadores, generales y coroneles, militares y paramilitares, médicos y psicólogos, sicarios y otros mercenarios, policías públicos y secretos, agentes migratorios y de inteligencia. Las víctimas son comunistas y anarquistas, sindicalistas y demócratas, periodistas y defensores de los derechos humanos, bases y líderes, mujeres y homosexuales, jóvenes y estudiantes, maestros e intelectuales, campesinos e indígenas, obreros y vagabundos, explotados y excluidos, pobres y más pobres. Todos han padecido la violencia del Estado capitalista en cualquier lugar, ya sea Manchester o Chicago, Río Blanco o Santa María de Iquique, Berlín o Madrid, Guatemala o Tlatelolco, Villa Grimaldi o Guantánamo, Acteal o Atenco, Palestina o Bagdad. (Pavón & Lara, 2016)

Dadas estas condiciones de existencia que se describen, cabe reflexionar sobre lo dicho por Blanco y Díaz (2007) quienes afirman que el fatalismo se ha venido transformando en una estrategia de adaptación frente a las condiciones actuales que se presentan. Sin embargo, asumir al fatalismo como una estrategia de adaptación implicaría también concebirlo como una renuncia deliberada a la libertad (Sánchez, 2005) que según Freire (1970) es inherente a la condición humana, lo que implicaría, a su vez, una renuncia deliberada a la humanidad y llevaría, entonces, a la deshumanización.

Los jóvenes en México, entonces, están propensos a asumir el fenómeno del fatalismo, ya porque representan a un grupo poblacional que está socialmente excluido (poco acceso a la educación, poco acceso al campo laboral, poco acceso a los canales de participación), ya porque pertenecen a uno de los países más desiguales del mundo (Azaola, 2011), en el que el poder (político y económico) recae en grupos minoritarios, o ya porque las condiciones construidas a partir de las políticas y las economías neoliberalistas han contribuido a la instauración de un

panorama de incertidumbre e inestabilidad que contribuye a que se asuma el fatalismo como forma para una característica del carácter y como un estilo de vida.

Otro aspecto que se debe resaltar es cómo los modelos aspiracionales que tienen los jóvenes, en una sociedad de clases como la globalizada capitalista, la industria cultural, es quien fabrica las estrategias y dictamina las tendencias y vanguardias en que se forman las subjetividades individuales. La modernidad burguesa se funda en el impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, pero se apoya en la colonización de la subjetividad. La interiorización naturalizada y mayormente inconsciente de las relaciones sociales imperantes (Ayala, 2016), con la finalidad de introducir en los diferentes países subdesarrollados una lógica de pensamiento y una cultura homogénea que permitiera más fácilmente la introducción del mercado neoliberal de los mismos y, por ende, el libre acceso a los recursos de estos países.

Es una institucionalidad surgida del orden mundial capitalista; heredero directo de las dos grandes guerras del siglo pasado y que sirve al propósito de instrumentalizar las políticas de nuestros países para que estas sirvan a los fines del capital extranjero (Ramos, 2012), de la misma manera que vino que la categoría de jóvenes (podríamos añadir otras como la de género) son el resultado del desenlace de la segunda guerra mundial, por lo que la categoría de lo juvenil o de la juventud se ve permeada por esa visión fatalista del porvenir y con la responsabilidad perenne de construir un mejor mundo.

Capítulo 3. El apoyo social.

3.1 Referentes teóricos y estudios empíricos.

Desde la perspectiva de diversos autores, El apoyo social es definido (Sánchez, 2004) como el producto de las relaciones sociales, y de los intercambios individuales con una base psicológica

o como una propiedad emergente de las relaciones sociales” y, Ander Egg (2004), como cada acción, conducta o comunicación que tiene el propósito de proteger, auxiliar o ayudar a otro u otros a afrontar situaciones problemáticas, de tipo individual, grupal y/o social”. El apoyo social, para Ander “*es humano, existencial y personal*”.

La creación de grupos de apoyo en la comunidad, junto con las intervenciones en redes sociales, constituye estrategias claves basadas en el apoyo social. Dentro de los antecedentes más relevantes sobre el tema, encontramos que Gottlieb (1983) es uno de los autores que más ha evaluado los beneficios de las intervenciones basadas en el apoyo social. Siguiendo los señalamientos de este autor, es importante recordar que las intervenciones de apoyo social tienen como objetivo principal la creación u optimización de los procesos de interacción entre las personas y sus entornos sociales cercanos y que este enfoque implica un rol indirecto de los profesionales en estas intervenciones, (Gottlieb, 1983). es algo que se también se realizará en la presente intervención ya que el papel que funge el profesionalista es de acompañamiento y también está inmerso en el desarrollo del proceso.

Son múltiples las intervenciones que siguen los preceptos del apoyo social, por ejemplo, Ansaldi & López (2009) realizaron una intervención que utilizaba el fortalecimiento del apoyo social como una estrategia que ayudara a prevenir la depresión en un grupo de mujeres que presentaban esta sintomatología, por lo que decidió implementar un programa de índole preventiva para poder incidir principalmente en los factores psicosociales que son parte de las múltiples causas de que una persona (en este caso específicamente mujeres) entren en depresión. Se quería determinar el papel que jugaban los factores psicosociales en la posible prevención (Costa Requena, 2014) de una enfermedad como la depresión, que como todos sabemos tiene sus implicancias tanto psíquicas, orgánicas psicosociales y sociales.

En dichas investigaciones (Ansaldi & López 2009) se destaca la existencia de dos modelos que previenen la depresión y que toman al fortalecimiento del apoyo social como un elemento fundamental para poder prevenirla y controlarla: el directo, que considera que su presencia y las adecuadas relaciones interpersonales protegen a las mujeres de depresión con independencia del nivel de estrés (Brown, Andrews, Harris, Adler, & Bridge, 1986; Kendler, Gardner, & Prescott, 2002; Spotts et al., 2004; Wildes, Harkness, & Simons, 2002). Por lo que se considera que en este modelo se tiene la certeza de que, con el aumento del apoyo social, por sí mismo ayuda a disminuir los índices de depresión.

El segundo, que subraya los beneficios indirectos del apoyo social y señala que actúa como protector contra el riesgo a desarrollar sintomatología depresiva, pero solamente ante la presencia de un agente estresante o de un suceso adverso (Costa, 2014), (Broadhead, Abas, Sakutukwa, Chigwanda, & Garura, 2001). Ambos modelos, señalan las autoras, no se contradicen uno con el otro ya que se considera que el apoyo social puede tener ambas funciones, me parece que ambas funciones son válidas ya que el apoyo social tiene funciones muy amplias y que, dependiendo el enfoque, la metodología y los objetivos, el apoyo social, puede servir de las dos maneras que plantean estas autoras.

Lara (2003), diseñó un programa de intervención también para atender a un grupo de mujeres vulnerables y que tenía como objetivo principal la creación de grupos de apoyo social para que estas mujeres pudieran disminuir los índices de depresión. Aunque la metodología estaba insertada en un método experimental en donde se contraponían los resultados de dos grupos, lo cierto es que sirve como antecedente para justificar en mi caso, la posibilidad de que la creación de grupos de apoyo social, como herramienta metodológica que ayudará a contrarrestar los efectos del fatalismo en jóvenes viendo un antes y un después en su percepción.

3.2. Apoyo social y bienestar en los jóvenes.

La función del apoyo social es lograr que las personas puedan hacerles frente a problemáticas comunes, por medio de la interacción y el intercambio mutuo, generar sentimientos que permitan la participación comunitaria y grupal y que al mismo tiempo provean satisfacción individual a sus miembros, por ejemplo, Doménech (1998) dice que los grupos de apoyo generan sentimientos de control, autoconfianza y autoestima. Lo que deriva en que las personas sientan una gratificación en diferentes niveles.

Por lo anterior, se infiere que el objetivo de promover el apoyo social es principalmente la procuración del bienestar en los diferentes niveles. Ahora bien, dentro de las diferentes definiciones que también se tienen respecto del bienestar, nos parece que una de las más completas y que se adecúan a las pretensiones del presente documento es aquella que lo define dentro de una esfera espaciotemporal, como un constructo compuesto por la satisfacción con la vida hasta ahora, la felicidad actual y la esperanza de bienestar futuro (Mikkelsen, 2009).

Describiendo cada componente de la siguiente manera:

1) La satisfacción con la vida es el juicio global que las personas hacen de su vida en perspectiva pretérita.

2) El estado de felicidad, es la percepción del estado afectivo actual (positivo-negativo) del individuo en perspectiva presente.

3) La esperanza prospectiva es la posibilidad de desarrollo de las potencialidades humanas en perspectiva futura.

Así que, partimos de la idea de que, con la creación de redes de apoyo, las personas pueden ayudarse entre sí a tener una percepción menos fatalista de estas dimensiones vitales, sobre todo la esperanza y el estado de felicidad.

Con la creación de grupos de apoyo se busca disminuir la percepción fatalista que tienen los jóvenes respecto a la realidad social, y esto se logra al mismo tiempo que se promueve el bienestar, en los diferentes niveles que este se da. Casullo y Castro (2002), plantean que el bienestar es el resultado de la diferencia entre las aspiraciones y los logros alcanzados, en donde más bien debería de existir una correspondencia entre uno y otro, la plausibilidad real de producirse y tomando en cuenta, además, la esperanza como la posible existencia de un *inédito viable* en sentido freiriano. Creando con esto, la triple dimensión del modelo de bienestar espaciotemporal.

Se infiere que si el apoyo social es promovido de manera correcta, esto puede llevarnos a generar bienestar en las tres diferentes esferas que propone Prilleltensky (2004) en donde se considera que no es necesario hacer una indagación separada del bienestar social del personal, ni del bienestar subjetivo del psicológico, sino hablar del bienestar de cada persona en función (Doménech 1998) de la interacción entre múltiples factores: personales, relacionales y colectivos que están interactuando en sinergia, por lo que el bienestar como un proceso integral, no puede separar una esfera de la otra.

Además, se debe tener en cuenta que hay diversos estudios sobre el impacto positivo del apoyo social. De acuerdo con Gómez y otros (2001), entre los efectos positivos del apoyo social se encuentra aquel que se brinda a las personas enfermas (Ansaldi & López, 2009), ya sea a nivel emocional, instrumental, o material. En este sentido, se han encontrado diversos estudios que describen y explican cómo este apoyo resulta ser de gran beneficio para el ajuste, salud y bienestar de personas con enfermedades crónicas, permitiendo una mayor adaptación a la situación y brindando recursos efectivos para su afrontamiento.

Es decir, el apoyo social es parte fundamental de la procuración de bienestar en los individuos, promoviendo la integración, la socialización y participación por parte de los integrantes de este. En el caso de los jóvenes, por ejemplo, Gracia, Herrero y Musitu (1995),

aseguran que la calidad de la relación que los jóvenes mantienen con sus fuentes de apoyo próximas y de confianza, es considerada como el mejor predictor de ajuste psicosocial. Lo que aseguraría una menor percepción de malestar dentro de su contexto determinado y por consecuencia un incremento en la percepción de bienestar.

Otro de los modelos del bienestar que se pueden trabajar por medio del apoyo social y que tienen que ver con mirada fatalista de los jóvenes respecto a su condición actual, es la del modelo del acercamiento a la meta (Cuadra & Florenzano, 2003)., en donde las metas son entendidas como estados internalizados y deseados por el individuo, cada individuo tendrá distintas metas y valores y en función de eso diferirán las fuentes de satisfacción, por lo que el bienestar y la forma de obtenerlo varía de sujeto a sujeto.

Además de lo ya dicho, el apoyo social y el bienestar son dos elementos que se terminan intersectando y coincidiendo en su postura, para incidir en la vida de las personas. De acuerdo con Barra (2004), permite a las personas lograr una mayor estabilidad, predictibilidad y control de sus procesos, refuerza la autoestima favoreciendo la construcción de una percepción más positiva de su ambiente, promueve el autocuidado y un mejor uso de sus recursos personales y sociales.

De la misma manera, Blanco (1998) y Díaz (2005) definen el bienestar social en función de la valoración de cada individuo sobre las circunstancias y el funcionamiento de su sociedad.

Las dimensiones que caracterizan el bienestar social son:

1) Integración social: es la evaluación y la calidad de relaciones que mantenemos con la sociedad y la comunidad.

2) Aceptación social: es el estar y pertenecer a un grupo o a una comunidad, sin embargo, son imprescindibles dos cualidades: confianza, aceptación y actitudes positivas hacia los otros y aceptación de los aspectos positivos y negativos de la propia vida.

3) Contribución social: la confianza en sí y los otros debe ir acompañada del sentimiento de utilidad, es decir creer que se tiene algo que ofrecer al mundo.

4) Actualización social: esta dimensión hace referencia a la creencia de que la sociedad, así como sus instituciones son dinámicas, que se mueven en determinada dirección para conseguir metas de las cuales los ciudadanos pueden beneficiarse.

5) Coherencia social: es la percepción de la cualidad, organización y funcionamiento del mundo social, e incluye la preocupación de enterarse de lo que ocurre en el mundo.

Las definiciones de lo que busca alcanzar el apoyo social como estrategia de intervención y los elementos que el bienestar social se encarga de cubrir, convergen en muchos puntos, por lo que nos atrevemos a decir que el primero puede ser la consecuencia, directa o indirecta, del segundo. Por lo que será probable que en la intervención el nivel de bienestar mejore *per se* aunque la finalidad principal no sea necesariamente esa.

3.3. El apoyo social y los grupos de apoyo social.

Para medir el apoyo social, el interés se centra en los elementos más identificables y objetivos de la red de relaciones de una persona (Gracia, 1997: 23). Si lo vemos desde esta postura, el apoyo social se puede verificar por medio del número de relaciones que tiene la persona, la interconexión que exista entre las personas con quien tiene redes y la congruencia y equilibrio que exista entre la persona y los miembros de su red.

El aspecto más importante de las redes de apoyo es que son personas emocionalmente significativas para el individuo y son quienes potencialmente brindan el apoyo social. Es decir, estas redes sociales cumplen la función de proveer el apoyo social, el cual genera herramientas necesarias para la persona dentro de su contexto cotidiano (Gracia, 1997). Con lo que podemos asegurar que el apoyo social nos será de utilidad para que los jóvenes puedan resignificar a la

violencia estructural y a partir de allí empezar a crear una visión distinta del mundo y organizarse para conseguirla.

El concepto de apoyo social surge del interés por comprender las interacciones sociales y la tendencia a buscar la compañía de otras personas, especialmente en situaciones estresantes en el transcurso del ciclo de vida. Festinger, propuso que este deseo de buscar compañía de otra persona en situaciones de temor o ansiedad era debido a la necesidad de establecer un proceso de comparación social, a través del cual se puede obtener información acerca de la situación estresante (lo que permite reducir la incertidumbre) y validar las propias reacciones (comparando sentimientos y conductas). Y quizá también proponiendo soluciones o mejores maneras de sobrellevar las problemáticas.

Algunas investigaciones demuestran que las relaciones que se establecen entre las personas permiten minimizar los efectos adversos de diferentes situaciones que provocan tensión (Gracia, 1997; Gómez, Pérez & Vila, 2001)., además de que las personas que se encuentran en mejores condiciones psicológicas y físicas eran aquellas que mantenían un mayor número de interacciones o se hallaban integrados socialmente a diferencia de aquellas personas en condiciones de aislamiento o poca integración (Gracia, 1997; Gómez, Pérez & Vila, 2001). Así, se hace énfasis en el hecho de que el aislamiento no solamente es estar lejos de las personas, sino que también implica la indiferencia de los demás ante las problemáticas sociales a pesar de la cercanía física.

El apoyo social ha sido abordado como temática de gran interés, teniendo en cuenta las constantes transformaciones sociales y de modernización que de alguna forma inciden en el debilitamiento y deterioro de los lazos sociales; repercutiendo en diversas problemáticas que afectan la salud, el bienestar y calidad de vida de las personas que integran dichas sociedades, (Orcasitas & Uribe, 2010), por eso es necesario destacar la importancia que tiene la ayuda que

reciben los individuos de los sistemas sociales informales (familia, amigos, vecinos) sobre su bienestar (en este caso sobre su bienestar psicosocial), sin afirmar que siempre sean beneficiosos.

La creación de grupos de autoayuda adquiere sentido en el momento que se detecta que una persona apenas posee red social, no existe homogeneidad (por ejemplo, una joven madre soltera donde toda su red son personas de mayor edad), o los intercambios no se dan de forma recíproca, pudiendo aparecer conductas sobreprotectoras, excesivo control, abandonos, etc. (Doménech, 1998). Estos grupos ayudan a crear o ampliar una parte de red social que proporcione el apoyo necesario a las personas que forman parte del grupo.

La creación de grupos de apoyo social también se puede explorar desde la perspectiva funcional, esto es de la función que cumplen las relaciones sociales en el desarrollo, más bien dicho en el bienestar psicosocial de los individuos, dentro de los elementos descritos algunas líneas arriba. Caplan (1974) define el apoyo social como guía y *feedback* proporcionado por otras personas que permite al sujeto manejar emocionalmente un evento estresante. Existe un acuerdo entre los investigadores en distinguir tres funciones fundamentales en el apoyo social, funciones que se dan en los grupos de autoayuda:

a) Función de apoyo emocional, a través de la cual las personas comparten experiencias y se sienten aceptadas por los demás.

b) Función de apoyo instrumental o material donde se intercambian ayudas que sirvan para resolver problemas prácticos y cotidianos. En los grupos de autoayuda esta función suele darse en las fases avanzadas del grupo, ya que en las primeras fases las personas suelen ser reacias a pedir este tipo de ayuda. Además, suele darse fuera del contexto grupal.

c) Función de apoyo informacional, donde a través del proceso grupal las personas reciben información y guía.

Por lo anterior, la intervención que se pretende realizar se instala en la primera función que describe Caplan, pero para entender de manera definitiva por qué es importante la creación de grupos de apoyo social hay que conocer la perspectiva contextual, que pone énfasis en las características contextuales del apoyo social. Desde aquí, se debe adecuar el tipo de apoyo al tipo de problema en el que se trabaja. A veces, la propia familia no puede dar apoyo en una situación determinada y debemos recurrir a otras fuentes de apoyo como pueden ser los amigos o los grupos.

La perspectiva y funciones que tienen los grupos de apoyo son múltiples, su relevancia práctica los vuelve una gran alternativa a la hora de buscar alguna una estrategia de intervención centrada en el apoyo social. Teniendo como objetivo consolidar, ampliar y complementar la red social del individuo que atraviesa alguna dificultad o problema no pudiendo recibir apoyo o no siendo adecuado el apoyo que recibe de otros sistemas de su red social (Doménech, 1998). Estos grupos han surgido en campos tan diversos como la enfermedad mental y física, las adicciones, las crisis vitales, y diversas problemáticas sociales

No se debe de perder de vista que el concepto de apoyo social es polisémico y cada autor le da una definición propia, lo que complejiza la definición de grupo de apoyo o grupo de autoayuda, como también se le denomina, destacamos en estas páginas, la definición propuesta por Katz (198, p 125), definición que ha adoptado la Organización Mundial de la Salud. Esta dice así: *“los grupos de autoayuda son grupos pequeños y voluntarios estructurados para la ayuda mutua y la consecución de un propósito específico. Estos grupos están integrados habitualmente por iguales que se reúnen para ayudarse mutuamente en la satisfacción de una necesidad común”*

Los participantes son personas que perciben que sus necesidades no pueden ser satisfechas por las instituciones, además de que priorizan la interacción social y la responsabilidad personal de sus miembros (Doménech, 1998). Con frecuencia, proporcionan ayuda material, así como apoyo emocional; están orientados a la causa del problema y a las acciones que se pueden tomar

para resolverlo, tratan de tener una perspectiva o conjunto de valores a través de los cuales los miembros del grupo pueden obtener e incrementar un sentimiento de identidad personal y, desde nuestro punto de vista, sentido de comunidad.

Los grupos de autoayuda tienen características propias, singulares, que los diferencian de otras formas de socialización social, según Gracia (1997, pp. 58-59), las características más importantes del grupo de autoayuda son las siguientes:

- a) *El intercambio de experiencia comunes*: El hecho de compartir un problema central define la socialización de los integrantes en los grupos de autoayuda, a pesar de las numerosas diferencias individuales. Por ejemplo, Silverman (1971) considera que entre las principales características de los grupos de autoayuda se encuentra el hecho de que quien provee ayuda comparte el mismo problema con quien recibe esa ayuda. Para este autor, la experiencia común es el concepto fundamental que distingue la experiencia de la autoayuda de otros intercambios de ayuda. También es importante señalar que la ayuda no sólo surge de la experiencia común, sino de la sino de los sentimientos similares respecto a la problemática.
- b) *El grupo proporciona apoyo emocional*: Por apoyo emocional se entiende el hecho de saber acompañar y entender a otro miembro del grupo que padece un problema. El apoyo emocional que se transmite puede ayudar a la persona bien a ajustarse a la situación o bien a cambiar esa situación (Richardson, 1995). Este apoyo se da durante las reuniones del grupo, pero a veces también puede darse fuera del grupo, lo que prolongaría el apoyo y verificaría la efectividad de la intervención. Entre otras conductas, los miembros del grupo proveen apoyo emocional cuando (Katz, 1983 cit. Gracia, 1997:65): Se manifiestan en el grupo los refuerzos positivos. En este sentido, el grupo aplaude o recompensa las conductas deseables:
 1. Cuando se comparten las experiencias, pensamientos y sentimientos cotidianos con otros miembros del grupo.
 2. Cuando se ofrece retroalimentación y apoyo constante.
 3. Cuando los miembros del grupo se refuerzan mutuamente acerca de su capacidad para manejar sus problemas.

4. Y cuando se justifican los sentimientos o acciones en respuesta a situaciones determinadas.

- c) *Se intercambia información, consejo y educación*: En los grupos se da y se proporciona la información necesaria que ayuda a las personas a mejorar su capacidad de afrontamiento. Los grupos de autoayuda proporcionan esta información bien de forma directa entre los miembros del grupo, bien de forma indirecta indicándose dónde se puede acudir a recibir dicha información.

Es necesario no pasar por alto el hecho de que los grupos cumplen, aunque no sea su principal objetivo, con funciones de socialización. Como nos señala Katz (1993), la función de los grupos de autoayuda para ayudar a sus miembros a superar los sentimientos de aislamiento social es particularmente importante. La integración grupal se da por medio de las actividades propias del grupo, pueden derivar en la participación de los miembros en la comunidad.

3.4. El apoyo social en los jóvenes.

La vida en sociedad es inherente a la existencia misma del ser humano, desde la más remota antigüedad el ser humano se las ha tenido que arreglar para competir con otros depredadores más fuertes y rápidos para apropiarse de los medios de subsistencia; a esto se debe el éxito evolutivo. ¿de qué otro modo puede explicarse el éxito evolutivo de una especie -la humana- cuyos miembros se caracterizan por: debilidad física, piel demasiado fina, poca idoneidad de adaptación biológica, falta de medios naturales de ataque y defensa, poca adecuación para una alimentación diversificada -carencia de incisivos punzantes y mandíbulas poco fuertes-, insuficiente madurez psicomotora en los primeros años de vida, ¿etc.? (Tezanos, 1991).

No resulta demasiado difícil que a partir de ese momento y en adelante, es inevitable la socialización como forma imperante de la actividad humana, incluso desde disciplinas como la genética o la antropología así lo avalan: nuestros antepasados simiescos eran animales que vivían en manadas; evidentemente, no es posible buscar el origen del hombre, el más social de los

animales, en unos antepasados inmediatos que no viviesen congregados, no es posible entender el desarrollo de la humanidad, ni la condición humana misma, sin la colaboración constante.

Con cada nuevo progreso, el dominio sobre la naturaleza, que comenzara por el desarrollo de la mano, con el trabajo, iba ampliando los horizontes del hombre, haciéndole descubrir constantemente en los objetos nuevas propiedades hasta entonces desconocidas. Por otra parte, el desarrollo del trabajo, al multiplicar los casos de ayuda mutua y de actividad conjunta, y al mostrar así las ventajas de esta actividad conjunta para cada individuo, tenía que contribuir forzosamente a agrupar aún más a los miembros de la sociedad (Engels, 2003). Por el que el desarrollo, desde un principio y poniéndolo en otras palabras se basó en el apoyo social.

Según Musitu (1996), el interés de los científicos por conocer los factores sociales en el desarrollo del ser humano surge a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Para sólo poner un ejemplo evocaremos a Durkheim y Weber, padres de la sociología moderna y que abrieron paso a posteriores investigaciones en materia social, y la posterior vorágine académica y práctica que esto desencadenaría respecto a estudios de campo, intervenciones y teorías sobre la influencia de lo social en el ser humano.

Durkheim examinó las tasas de suicidio en diversos segmentos de la población y encontró apoyo empírico para su hipótesis: el suicidio era más frecuente entre aquellas personas con pocos lazos sociales íntimos. Durkheim se preocupó por la desintegración social en las nuevas sociedades industriales, pudo inferir los cambios que se suscitaría por la instauración del nuevo modelo económico, y postuló que el desarrollo industrial, al enfatizar el valor del individualismo, precisaba de algún tipo de transformación de los patrones tradicionales en los vínculos comunitarios y de parentesco (Musitu, 1996).

Así, supuso, para poner un ejemplo, que conforme los campesinos emigraban a áreas urbanas en calidad de trabajadores asalariados, sus lazos individuales, familiares, con la iglesia y

la comunidad se disolvían, produciéndose una reducción del apoyo y una pérdida de las "restricciones sociales" basadas en roles sociales y normas bien definidas (Heller, 1979). Por decirlo en otras palabras, la comunidad se disolvía y era rápidamente integrada (resocializada diría Galtung) en busca del progreso que demandaban las emergentes sociedades industriales. Durkheim (1998) creyó que esta "anomia social" era incompatible con el bienestar psicológico, o psicosocial.

Ahora bien, no es sino hasta los 70s cuando el concepto de apoyo social comenzó a tomar relevancia dentro de la comunidad científica, sobre todo con la publicación de los trabajos de (Cassel y Cobb, 1976), (Musitu, 1996). Estos autores demostraron que personas enfermas que tenían el apoyo de familia y amigos, no presentaban los efectos negativos de vivir sometidos a situaciones estresantes o como producto de algún problema de salud. Ambos autores concluyeron que las personas que experimentan sucesos vitales estresantes amortiguan las consecuencias nocivas, tanto psíquicas como físicas, cuando tales eventos se experimentan con la contribución de apoyos sociales (Cassel, 1974; Cobb, 1976).

La transición hacia el mundo adulto conlleva el aprendizaje de nuevas tareas y roles. Durante esta etapa de la vida las personas eligen sus carreras profesionales, deciden sobre sus estilos de vida, establecen redes de amigos y se implican voluntariamente en actividades cívicas y comunitarias (Bruhn y Philips, 1984). Etapa de transición en donde las personas se adscriben a diferentes tipos de relaciones, ingreso al campo laboral, establecimiento de relaciones de pareja con todo lo que esto conlleva.

Los individuos, sin embargo, pueden tener dificultades para resolver los problemas propios de esta transición al mundo adulto ya sea por no disponer de las habilidades necesarias para negociar y solucionar esos problemas, o porque se encuentren en situaciones en las que se obstaculiza el desarrollo de nuevas amistades, por ejemplo, ser discriminado por razones de estatus económico, por razones de sexo o de raza (Musitu, 1998).

Todo esto puede llevar a las personas a disminuir su percepción del bienestar o incluso derivar en alguna patología de orden psicológico, por lo que es importante buscar la manera en que el impacto de estas situaciones sea mínimo y se resuelva de una forma favorable. Y los científicos han tomado en cuenta los recursos de apoyo social con respecto a dos ámbitos importantes de la vida del joven en las sociedades occidentales: trabajo y familia, situaciones en las que los sujetos ya han adquirido herramientas de socialización (Musitu, 1996). Y que al parecer son los dos aspectos fundamentales de la vida en Occidente.

El cómo se estudia el apoyo social se puede hacer desde dos perspectivas diferentes: por medio del análisis de la transformación de la red social y por medio del análisis de cómo el estrés influye en el bienestar de las personas (Musitu y Allat, 1994). Por lo general, el trabajo en las sociedades modernas se realiza en el ámbito de organizaciones, a menudo excesivamente despersonalizadas, en las que transcurre gran parte de la vida del individuo adulto. Por lo que la incidencia del contexto laboral resulta crucial para poder entender el fortalecimiento que se le da al concepto de apoyo social.

Musitu (1996) dice que muchas de las veces *el sentido común* confunde al apoyo social con la posibilidad de poder insertarse de manera rápida al mundo laboral, debido a una confusión conceptual. Las relaciones que suponen apoyo social se caracterizan por incidir en el bienestar de los individuos gracias a su capacidad para generar en ellos sentimientos de pertenencia, participación y compromiso con una comunidad. Una madre puede ser una poderosa fuente de apoyo social y, sin embargo, ser incapaz de ayudar a su hijo a buscar empleo directamente (proporcionándole entrevistas, o presentándole a personas que pudieran proporcionárselo). Por lo que el apoyo social no debe ser confundido con otros conceptos sobre todo con las redes sociales en el terreno específicamente laboral.

Es importante distinguir entre las relaciones más profundas, que generan bienestar y que se dan por medio del apoyo social, de aquellas otras más efímeras, superficiales y que dependen del contexto, que no exigen compromiso y que, consecuentemente, no proporcionan un sentimiento de bienestar. Evidentemente, estas relaciones, si no directamente, indirectamente pueden tener efecto en el bienestar. Como, por ejemplo, nos dice compañero de universidad que nos proporciona un nombre y un teléfono para concertar una entrevista profesional puede ser una ayuda importante que tenga efectos en nuestro bienestar, sobre todo si estamos pasando por una crisis de confianza motivada por nuestra incapacidad por encontrar empleo.

Esta distinción entre lazos sociales fuertes y débiles es afín a la realizada por Lin, Dean y Ensel (1986) entre relaciones expresivas y relaciones instrumentales y constituye un punto de partida desde el cual se pueden analizar los sistemas de apoyo que mantienen las personas a lo largo de su vida. Sin embargo, señala (Musitu, 1996), la transformación de las relaciones sociales en el trabajo, en relaciones que suponen apoyo, constituye un proceso dinámico en el cual la persona va arriesgando para obtener más ayuda de determinadas personas, implicándose más con ellas y estableciendo entre sí relaciones expresivas, más allá de los aspectos instrumentales iniciales de su interacción.

El lugar de trabajo constituye no sólo un campo para ampliar la red social sino también un importante foco de tensiones y estrés en la vida del individuo. Es su capacidad para inducir estrés y tensión la que ha llevado a los investigadores a analizar su relación con el bienestar. Evidentemente, en esa relación *estrés-bienestar* el apoyo social que la persona recibe o percibe fundamentalmente de la familia, es un poderoso mediador y en consecuencia una variable a tener muy presente en esa relación (Gracia, Herrero y Musitu, 1995). Al final, la familia termina siendo la mayor fuente del apoyo social, pero como ya hemos descrito algunas páginas arriba no es la

única y, a veces, hay otras que se ajustan más a las necesidades de los individuos y por tanto son más eficaces.

Ejemplo de lo anteriormente dicho es la relación entre el apoyo, la familia y el trabajo y el denominado efecto del desbordamiento según el cual *"a medida que el estrés en el trabajo influye o sobrecarga las relaciones familiares, la capacidad de la familia para proporcionar apoyo disminuye y el impacto diario de las demandas laborales se hace acumulativo"* (Kasl y Wells, 1985). Por lo que, aunque la familia sea la fuente de apoyo social más importante en las personas, no significa que sirva para todas las situaciones en las que se necesita, sino que es importante tener una red amplia de personas que proporcionen el apoyo y que este tipo de apoyo se ajuste a la necesidad específica.

Se sabe que la identidad de las personas está vinculada a los roles sociales que emergen de la comunidad de pertenencia, lo cual constituye uno de los principales escenarios sociales de interacción y que ayuda a generar redes con otras personas (Shinn y Toohey, 2003). Estos roles sociales, fomentan, a su vez, la oportunidad de desarrollar un autoconcepto más diversificado (Palomar y Lanzagorta, 2005) Lo que evidentemente también hará más extensos los grupos de apoyo que puedan servir como soporte para alguna situación que lo amerite o cuando se vuelva impostergable el ajuste psicosocial.

Estos autores, a su vez, subrayan la importancia que tienen los escenarios comunitarios como por ejemplo, los grupos de ayuda mutua (Gracia, Herrero y Musitu, 2002), las parroquias u organizaciones de carácter voluntario para la formación de roles, el sentido de identidad y la potenciación de la autoestima (Musitu y Buelga, 2009), la participación social y la autoeficacia, elementos que ayudan a que las personas puedan emprender acciones en caso de necesitar modificar alguna situación, y la formación de estos elementos sólo es posible en la interacción constante y dialógica, en donde todos y cada uno son el pilar en donde se apoya el otro.

Un ejemplo de lo anteriormente dicho, es un trabajo que implicaba el fortalecimiento del apoyo social para hacerle frente a un problema generalizado y que es consecuencia de factores múltiples, estamos hablando del alcoholismo. En dicho estudio (Villarreal-González, Musitu, Sánchez & Varela, 2010), el objetivo es analizar las relaciones existentes entre variables individuales, familiares, escolares y sociales con el consumo de alcohol en adolescentes. Y demostrar que el apoyo social, la creación o pertenencia a grupos de autoayuda y altos niveles de sentido de comunidad, participación comunitaria, etc. Terminan siendo determinantes a la hora de querer combatir alguna problemática o cuando se pretende realizar algún ajuste psicosocial.

En los resultados mostraron que el apoyo social comunitario y el funcionamiento familiar se relacionaban con el consumo de alcohol de forma indirecta (Villarreal, et al, 2010). El primero lo hacía de forma positiva y significativa a través del apoyo de amigos y el consumo de alcohol de familiares y amigos; y el segundo, lo hacía a través de dos partes: uno, de forma positiva y significativa, con el apoyo familiar y el consumo de alcohol de familiares y amigos y, dos, de forma positiva a través del ajuste y la autoestima escolares y ésta, de forma negativa, con el consumo de alcohol. También se observó una relación positiva y significativa entre funcionamiento familiar y el apoyo social comunitario.

Esto refleja que la juventud y adolescencia son etapas en donde el apoyo, la generación de una identidad sólida y el sentido de pertenencia que adquieren las personas, resulta determinante en la configuración y el rumbo que tomarán la vida de las personas, por lo que es importante, siempre, tomar en consideración estos elementos a la hora de hacer una intervención: Propio de esta intervención, es tener siempre presente que el desempleo se percibe como una situación negativa que amenaza la propia estima (alta orientación hacia el trabajo) y la estabilidad económica (alto nivel de necesidad), se produce una reducción de los contactos sociales (Gracia, Herrero y

Musitu,1995). que puede implicar una disminución del apoyo social disponible y, en consecuencia, un incremento de la vulnerabilidad ante el estrés.

APARTADO EMPÍRICO

Capítulo IV. Problema y objetivos.

4.1. Problema de estudio.

La presente tesis abordará la evaluación del programa Jóvenes Construyendo Futuro, en función del constructo teórico denominado fatalismo, lo que se intenta es reconocer algunos elementos psicosociales que repercuten de manera negativa ante las pocas oportunidades laborales que se obtienen al egresar de la educación superior, al mismo que tiempo que se analizan los cambios producidos por programas gubernamentales de esta naturaleza.

La juventud se concibe como el período vital durante el cual se va dando forma a la identidad y al proyecto de vida no obstante, para gran parte de los jóvenes, este proceso no va acompañado de dispositivos sociales, educativos y recreativos que acompañen esta búsqueda (Torres, 2013). El desafío es aún mayor hoy en un escenario de modificaciones aceleradas y de distinta naturaleza, donde la exclusión juvenil es ampliada por los medios de comunicación, pero básicamente por una situación generalizada que enfrenta a los jóvenes a un mundo de expectativas de vida y consumo distintas de sus posibilidades reales en un mercado laboral cada día más restrictivo.

Para poder hacer frente a este tipo de situaciones se torna imprescindible el poder organizarse y crear vínculos con los demás miembros de la sociedad, sobre todo con los sectores que viven situaciones similares a la propia y con los que será fácil crear redes sociales. Las redes sociales suelen estar constituidas por los miembros de la familia nuclear, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y conocidos de la comunidad. Estos vínculos se convierten en sistemas de apoyo social, los cuales constituyen un elemento indispensable para la salud, ajuste y bienestar del individuo.

En el caso de la intervención que pretendemos realizar, esto justifica por el hecho de que los jóvenes que perciben ciertas situaciones de la vida como posiblemente fatalistas, necesitan crear una red sólida de apoyo e intercambio con otras personas que sufran el mismo fenómeno, y a partir de la población misma (jóvenes) se cumplen, en la medida de lo posible los elementos de congruencia y homogeneidad, que ayudarán a que el grupo de apoyo, sus intereses e intercambios sean más sólidos.

Lo anterior se logra por medio del apoyo social de acuerdo con Barra (2004), permite a las personas lograr una mayor estabilidad, predictibilidad y control de sus procesos, refuerza la autoestima favoreciendo la construcción de una percepción más positiva de su ambiente, promueve

el autocuidado y un mejor uso de sus recursos personales y sociales. Gracia y Herrero (2006), afirman que la desorganización, desintegración social y la disolución de las redes de apoyo social y de grupos sociales, es un factor clave en la génesis de problemas psicosociales. Por lo que se estima que una sociedad en donde sus integrantes se sientan apoyados de manera permanente en una red mutua de apoyo puede generar menores riesgos en la estabilidad psicosocial de los individuos.

Otra variable fundamental para entender no sólo el desempleo sino la precariedad salarial, es la variable estructural de la educación, a pesar de que las estadísticas nos dicen que la escolaridad viene en un notable aumento de años que cursan los jóvenes (IMJ, 2010)

En 1990 era de sólo 6 años, en promedio, y ya entrado el siglo XXI esta cifra aumentó a 10 años. Algunas pruebas internacionales como PISA, auspiciada por la OCDE (Valdez, 2013), incluso las pruebas nacionales han demostrado la incapacidad de síntesis y de aprendizaje, el inadecuado manejo de las matemáticas y habilidades sociales; existe la cobertura, pero sin impacto real.

En consecuencia, se pretendió dar respuesta a la siguiente pregunta de investigación: ¿Cuáles son los efectos del apoyo social en la mitigación del fatalismo en un grupo de jóvenes desempleados con estudios de educación superior que participan en el programa federal: *Jóvenes Construyendo Futuro*?

Lo antes mencionado se realizó en función del siguiente supuesto teórico: Los jóvenes que participan en el programa de Jóvenes Construyendo el Futuro, muestran una disminución en su tendencia fatalista para enfrentar el porvenir.

El interés por evaluar este tipo de programas, es una de las tareas que se tiene desde las ciencias sociales, como bien dicen Castro, Reyna y Méndez (2017, p 14), que:

en la medida en que en América Latina se va perfeccionando la política pública: surge la política social, como un campo y área fundamental de intervención, sobre todo en la etapa del Estado, convirtiéndose al igual que el llamado tercer sector, como un nicho potencial de intervención para los científicos sociales, creándose en las instituciones públicas y privadas, así como en los organismos de la sociedad civil, espacios temporales para estas intervenciones.

La evaluación ayudará, en este sentido, a medir los niveles de bienestar proporcionados por este programa, así como a la promoción social, impulsando la movilización del sujeto y de los recursos humanos e institucionales disponibles, mediante la participación de la población y las instituciones públicas, en este caso, en programas de corte federal como el que se pretende evaluar, esperando generar procesos de gestión y organización por parte de los sujetos, aparte de la expansión de este tipo de proyecto pero tomando en cuenta el alcance psicosocial que también contienen este tipo de proyectos, con el propósito de mejorarlo.

4.2. Objetivos del trabajo.

General:

Identificar y explicar los cambios manifiestos en la condición fatalista de jóvenes desempleados a partir del programa “Jóvenes Construyendo Futuro”

Específicos.

1. Identificar las tendencias de la condición fatalista de un grupo de jóvenes con estudios superiores que participan en el programa “Jóvenes Construyendo Futuro”
2. Describir la condición fatalista de jóvenes de un grupo de jóvenes con estudios superiores que participan en el programa “Jóvenes Construyendo Futuro”
3. Identificar los cambios en la condición fatalista que experimenta un grupo de jóvenes en función de su participación en el programa “Jóvenes Construyendo Futuro”
4. Explicar los efectos que tiene el programa “Jóvenes Construyendo Futuro” en un grupo de jóvenes desempleados con estudios superiores.

Capítulo V. Materiales y método.

5.1. Diseño.

El diseño metodológico no experimental, exploratorio y de naturaleza cuantitativa

5.2. Universo y Muestra

El programa es de índole nacional y abarca todos los estados del país, al día de hoy, hay un total de 525,816 participantes de los cuales 307, 817 son mujeres y 217, 991 son hombres. En el Estado de Morelos, al día de hoy hay 33, 732 personas inscritas al programa, de los cuales 19, 710 son hombres y 14, 022 mujeres, algunos cuentan con estudios a nivel licenciatura, el estudio fue realizado en los municipios de Cuautla y Ayala (Gob.mx, 2020).

En el municipio de Ayala el total de participantes en el programa es de 1180: de los cuales 669 son mujeres y 511 son hombres, en el municipio de Cuautla son 1218 participantes, de los cuales 708 son mujeres y 510 son hombres, estas cifras las podemos encontrar en la página oficial del programa.

La muestra se integró mediante un muestreo por conveniencia y se integró por 216 jóvenes de los municipios con mayor relevancia para el programa en la región oriente: Cuautla y Ayala y se para los análisis se tomaron en cuenta las variables estructurales de sexo (hombre y mujer) y edad (esta fue dividida en joven de 18 a 24 años y adulto joven de 25 a 29 años).

Las características de la muestra son las siguientes:

Tabla 1. *Distribución de la muestra*

Variable	Indicador	Cantidad	Porcentaje
Sexo	Hombre	120	44.1
	Mujer	96	55.9
Edad	Joven	52	24.1%
	Joven-Adulto	163	75.9%

Los criterios de inclusión de la muestra fueron los siguientes:

- Pertenecer al programa federal “Jóvenes Construyendo Futuro.
- Tener alguna licenciatura concluida.
- Radicar en el Estado de Morelos.

5.3. Descripción del Programa Federal: Jóvenes Construyendo el Futuro.

El programa “Jóvenes Construyendo Futuro” es un programa federal cuyo objetivo es buscar que miles de jóvenes entre 18 a 29 años puedan capacitarse en el trabajo. El Gobierno de México les otorga una beca mensual de 3,600 pesos para que se capaciten durante un año (Secretaría del trabajo y previsión social, 2019).

Es la oportunidad para que empresas, instituciones públicas y organizaciones sociales los capaciten para que desarrollen habilidades, aprovechen su talento y comiencen su experiencia laboral. Hablando únicamente del Estado de Morelos, al día de hoy hay 33, 732 personas inscritas al programa, de los cuales 19, 710 son hombres y 14, 022 mujeres, algunos cuentan con estudios a nivel licenciatura (Gob.mx, 2020).

El programa funciona mediante el siguiente mecanismo:

- a) El programa incorporará a los beneficiarios a su plataforma y, con base en sus intereses, habilidades y experiencias te vinculará con un centro de trabajo, en donde te capacitarán hasta por un año recibiendo una beca de \$3,600 pesos mensuales.
- b) Tendrá un tutor que lo capacitará para realizar actividades en el lugar que elija.
- c) Evaluarás mensualmente a tu tutor para fortalecer el programa.
- d) Asimismo, el tutor hará una evaluación mensual del desempeño del becario.
- e) Al final de tu capacitación recibirás una certificación.
- f) El joven recibirá un documento que acredite las habilidades que adquirió durante la capacitación.
- g) Se dará seguimiento puntual al joven a través del Servicio Nacional de Empleo para buscar incorporarlo formalmente al mercado laboral (Gob.mx 2020).

5.4. Instrumento.

Escala multidimensional de fatalismo.

Esparza y Wiebe (2010) analizaron la estructura factorial de las principales escalas usadas para medir fatalismo. Los reactivos analizados fueron 267 a los cuales se les hizo un análisis factorial exploratorio. Se encontró que la mayoría de los reactivos se agrupaban en cinco factores a los cuales nombraron fatalismo, pesimismo/desesperanza, Locus interno, suerte y control divino. Esparza y Wiebe (2010) concluyen que no todos los factores encontrados son fatalismo y que el único factor que refleja el constructo es el factor nombrado fatalismo. El resto de los factores, aunque se relacionan con el fatalismo, son factores que representan otros constructos y por eso se agrupan en distintos factores. Después de este análisis, Esparza y Wiebe (2010) elaboraron la

Escala Multidimensional de Fatalismo, donde se incluyen los cinco factores compuestos por seis reactivos por factor. Esta escala es la que se utiliza para el presente estudio.

Esta escala fue diseñada por Esparza y Wiebe (2010) y consta de cinco factores nombrados fatalismo, pesimismo/desesperanza, locus interno, suerte y control divino (ver anexo 1). Cada factor consta de seis reactivos y la consistencia interna de los factores medida por el alfa de Cronbach va de .76 a .92.

La escala está basada en un análisis cuantitativo de las principales escalas usadas para medir fatalismo. En este análisis se encontró que los reactivos se agrupaban principalmente en los cinco factores antes mencionados. Basados en estos resultados, Esparza y Wiebe (2010) desarrollaron la EMF, compuesta de cinco factores, en inglés y español simultáneamente usando las guías propuestas por Tanzer (2005).

Se realizaron un análisis factorial exploratorio para seleccionar los mejores reactivos en cada factor y un análisis factorial confirmatorio para validar la estructura factorial de la escala. Se analizó varianza de medida entre la versión en inglés y la versión en español. Se concluyó que las dos versiones son iguales y que se pueden usar para comparar resultados entre los dos idiomas.

Con respecto al tipo de medidas que se han utilizado, el fatalismo ha sido medido como locus de control, estilo de afrontamiento, dominio, indefensión aprendida, visión del mundo, activismo, facetas de personalidad, creencia en un mundo justo, percepciones y actitudes con respecto a la seguridad, barreras de control de dolor, barreras para examen de cáncer, valores o constructos culturales, pesimismo, amenaza de muerte, visiones y expectativas del futuro (Esparza & Wiebe, 2010).

Los reactivos analizados fueron 267 a los cuales se les hizo un análisis factorial exploratorio. Se encontró que la mayoría de los reactivos se agrupaban en cinco factores a los cuales nombraron fatalismo, pesimismo/ desesperanza, internalidad, suerte y control divino. Esparza y Wiebe (2010) concluyen que no todos los factores encontrados son fatalismo y que el único factor que refleja el constructo es el factor nombrado fatalismo.

El resto de los factores, aunque se relacionan con el fatalismo, son factores que representan otros constructos y por eso se agrupan en distintos factores. Después de este análisis, Esparza y Wiebe (2010) elaboraron la Escala Multidimensional de Fatalismo donde se incluyen los cinco factores compuestos por seis reactivos por factor. Esta escala es la que se utiliza para el presente estudio. Se analizaron las propiedades psicométricas de la Escala Multidimensional de Fatalismo (EMF) en una muestra mexicana.

Esta escala fue elaborada en inglés y español simultáneamente y se demostró la validez del instrumento en una muestra estadounidense. La escala cuenta con cinco factores denominados

fatalismo, pesimismo/desesperanza, locus interno, suerte y control divino. Cada uno de los factores está compuesto por seis reactivos. Para la validación de la EMF se obtuvo una muestra de 318 participantes con una media de edad de 20.47 ($\sigma = 5.30$) siendo el 61% mujeres. Se confirmó la estructura factorial a través de un análisis factorial confirmatorio según los índices de bondad de ajuste. La escala también presentó buena validez convergente y discriminante.

Escala multidimensional de fatalismo.

Tabla 1. Reactivos de la escala multidimensional de fatalismo
Reactivos
Fatalismo
1. He aprendido que lo que tiene que pasar pasará.
2. Si algo malo me va a pasar, pasará sin importar lo que haga.
3. Si pasan cosas malas, es porque así tenía que pasar.
4. No tiene sentido hacer muchos planes: si algo bueno va a pasar, pasará.
5. La vida es muy imprevisible, y no hay nada que uno pueda hacer para cambiar el futuro.
6. La gente se muere cuando es su tiempo de morir y no hay mucho que se pueda hacer al respecto.
Pesimismo/desesperanza
1. Siento que nada de lo que yo pueda hacer cambiará las cosas.
2. A veces siento que no hay nada que esperar del futuro.
3. Yo siento que no tengo ningún control sobre las cosas que me pasan.
4. No importa qué tanto me esfuerce, todavía no puedo triunfar en la vida.
5. Con frecuencia me siento abrumado con problemas, ya que no tengo ningún control sobre la resolución de estos problemas.
6. No hay nada que yo pueda hacer para tener éxito en la vida, pues el nivel de éxito está determinado cuando uno nace.
Locus interno
1. Siento que cuando pasan cosas buenas, suceden como resultado de mis propios Locus interno
2. Lo que me pase a mí en el futuro depende mayormente de mí.
3. Mi vida está determinada por mis propias acciones.
4. Lo que la gente obtiene de la vida es siempre debido a la cantidad de esfuerzo que le dedican.
5. Lo que me pase a mí es consecuencia de lo que yo haga.
6. Puedo hacer cualquier cosa, si realmente quiero hacerlo.
Suerte
1. Cuando obtengo lo que quiero es usualmente porque tengo suerte.
2. El grado de éxito que tienen las personas en su trabajo está relacionado con la cantidad de suerte que tienen.
3. Alguna gente simplemente nace siendo suertuda.
4. Cuando le pasan cosas buenas a la gente, es por buena suerte.

5. Las cosas más buenas que me pasan son generalmente por suerte.
6. No existe la suerte.
Control divino
1. Todo lo que sucede es parte del plan de Dios.
2. Todo lo que le pasa a una persona fue planeado por Dios.
3. Cualquier cosa que me pase en la vida, es porque así quería Dios que pasara.
4. Dios controla todo lo bueno y lo malo que le sucede a una persona.
5. Dios tiene un plan para cada persona y usted no puede cambiar su plan.
6. Por mucho esfuerzo que yo invierta en hacer las cosas, al final, la decisión de Dios prevalecerá.

Esta escala fue diseñada por Esparza y Wiebe (2010) y consta de cinco factores nombrados fatalismo, pesimismo/desesperanza, locus interno, suerte y control divino (ver anexo 1). Cada factor consta de seis reactivos y la consistencia interna de los factores medida por el alfa de Cronbach va de .76 a .92.

Dicha escala está compuesta por 5 factores: fatalismo, pesimismo/desesperanza, locus interno, suerte y control divino. A su vez, cada uno de los factores está compuesto por seis reactivos, que se contestan con una escala tipo Likert, que va desde totalmente en desacuerdo (1) hasta totalmente de acuerdo (5). El fatalismo corresponde a los reactivos 1, 6, 11, 16, 21, 26. El pesimismo/desesperanza corresponde a los reactivos 2, 7, 12, 17, 22, 27. El locus interno corresponde a los reactivos 3, 8, 13, 18, 23, 28. La suerte corresponde a los reactivos 4, 9, 14, 19, 24, 29 y el control divino corresponde a los factores 5, 10, 15, 20, 25, 30. En la siguiente tabla se muestran las preguntas que corresponde a cada uno de los ítems, dividido por factor en orden de aparición en la escala.

5.5. Procedimiento.

- Se visitó a las autoridades pertinentes para que brindaran autorización de realizar la evaluación del programa “*Jóvenes Construyendo Futuro*”. Se tuvo una reunión con el director general del programa a nivel estatal para pedir su anuencia de realizar la evaluación del mismo.

- Se presentaron los objetivos, instrumento y cronograma de actividades a los encargados del programa en la región oriente.
- Se aplicó la escala al iniciar y al finalizar el programa, en los municipios de Cuautla y Ciudad Ayala, visitando diferentes empresas e instancias públicas en donde se encuentran inscritos los becarios. En cada lugar se habló con el responsable y se le informó sobre el objetivo del estudio.
- Se tabularon y procesaron los resultados obtenidos con el programa SPSS statistics 20.00.
- Se obtuvieron los resultados descriptivos de la escala por cada dimensión, y en función del sexo y de la edad.
- Se realizaron los análisis de fiabilidad para determinar la confiabilidad del instrumento
- Se calculó el Alpha de Cronbrach.
- Se realizaron los análisis de diferencias con la prueba t para muestras independientes, en función del sexo y la edad.
- Se realizaron los análisis de diferencias con la prueba t para muestras relacionadas, en función del Pretest y el Postest.
- Se sacaron las conclusiones e integraron las recomendaciones con la participación de los beneficiarios del programa.

5.6. Aspectos éticos.

1.- Respeto a los derechos y a la dignidad de las personas, no discriminando a los participantes por su raza, color de piel, preferencia sexual, creencias religiosas, edad, condición física, nacionalidad, estatus socioeconómico, etc.

2.- Confidencialidad de información que se sustente en archivos de registro: crear, almacenar y desechar; [Art. 61; Cap. 3], (SMP, 2007).

3.- La confidencialidad que es requerida para cuando esté fuera de la intervención, al no divulgar sucesos o comentarios que dentro de la sesión se llevaron a cabo. Así, tratar de evitar dañar a pacientes o clientes, participantes en investigación, estudiantes y otros con quienes trabaje, [Art. 12; Cap. 2], (Sociedad Mexicana de Psicología, 2007).

4.- No falsificar o alterar datos cuantitativos o cualitativos de investigaciones de referencia o del propio que esté realizando, [Art. 55; Cap. 3], (SMP, 2007).

5.- Contar con el consentimiento de los participantes para administrarles los cuestionarios requeridos para esta investigación, [Art. 118, Cap. 4], (SMP, 2007).

Capítulo 6. Resultados.

6.1. Resultados descriptivos.

6.1.1. Distribución de las frecuencias en función de los segmentos muestrales.

En la tabla 1 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por sexo en función de la variable fatalismo. Al respecto, son los hombres los que muestran una mayor prevalencia respecto a las mujeres en las respuestas que denotan una percepción fatalista de la vida.

Tabla 1

Sexo				
	Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Mujer	96	44.4	44.4	44.4
Hombre	120	55.6	55.6	100.0
Total	216	100.0	100.0	

Tabla 2

Edad

	Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Jóvenes	52	24.1	24.1	24.1
Adultos jóvenes	164	75.9	75.9	100.0
Total	216	100.0	100.0	

6.2.2. Distribución de las frecuencias en función de los segmentos muestrales respecto al sexo.

Tabla 3. Sexo y fatalismo

En la tabla 3 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por sexo en función de la variable fatalismo. Al respecto, son los hombres los que muestran una mayor prevalencia respecto a las mujeres en las respuestas que denotan una percepción de pesimismo y desesperanza de la vida.

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3.1849 ^a	2	.045
Razón de verosimilitud	4.846	2	.021
Asociación lineal por lineal	.266	1	.606
N de casos válidos	166		

a. 25 casillas (59.5%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .44.

Tabla 4. Sexo y pesimismo/desesperanza.

En la tabla 4 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por sexo en función de la variable pesimismo/desesperanza. Al respecto, son los hombres los que muestran una mayor

prevalencia respecto a las mujeres en las respuestas que denotan una percepción baja del locus de control interno. Sexo y pesimismo.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 6.206 ^a	1 9	.643
Razón de verosimilitud	1 7.922	1 9	.528
Asociación lineal por lineal	1. 285	1	.257
N de casos válidos	2 16		

a. 20 casillas (50.0%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .44.

Tabla 5. Locus interno

En la tabla 5 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por sexo en función de la variable Locus interno. Al respecto, son las mujeres las que muestran una mayor prevalencia respecto a los hombres en las respuestas que denotan una percepción de suerte de la vida.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3 2.112 ^a	2 0	.042**
Razón de verosimilitud	3 4.469	2 0	.023
Asociación lineal por lineal	3. 549	1	.060
N de casos válidos	2 15		

a. 25 casillas (59.5%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .45.

Tabla 6. Suerte

En la tabla 6 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por sexo en función de la variable suerte. Al respecto, son las mujeres las que muestran una mayor prevalencia respecto a los hombres en las respuestas que denotan una percepción de suerte de la vida.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 7.620 ^a	2 1	.673
Razón de verosimilitud	2 0.465	2 1	.492
Asociación lineal por lineal	1. 145	1	.285
N de casos válidos	2 16		

a. 26 casillas (59.1%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .44.

Tabla 7. Control divino.

En la tabla 7 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por sexo en función de la variable control divino. Al respecto, son las mujeres las que muestran una mayor prevalencia respecto a los hombres en las respuestas que denotan una percepción en torno al control divino de la vida.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3 1.621 ^a	2 3	.108
Razón de verosimilitud	3 6.042	2 3	.041
Asociación lineal por lineal	.1 24	1	.725
N de casos válidos	2 16		

a. 28 casillas (58.3%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .44.

6.2.3. Distribución de las frecuencias en función de los segmentos muestrales.

Tabla 8. Edad y fatalismo

En la tabla 8 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por edad en función de la variable fatalismo. Al respecto, son los adultos jóvenes los que muestran una mayor prevalencia respecto a los jóvenes en las respuestas que denotan una percepción fatalista de la vida.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 3.820 ^a	2 0	.840
Razón de verosimilitud	1 4.619	2 0	.798
Asociación lineal por lineal	.6 16	1	.432
N de casos válidos	2 16		

a. 27 casillas (64.3%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

Tabla 9. Edad y pesimismo.

En la tabla 9 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por edad en función de la variable fatalismo. Al respecto, son los adultos jóvenes los que muestran una mayor prevalencia respecto a los jóvenes en las respuestas que denotan una percepción fatalista de la vida.

Edad y pesimismo

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	2 3.546 ^a	1 9	.214
Razón de verosimilitud	2 5.946	1 9	.132
Asociación lineal por lineal	1. 088	1	.297
N de casos válidos	2 16		

a. 24 casillas (60.0%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

Tabla 10. Edad y Locus interno.

En la tabla 10 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por edad en función de la variable locus interno. Al respecto, son los adultos jóvenes los que muestran una mayor prevalencia respecto a los jóvenes en las respuestas que denotan una percepción baja del locus de control interno.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 6.475 ^a	2 0	.687
Razón de verosimilitud	1 6.547	2 0	.682
Asociación lineal por lineal	.7 85	1	.376
N de casos válidos	2 15		

Tabla 11. Edad vs Suerte.

En la tabla 11 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por edad en función de la variable suerte. Al respecto, son los jóvenes las que muestran una mayor prevalencia respecto a los adultos jóvenes en las respuestas que denotan una percepción de suerte de la vida.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	2 3.064 ^a	2 1	.341
Razón de verosimilitud	2 3.170	2 1	.335
Asociación lineal por lineal	.1 65	1	.684
N de casos válidos	2 16		

a. 29 casillas (65.9%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

Tabla 12. Edad vs Control Divino.

En la tabla 10 se observa la distribución frecuencias y porcentajes por edad en función de la variable control divino. Al respecto, son los adultos jóvenes los que muestran una mayor prevalencia respecto a los jóvenes en las respuestas que denotan una percepción fatalista de la vida.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3 3.507 ^a	2 3	.073
Razón de verosimilitud	3 5.146	2 3	.050
Asociación lineal por lineal	.9 13	1	.339
N de casos válidos	2 16		

a. 32 casillas (66.7%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

6.2. Resultados analíticos.

6.2.1. Análisis de fiabilidad de las escalas.

La fiabilidad del instrumento fue .630 de acuerdo con el Alpha de Cronbach. La fiabilidad de las escalas que integran el instrumento, se observa en la siguiente tabla.

Tabla 11.
Fiabilidad por Escalas

Evaluación	Media	Mínimo	Máximo	α
Fatalismo	2.845	2.614	3.229	0.743
Desesperanza/pesimismo	2.480	2.494	2.509	0.784
Locus Interno	3.370	3.590	3.887	0.792
Suerte	2.454	2.413	2.521	0.835
Control Divino	2.571	2.530	2.623	0.902

6.2.2. Análisis de contingencia en función del sexo, prueba Chi cuadrada.

Sexo y fatalismo.

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de hombres y mujeres respecto a la dimensión de fatalismo. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3.1849 ^a	2	.045**
Razón de verosimilitud	3.4846	2	.021
Asociación lineal por lineal	.266	1	.606
N de casos válidos	216		

a. 25 casillas (59.5%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .44.

Sexo y pesimismo/desesperanza.

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de hombres y mujeres respecto a la dimensión de pesimismo/desesperanza. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 6.206 ^a	1 9	.643
Razón de verosimilitud	1 7.922	1 9	.528
Asociación lineal por lineal	1. 285	1	.257
N de casos válidos	2 16		

a. 20 casillas (50.0%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .44.

Tabla 5. Locus interno

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de hombres y mujeres respecto a la dimensión de Locus interno. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3 2.112 ^a	2 0	.042**
Razón de verosimilitud	3 4.469	2 0	.023
Asociación lineal por lineal	3. 549	1	.060

N de casos válidos	2		
	15		

a. 25 casillas (59.5%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .45.

Tabla 6. Suerte

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de hombres y mujeres respecto a la dimensión de suerte. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 7.620 ^a	2 1	.673
Razón de verosimilitud	2 0.465	2 1	.492
Asociación lineal por lineal	1. 145	1	.285
N de casos válidos	2 16		

a. 26 casillas (59.1%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .44.

Tabla 7. Control divino.

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3 1.621 ^a	2 3	.108
Razón de verosimilitud	3 6.042	2 3	.041
Asociación lineal por lineal	.1 24	1	.725
N de casos válidos	2 16		

- a. 28 casillas (58.3%) han esperado un recuento menor que 5.
El recuento mínimo esperado es .44.

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de hombres y mujeres respecto a la dimensión de control divino. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

6.2.3 Análisis de contingencias en función de la edad, prueba chi cuadrada

Tabla 8. Edad y fatalismo

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de jóvenes y adultos jóvenes respecto a la dimensión de fatalismo. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 3.820 ^a	2 0	.840
Razón de verosimilitud	1 4.619	2 0	.798
Asociación lineal por lineal	.6 16	1	.432
N de casos válidos	2 16		

a. 27 casillas (64.3%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

Tabla 9. Edad y pesimismo.

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de jóvenes y adultos jóvenes respecto a la dimensión de pesimismo. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	2 3.546 ^a	1 9	.214
Razón de verosimilitud	2 5.946	1 9	.132
Asociación lineal por lineal	1. 088	1	.297
N de casos válidos	2 16		

a. 24 casillas (60.0%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

Tabla 10. Edad y Locus interno.

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de jóvenes y adultos jóvenes respecto a la dimensión de Locus interno. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	1 6.475 ^a	2 0	.687
Razón de verosimilitud	1 6.547	2 0	.682
Asociación lineal por lineal	.7 85	1	.376
N de casos válidos	2 15		

Tabla 11. Edad vs Suerte.

En Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de jóvenes y adultos jóvenes respecto a la dimensión de suerte. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	2 3.064 ^a	2 1	.341
Razón de verosimilitud	2 3.170	2 1	.335
Asociación lineal por lineal	.1 65	1	.684
N de casos válidos	2 16		

a. 29 casillas (65.9%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

Tabla 12. Edad vs Control Divino.

Con base en la Prueba Chi-cuadrada, no hay diferencias significativas entre la distribución de jóvenes y adultos jóvenes respecto a la dimensión de control divino. Es decir que de los hombres y mujeres participantes se encuentran valores muy similares de respuesta.

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (2 caras)
Chi-cuadrado de Pearson	3 3.507 ^a	2 3	.073
Razón de verosimilitud	3 5.146	2 3	.050
Asociación lineal por lineal	.9 13	1	.339
N de casos válidos	2 16		

a. 32 casillas (66.7%) han esperado un recuento menor que 5. El recuento mínimo esperado es .24.

6.2.4. Análisis de comparación de medias, prueba t para muestras independientes en función del sexo

Se llevó a cabo un análisis de comparación de medias del sexo en función de todas las categorías (Fatalismo Desesperanza/pesimismo, Locus Interno, Suerte y Control Divino) utilizando la prueba t de student para muestras independientes. Solo se encontraron resultados significativos ($p=0.05$) para control divino, como se presenta a continuación.

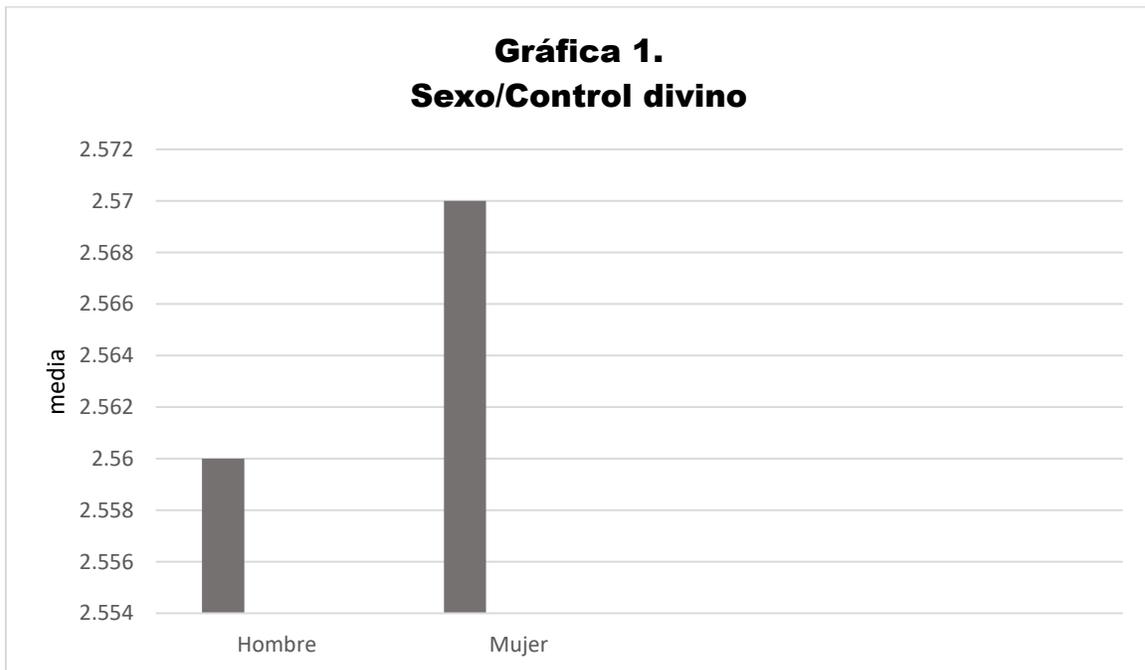
A. Sexo vs Control divino

Tabla 12
Sexo/control divino

Escala	Sexo	Frecuencia	Media
Control divino	Hombre	120	2.56

Se obtuvo un valor significativo ($p=0.05$) de 0.012 en la dimensión correspondiente a control divino, donde la media de mujeres es mayor a la media de hombres. Así, son las mujeres

en comparación con los hombres, quienes tienden a tener pensamientos que evidencian más la creencia en el control divino. Esta diferencia se observa en la gráfica 1



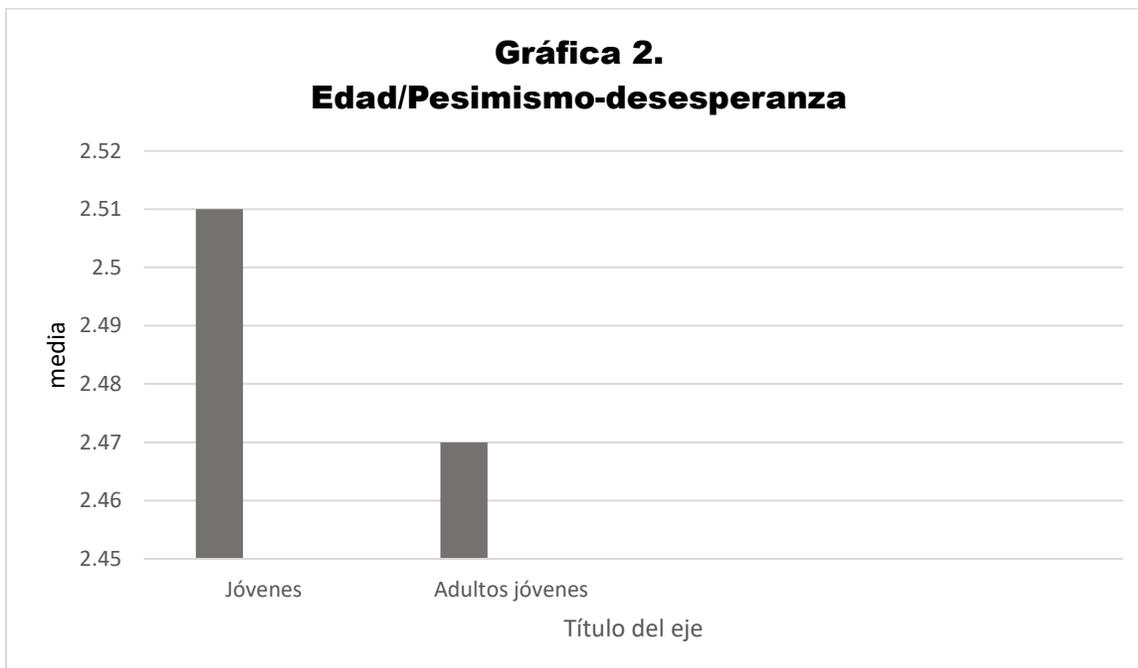
6.2.5 Análisis de comparación de medias, prueba t para muestras independientes en función de la edad.

Se llevó a cabo un análisis de comparación de medias del sexo en función de todas las categorías (Fatalismo Desesperanza/pesimismo, Locus Interno, Suerte y Control Divino) utilizando la prueba t de Student para muestras independientes. Solo se encontraron resultados significativos ($p=0.05$) para pesimismo/desesperanza y se presentan a continuación.

Tabla 13
Edad / Pesimismo-desesperanza

Escala	Sexo	Frecuencia	Media
Pesimismo/desesperanza	Jóvenes	120	2.51
Pesimismo/desesperanza	Adultos Jóvenes	96	2.47

En relación con las diferencias de la muestra total entre hombres y mujeres se obtuvo una diferencia significativa de .038 en la dimensión correspondiente al pesimismo/desesperanza, donde la media de jóvenes es mayor a la de adultos jóvenes. Así, son los jóvenes en comparación con los adultos jóvenes, quienes tienden a tener pensamientos más pesimistas o de desesperanza. Esta diferencia en las medias se observa en la gráfica 2.

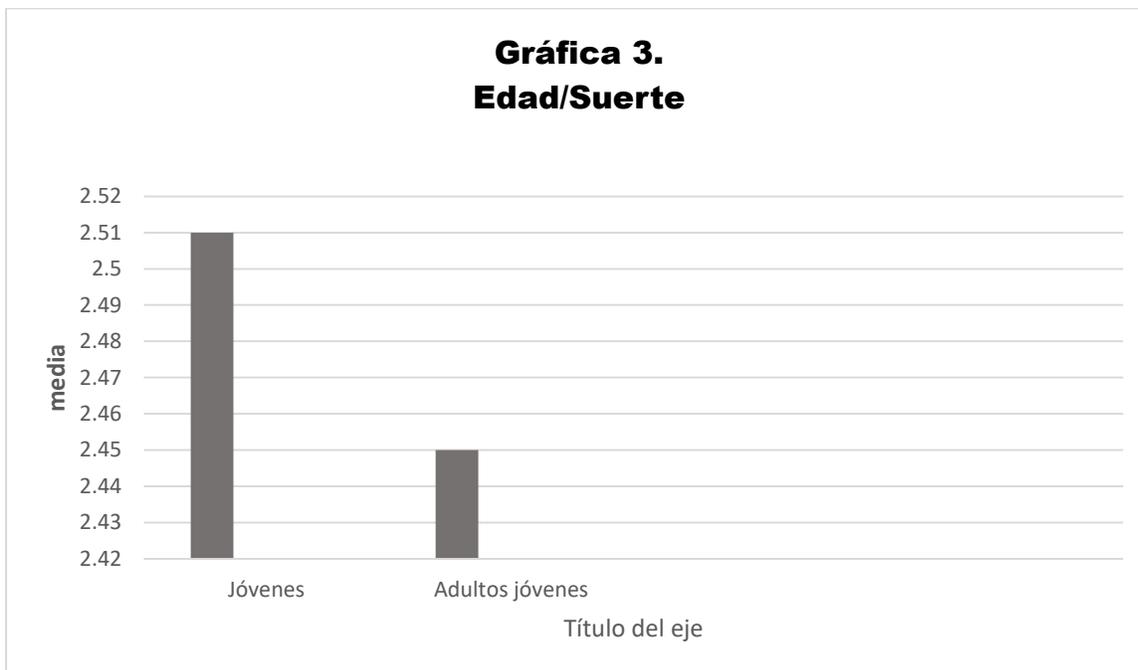


C. Edad vs Suerte

Tabla 14
Edad / Suerte

Escala	Sexo	Frecuencia	Media
Suerte	Jóvenes	120	2.51
Suerte	Adultos Jóvenes	96	2.45

En relación con las diferencias de la muestra total entre jóvenes y adultos jóvenes, se obtuvo una diferencia significativa de .407 en la dimensión correspondiente a la suerte, donde la media es mayor en los jóvenes. Así, son los jóvenes en comparación con los adultos jóvenes, tienen el mismo nivel respecto a pensamientos que tiene que ver con la suerte. Esta diferencia en las medias se observa en la gráfica 3.



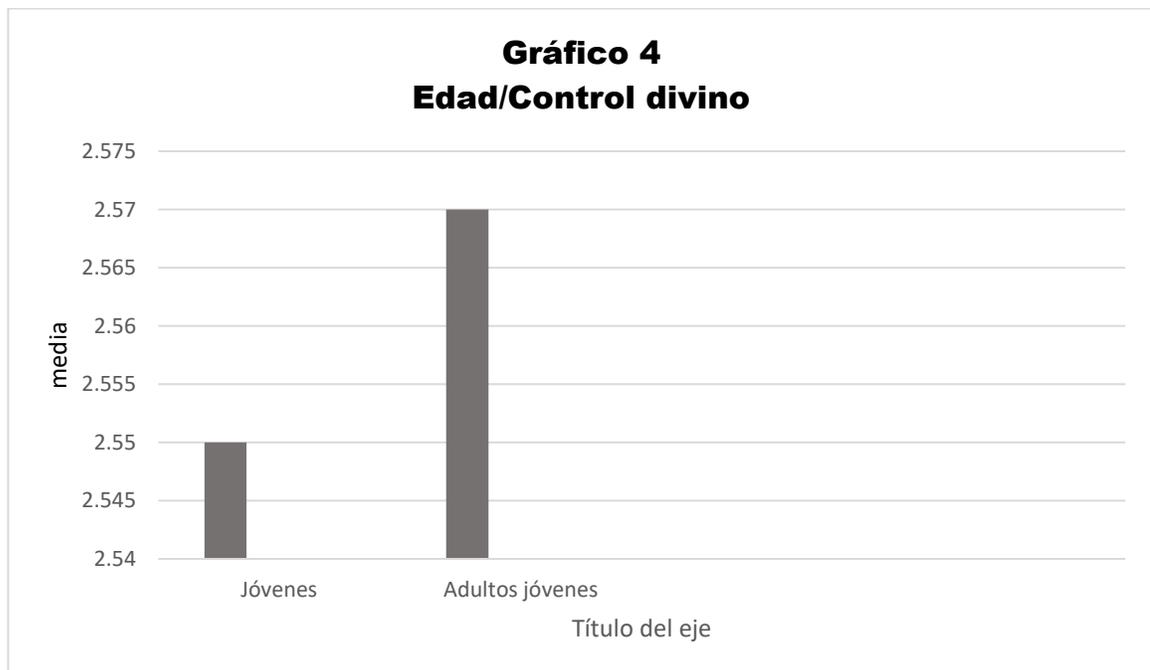
D. Edad vs Control divino

Tabla 15

Edad / Control divino

Escala	Sexo	Frecuencia	Media
Control divino	Jóvenes	120	2.55
Control divino	Adultos Jóvenes	96	2.57

En relación con las diferencias de la muestra total entre jóvenes y adultos jóvenes se obtuvo una diferencia significativa de 0.021 en la dimensión correspondiente control divino, donde la media de adultos jóvenes es mayor a la de jóvenes. Así, son los adultos jóvenes en comparación con los jóvenes, son quienes tienden a tener pensamientos más negativos en torno al control divino. (Checar el resultado y corregir el sentido en función de las medias) Esta diferencia se puede observar en términos porcentuales en la gráfica XX (la gráfica tienes que ser en función de porcentajes).



6.2.5 Análisis de comparación de medias, prueba t en función del pre test y post test

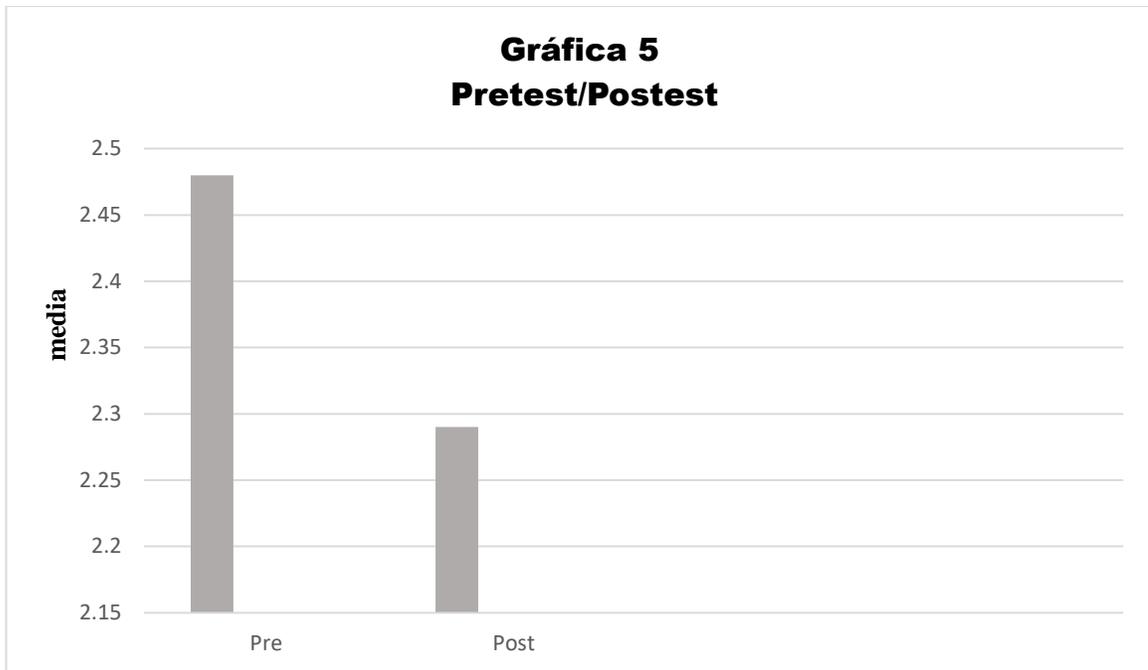
Se llevó a cabo un análisis de comparación de medias del pretest y posttest en función de todas las categorías (Fatalismo Desesperanza/pesimismo, Locus Interno, Suerte y Control Divino) utilizando la prueba t de student para muestras independientes. Solo se encontraron resultados significativos ($p=0.05$)

A. Pesimismo/desesperanza.

Tabla 16
Pretest/Posttest

Escala	Evaluación	Frecuencia	Media
Pesimismo/Desesperanza.	Pre	216	2.48
Pesimismo/Desesperanza.	Post	216	2.29

En relación con las pruebas pre y post, en donde se compara una primera muestra de 216 con una segunda muestra de 216, se obtuvo un resultado significativo de 0.005 en relación con el pesimismo/desesperanza. En este sentido, se observa que el grupo post tiene una media inferior al grupo pre. Lo cual sugiere una disminución en la actitud fatalista que pudiera ser atribuible a la interacción de los jóvenes dentro del programa “Jóvenes construyendo el futuro”. Lo antes expuesto significa que hubo una disminución en los jóvenes que participaron en el programa en relación con el pesimismo y la desesperanza ante diferentes situaciones. Esta diferencia se puede observar en términos porcentuales en la gráfica 5.



6.3 Discusión de resultados.

En relación a los objetivos planteados en este estudio, de identificar y explicar los cambios manifiestos en la condición fatalista de jóvenes desempleados a partir del programa “Jóvenes Construyendo Futuro” en función de la escala multidimensional de fatalismo y, asimismo, en función de las variables estructurales de edad y sexo, así como con los objetivos específicos y la pregunta de investigación que se planteó en primera instancia, en este capítulo discutiremos los resultados obtenidos.

En primer lugar, discutiremos los análisis descriptivos, que nos señalan la frecuencia y porcentaje de cada ítem, de cada una de las 5 dimensiones que componen la escala, en función de cada una de las variables estructurales: edad y sexo.

En la dimensión de fatalismo, en función con la variable de sexo, prevalece una respuesta más elevada de los hombres respecto a las mujeres en su percepción fatalista de algunas circunstancias de su vida.

En la dimensión que corresponde a pesimismo/desesperanza, en función de la variable sexo, prevalece una respuesta más elevada de los hombres respecto a las mujeres en su percepción de pesimismo o desesperanza en algunas situaciones de la vida.

En la dimensión que corresponde a locus interno, en función con la variable sexo, prevalece una respuesta más elevada de los hombres respecto a las mujeres en su percepción de situaciones que los lleven a perder el locus de control interno.

En la dimensión que corresponde a suerte, en función con la variable sexo, prevalece una respuesta más elevada de las mujeres respecto a los hombres en su percepción de situaciones que tienen que ver con la suerte y no con su propia capacidad de lograr las cosas.

En la dimensión que corresponde a control divino, en función con la variable sexo, prevalece una respuesta más elevada de las mujeres respecto a los hombres en su percepción de situaciones que tienen que ver con el control divino, antes que con su propia capacidad para cambiarlas.

En la dimensión de fatalismo, en función con la variable edad, prevalece una respuesta más elevada de los adultos jóvenes respecto a los jóvenes en su percepción de situaciones que propicien o tengan que ver con fatalismo.

En la dimensión que corresponde a pesimismo/desesperanza, en función de la variable edad, prevalece una respuesta más elevada de los jóvenes respecto a los adultos jóvenes acerca de circunstancias de la vida que tengan que ver con pesimismo o fatalismo.

En la dimensión que corresponde a locus interno, en función con la variable edad, prevalece una respuesta más elevada de los adultos jóvenes respecto a los jóvenes en situaciones que tienen que ver con la pérdida del locus interno.

En la dimensión que corresponde a suerte, en función con la variable edad, prevalece una respuesta más elevada de los jóvenes

En la dimensión que corresponde a control divino, en función con la variable edad, prevalece una respuesta más elevada de los adultos jóvenes

Las diferencias entre sexo y edad

Los hombres obtuvieron un puntaje mayor en tres dimensiones (Fatalismo, pesimismo y locus interno) y las mujeres en dos (Suerte y control divino), por lo que el género se convierte en un concepto clave para reflexionar la diferencia, dejando de asumir, a priori, la dominación masculina y la subordinación femenina como universales y las dicotomías inherentes a la base biológica (Urteaga, 2013). Tenemos elementos para decir que hay ciertas cuestiones que afectan más a los hombres que a las mujeres; la visión fatalista, la pérdida del locus de control interno y el pesimismo, junto con la desesperanza, son dimensiones que en los hombres aparecen de manera más constante.

Dentro de las diferencias que se encontraron, al menos estadísticamente, no hay significancia, y es que algunas investigaciones sugieren (Moreno, Vallejo, Macarena & Ríos, 2014) que existen variables más determinantes para encontrar significancia positiva con el fatalismo, específicamente: menores ingresos económicos, clase social y nivel de estudios.

El género es un indicador importante para establecer diferencias y analizar procesos sociales, sin embargo, debe entenderse dentro de un universo más complejo de variables estructurales. Y es que, no obstante, las diferencias respecto al sexo no son determinantes, ya que, como desarrollamos en el apartado teórico, no es sino una categoría más que se interseca con otras.

Categorías desde las cuales se crean múltiples escenarios, multicausales y en diferentes niveles, por ejemplo, el nivel socio-económico muchas veces aparece como el determinante más importante del fatalismo (Támara, Betancourt, González & Martella, 2016). Aquí el factor socioeconómico viene implícito, debido a que la beca otorgada, apenas si se ajusta al salario mínimo actual (3,600 pesos) y la mayoría de los participantes estaban desempleados antes de entrar en el mismo.

En última instancia, como dice Bennedict (2008), estamos atravesados por la cuestión cultural y son las demandas propias de cada género, las que vuelven más susceptibles a hombres y mujeres de tal o cual cuestión, y precisamente es lo que observamos en los resultados obtenidos en esta investigación. Hay cuestiones que históricamente afectan más hombres que a mujeres y viceversa, además de que hay una prescripción social de lo que implica ser hombre y lo que implica ser mujer.

Todo se volvería más complejo, por poner un ejemplo, si consideramos los factores de la perspectiva e identidad de género (lesbianas, gays, trans, queer, etc), pobres, clase media baja, sector rural, comunidades indígenas de por sí vulnerables, marginación (Torres, 2013), pues veríamos que existe una profunda desigualdad educativa, social, afectiva, violencia en diferentes niveles y marginación (Torres, 2013) y parece que la mayor parte de los jóvenes que están dentro del programa (por no decir que el 100%) se encuentran en esta perspectiva multifactorial de vulnerabilidad.

A final de cuentas, El fatalismo es el correlato psíquico de determinadas estructuras sociales, que además se asocia con ambientes económicos duros y gobiernos reguladores extremos que disminuyen el control personal (Martín-Baró, 1998; Moaddel y Karabenick, 2008). Característica que se cumplen en el México contemporáneo, y si bien tiene que ver con los procesos internos y subjetivos de cada persona, atravesando su historia personal. Hay un trasfondo histórico y cultural que lo permea todo.

Para esta variable estructural, se dividió a la muestra en dos categorías: Joven que va de los 20 a los 24 años y adulto joven de los 25 a los 29 años de edad, que es el límite de edad que permite el programa “*Jóvenes construyendo el futuro*” y apartide los resultados obtenidos, en donde hay mayor prevalencia de los adultos jóvenes que de los jóvenes respecto a una postura más fatalista ante la vida , se debe también puntualizar que esta determinación puede variar según cada contexto y que tiene una fuerte correlación con las condiciones demográficas de cada país.

Autores como Bourdieu (1990) también hablan de la intersección que existe entre edad biológica y edad social, como la manera de demarcar los límites y de producir un orden en el que cada persona tiene un lugar determinado. Manheimn (1993) que la relevancia de lo biológico sólo adquiere sentido en el ser con el otro, es un hecho histórico y social dado dentro de los grupos. Desde la antropología (Benedict, 2008) se dice que lo cultural es lo que media lo natural y el comportamiento, entonces la edad queda ligada a expectativas específicas de cada contexto

La categoría de juventud, no es una categoría que aparezca aislada y que no se vea permeada por un componente ideológico, se le asocia con clase social, etnia y género (Urteaga, 2013) y, entre las tres, representan diferentes tipos de desigualdades, producto de las múltiples interacciones sociales y de poder históricamente constituidas en cada país y región y terminan siendo utilizadas como dispositivos para regular y contener las relaciones asimétricas (Urteaga,

2013) entre los jóvenes y los adultos; ricos y pobres, entre quienes poseen el capital y poder y quienes no lo poseen; blancos, mestizos e indígenas y, por supuesto, entre hombres y mujeres.

Esto quiere decir que las situaciones más críticas que viven los jóvenes a pesar de la situación de indefensión que comparten con la mayoría de la población mexicana, y que se encuentran bajo el estudio de su relación con la cultura hegemónica, entre ellas el desempleo (escaso, mal pagado, sin beneficios ni prestaciones) y la escolaridad (acceso restringido, falta de oportunidades), no a todos les repercute de la misma manera, y hay quienes además de la precariedad estructural, juega en su contra la demanda social en torno a la obtención de reconocimiento, prestigio y una solidez económica (ENJ, 2000, ENJ, 2005).

Por lo tanto, el contexto y la cultura no son simplemente un telón de fondo, son parte esencial en la constitución de las personas y en especial de los jóvenes, se puede afirmar que las categorías de sentido y pertenencia, de estatus y poder, que siempre caracterizaron la conformación de las grupalidades, hoy se enfrentan a los cambios estructurales y culturales del llamado tardo capitalismo, y los grupos juveniles (en proceso de constituirse y afirmarse) son los más afectados por estos cambios (Perea, 2008). Lo que termina creando crisis en la conformación de las identidades, del sentido y la posibilidad de establecer relaciones que los fortalezcan a nivel individual y colectivo y que busquen cambiar las condiciones que los afectan.

Análisis de fiabilidad

Para hacer los análisis de fiabilidad se utilizó el Alpha de Cronbach, que es una medida de consistencia interna y nos permitió establecer la relación entre los ítems de cada una de las dimensiones, así como poder determinar la relación que existe entre las dimensiones que componen el instrumento.

En fatalismo se obtuvo un Alpha de Cronbach de 0.743 por lo que su nivel de fiabilidad, es aceptable

En pesimismo/desesperanza se obtuvo un Alpha de Cronbach de 0.784, por lo que nivel de fiabilidad es aceptable.

En locus interno se obtuvo un Alpha de Cronbach de 0.792, por lo que su nivel de confiabilidad es aceptable.

En suerte se obtuvo un Alpha de Cronbach de 0.835 por lo que nivel de confiabilidad es alto.

En control divino se obtuvo un Alpha de Cronbach de 0.902 por lo que su nivel de confiabilidad es muy alto.

Diferencias entre pre post.

En una población como la referida en este estudio, la necesidad de disponer de una buena red de apoyo social es fundamental para asegurar su capacidad de afrontamiento a los numerosos eventos negativos que tendrá que superar respecto al fatalismo. El hecho de que las diferencias entre el pre test y el post test no hayan sido estadísticamente significativas, marca la pauta para poder sugerir que es necesario integrar, a este tipo de programas, de índole gubernamental, algunas características que busquen incidir en el bienestar individual y colectivo de los participantes.

Como bien dice Montero (1984) el fatalismo es una imagen predominantemente negativa que el latinoamericano promedio tiene de sí mismo, y de acuerdo con los resultados de la evaluación que se realizó, esta premisa parece que se confirma en este estudio. De ahí podemos explicar el por qué en las dimensiones que respectan a la suerte y al locus interno, en general salieran elevadas tanto en el pre como en el post. Ya que resulta muy difícil cambiar el concepto que se tiene de sí mismo en tan poco tiempo y sin las acciones requeridas que bien podrían generarse con la creación de grupos de apoyo social.

Y es que, las manifestaciones de las actitudes fatalistas de los jóvenes, incluyen: la creencia de sucesos no como producto de su esfuerzo individual sino de la voluntad divina, falta de

construcción de propósitos de vida ligados a las aspiraciones personales, resignación, silenciamiento y distanciamiento emocional ante situaciones incómodas (Morais & Camurça, 2017). Se observa en el estudio que la incertidumbre en relación con la estabilidad económica y social, refuerzan el fatalismo (Morais & Camurça, 2017). Así como los jóvenes buscan lidiar con el sufrimiento psíquico resultante de una vida expuesta a condiciones inseguras, muchas veces este mecanismo es el fatalismo.

Y lo más crítico del caso, es que la educación no le garantiza nada a estos jóvenes, que la grieta existente entre los sectores menos favorecidos respecto de quienes tienen los privilegios, no solamente a la educación sino a toda la gama de beneficios que les aseguran un mejor modo de vida, que cubre todas las necesidades básicas. Que la educación ya no hace la diferencia y que, por el contrario, genera más incertidumbre (Valdez, 2013).

Seguimos haciendo énfasis en la desvaloración que ha sufrido la educación en nuestro país, que ya no sirve para garantizar la movilidad social (Olivares, 2007). En efecto, para nadie es un secreto que estos jóvenes tienen mayor acceso a la educación escolar y realizan mayores grados de escolaridad que sus progenitores, caso concreto son los participantes del programa, todos con licenciatura, pero el tener una mayor preparación académica no garantiza la obtención de empleos bien remunerados. y como la expectativa que se genera en torno a estudiar y ganar es alta, es por ello que haya decepción, presentismo, desesperanza e incertidumbre.

Ya se dijo que hemos presenciado el profundo resquebrajamiento del tejido social. Esto es notorio de maneras muy diversas. A pesar de que dicha realidad no es exclusiva de los jóvenes, no hay lugar para dudas en que en ellos se agudiza porque los jóvenes se enfrentan a mayores incertidumbres ante el agotamiento del modelo tradicional (Carballeda, 2012) de inserción social antes certero. Ya no existe la esperanza en el cambio y por ello la apatía (Touraine, 1997, 2005) el pesimismo manifiesto en los jóvenes.

Lo anterior queda de manifiesto por medio de los resultados obtenidos en la investigación, en donde el único factor que salió significativo en el post test, respecto al pre test, fue el de pesimismo/desesperanza debido a que en el programa vieron la oportunidad de poder establecer un punto de contacto con las instituciones que antes velaban por el bienestar de la sociedad ya no lo son más, pero que siguen presentándose como fuentes de seguridad y bienestar (Carballeda, 2012) entre muchas otras cosas. Esto provoca que las expectativas de los jóvenes se vean reducidas, que el fatalismo se vuelva una mirada generalizada de la vida y, entre muchas otras cosas, quepa la posibilidad de que se dé el fenómeno del presentismo.

Y es que, en un país en donde el 52% de los jóvenes (El universal, 2019) tienen una perspectiva de desencantamiento, desesperanza y se vive en un estado de desconfianza, por el contexto que les tocó vivir. Según este diario (El universal, 2019) los jóvenes ya no creen en instituciones políticas, religiosas, militares ni sociales, únicamente en la familia y el hecho de que por medio del Estado y una de sus instituciones les haya brindado la oportunidad de encontrar trabajo, les haya devuelto un poco la esperanza que se había disipado.

Por otro lado, el presentismo (percepción de que no hace falta hacer planes a futuro pues este es incierto y dedicarse exclusivamente al presente), es una de las características que Martín-Baró (1998) le asigna al fenómeno del fatalismo y uno de los grupos más afectados siempre será el de los jóvenes, sobre todo porque las expectativas que se pudieran tener de principio del programa en el que participaron, no sirvieron para arraigar un sentimiento de “esperanza” para un mundo mejor; al mismo tiempo que se no se crearon esos espacios de participación y de generación de propuestas que sí hubieran tenido lugar si hubiesen utilizado el apoyo social (Rodríguez, 2001). Por lo que se vuelve indispensable tomar en cuenta estos elementos para repercutir de manera positiva.

El fatalismo ofrece una actitud negativa, pasiva y desfavorable hacia todas las dimensiones de la vida, eliminando la posibilidad de que una persona pueda proporcionar un cambio a partir de un esfuerzo personal (Valverde, 1991) y posee sus raíces en la concepción de que hay una determinación divina que es la responsable de determinar quiénes son ricos y quienes no lo son (Sprandel, 2004) tal y como señalan las medias de respuesta respecto a esta dimensión. Lo que acentúa, en la práctica, lo que se viene señalando teóricamente sobre la falta de una percepción alta de autodeterminación (Blanco & Varela, 2007), autoconfianza y autosuficiencia por parte de los participantes.

Una actitud contraria al fatalismo se referiría a creer que lo que se hace tiene la facultad de modificar una situación injusta, exige que el individuo entienda como modificable el mundo que lo rodea y que además cuenta con los medios para realizar esa modificación que deviene en el cambio de rumbo de los acontecimientos (Rodríguez & González, 2007). Así mismo Javaloy, Rodríguez & Espelt (2001) recuerdan que solamente protestan aquellas personas que tienen esperanza y al parecer, después de participar en el programa, los jóvenes la tienen. En este sentido, el fatalismo se puede definir como la carencia en el control de las circunstancias propias y de la búsqueda de sentido de la vida, con una renuncia a la libertad y una falta total de decisión por parte de los participantes.

"La alineación, el fatalismo y la resignación son la contrapartida, psicológicamente insana, de la contribución social, de la creencia en el valor de lo que hacemos, de la auto-eficacia" (Blanco & Valera, 2007, p 34.). El fatalismo es un fenómeno que se vincula en la actualidad a contextos marcados por la pobreza, debe ser estudiado en términos de la vivencia de los sujetos que se encuentran en contextos culturalmente marcados por el individualismo, en un ambiente de inseguridad y pocas certezas.

Algunos autores, Morais & Camurça (2016), explican que a pesar de que el fatalismo no es nuevo, su auge de estudio obedece a que, pese a que no todas las sociedades se encuentran en un contexto de guerra civil como lo exponía Martín- Baró, la situación actual ofrece unas características que se desprenden de una "guerra psicológica" constante que genera una sensación permanente de inseguridad, violencia y exclusión (Moaddel y Karabenick (2008), que asocian el fatalismo con ambientes económicos duros y gobiernos que ofrecen un marco normativo muy estricto, lo cual deviene en una disminución del control personal.

Respecto a la segunda variable, la edad, los puntajes también se inclinaron hacia el grupo de los adultos jóvenes, probablemente por el apremio de conseguir lo más pronto posible la estabilidad económica y, por ende, la emocional, además de las responsabilidades que la mayoría van adquiriendo con la edad y la transición que viven de una etapa de su vida a otra (Vázquez, 2002). Por lo que no es de extrañarse que, en cuestiones como fatalismo, pesimismo y desesperanza, los adultos jóvenes hayan salido con puntajes más altos que los más jóvenes.

Se asegura que para los jóvenes el desafío consiste en encontrar un lugar en contextos que brinden mayor seguridad y estabilidad y, por encima de todo, reconocimiento (Reguillo, 2013). Se trata de ofertas de sentido, constituidas en espacios clave en los que se pueda verificar la relación de la tríada bienestar-sentido-pertenencia que se derivan (o se buscan) (Reguillo, 2013). Estas tres últimas palabras, las de la tríada, resultan clave a la hora de querer implementar una intervención que promueva la creación de grupos de apoyo social.

El país está hundido en la pobreza y la desigualdad, la injusticia y la violencia, una de las más grandes que existen en todo el mundo. Los jóvenes, de acuerdo con Ramírez (2013) son, entonces, el fiel reflejo de estas desigualdades y al mismo tiempo su resultado, esto genera que las expectativas sobre el futuro no sean alentadoras a pesar de que la misma finalidad del programa,

que fue creado para combatir el problema de desempleo en la población juvenil pero no disminuyó la percepción fatalista en los jóvenes.

Investigación que nos indica que en distintos espacios y niveles de la vida social, económica, política y cultural hay un nivel enorme de precariedad; todo ello se traduce en el desempleo, la educación de muy baja calidad, en los salarios bajos, la indigencia, la desnutrición, el analfabetismo, el hambre, la inseguridad, la corrupción, el secuestro, el robo, la impunidad, la corrupción institucional y la pérdida de confianza en los líderes políticos y por lo tanto, en las instituciones que deberían asegurarnos el acceso a una vida digna y segura (Ramírez, 2013).

Uniendo todas estas variantes, es fácil entender el fenómeno por medio del cual los jóvenes no se sienten atraídos por la cultura dominante, se sienten excluidos y marginados de ese estado de consumo del que sólo son parte como espectadores, pero nunca o casi nunca, como consumidores (Ramírez 2013). Es por ello que un fenómeno recurrente entre los jóvenes es formar, es deslindarse de las instituciones y crecer a la par de las mismas. Promoviendo la clandestinidad y el presentismo en todo sentido y con consecuencias negativas.

Los programas sociales (como el que se evaluó) se realizan tomando en cuenta las características en torno a intereses centrados en la política social, la conciencia ciudadana y ambiental, la revaloración histórica, las dinámicas económicas vigentes y dentro de las variables estructurales de los participantes, se toman en cuenta aspectos tales como la edad, el género, la incorporación al sistema económico y la globalización, entre otros. A partir de estos aspectos, ya dentro de los programas se van configurando identidades múltiples (Vázquez, 2002; Berthier, 2002). Pero dejando de lado las diferencias individuales, y a pesar de tomar en cuenta ciertas variables estructurales, se hace poco o nulo caso en el bienestar psicológico y social que se puede generar en los participantes, a grandes rasgos, en estos programas se deja de lado la salud mental.

Y es que, los seres humanos deberían ser entendidos a partir de un entorno del que hacen parte y que les ofrece un título individual, grupal, institucional, laboral y de ocio (Blanco & Valera, 2007). La concepción del trastorno mental desde la individualidad se centra en el sujeto, que, a partir de sus logros, frustraciones y por su debilidad es insano, dejando de lado el contexto social en el que se encuentra, que pareciese darse por bueno o por inocuo (Blanco & Díaz, 2004). Entonces, no se está en cuenta la manera en que las personas se relaciona entre sí y con su entorno y más inquietante aún, no se están tomando en cuenta la repercusión del contexto en la configuración subjetiva (dentro de los resultados negativa) de las personas.

Es así como para Martín-Baró (2003, p. 54) "*La salud mental constituye una dimensión de las relaciones entre las personas y grupos más que un estado individual, aunque esa dimensión se enraíce de manera diferente en el organismo de cada uno de los individuos involucrados en esas relaciones, produciendo diversas manifestaciones (síntomas) y estados (síndromes)*". Por lo que suponemos que la creación de grupos en donde se trabaje de manera colectiva, la manifestación de las características exploradas en la investigación, antes que de manera individual.

Es por ello que se enfatiza la importancia de las redes sociales y de las condiciones objetivas que se van desarrollando durante el proceso de ayuda. El interés se centra en los elementos más identificables y objetivos de la red de relaciones de una persona (Gracia, 1997).

Desde esta perspectiva (Gracia, 1997) define el apoyo social en términos del número de relaciones que mantiene el sujeto, la interconexión de las personas con las que se relaciona, el equilibrio o desequilibrio de sus intercambios y la semejanza o congruencia entre los miembros de la red.

La creación de grupos de autoayuda tiene sentido en el momento que se detecta que una persona apenas posee red social (Gracia, 1997), no existe homogeneidad (por ejemplo, en el caso de los jóvenes del programa, que si bien tienen algunas características en común, provienen de

comunidades y condiciones distintas entre sí, que los hacen vulnerables a la pérdida de identidad o de sentido), o los intercambios no se dan de forma recíproca, pudiendo aparecer conductas sobreprotectoras, excesivo control, abandonos, etc. Estos grupos ayudan a crear y/o ampliar una parte de red social que proporcione el apoyo necesario a las personas que forman parte del grupo.

Desde esta perspectiva, para Caplan (1974) el apoyo social sirve como guía para los participantes para poder enfrentarse emocionalmente a un evento estresante. Hay varias funciones que se dan en los grupos de autoayuda: a) Función de apoyo emocional, a través de la cual las personas comparten experiencias y se sienten aceptadas por los demás, b) Función de apoyo instrumental o material, donde se intercambian ayudas que sirvan para resolver problemas prácticos y cotidianos. Funciones que no existen en este tipo de programas y que es importante anexar a los mismos; espacios de socialización y conocimiento de los jóvenes, momentos en donde pueda haber ese intercambio y generar esas redes por sí mismas y que repercutirán de manera positiva en los participantes.

La perspectiva contextual, enfatiza las características contextuales del apoyo social (Gracia, 1997). Desde aquí, se debe adecuar el tipo de apoyo al tipo de problema en el que se trabaja. A veces, la propia familia no puede dar apoyo en una situación determinada y debemos recurrir a otras fuentes de apoyo como pueden ser los amigos o los grupos (Gracia, 1997). Esta línea, la contextual, también considera importante la duración del apoyo en cada situación. Los grupos de ayuda, por ejemplo, ofrecen apoyo a largo plazo para aquellas personas que padecen situaciones crónicas.

Y es que es necesario aprender a romper con la lógica individualista, ya que en las dinámicas de globalización en las que vivimos hoy en día, la pertenencia a las redes comunitarias se gana, se trabaja, se construye asumiendo un compromiso con la comunidad, se debe empezar a

asumir que uno existe gracias a la comunidad; principio contradictorio, dice Pérez (2008) al individualismo que prevalece, donde todo existe gracias a uno.

Y tal y como fue señalado en el apartado teórico, la importancia que tienen los escenarios comunitarios como por ejemplo, los grupos de ayuda mutua (Gracia, Herrero y Musitu, 2002), los grupos de alcohólicos o de neuróticos anónimos, el sentido de identidad, el sentido de bienestar y también se agrega el de pertenencia y procuración del bienestar tanto individual como colectivo (Musitu y Buelga, 2009), la participación social y la autoeficacia, elementos que ayuden a que los participantes puedan emprender acciones en caso de necesitar modificar alguna situación, y la formación de estos elementos sólo es posible en la interacción constante y por medio del diálogo, la participación y el compromiso, tanto consigo mismos como con el grupo.

Por lo tanto, como se planteó anteriormente, la juventud es una etapa de la vida en donde el apoyo, la generación de una identidad sólida, la capacidad de integrarse a un grupo social en donde les sea posible apropiarse de diferentes espacios y el sentido de pertenencia que adquieren las personas, resulta determinante en la configuración y el rumbo que tomarán sus vidas; entonces, no basta con integrarlos a un programa así sin más, si esto no va de la mano con la creación de redes y de grupos de pares que le den soporte, a la que estructuran y definen lo que soy como joven, como hombre o mujer, como profesionista en tal área, etc.

Entonces, resulta de crucial importancia, siempre, tomar en consideración estos elementos a la hora de hacer una intervención: Propio de esta intervención, es tener siempre presente que el desempleo se percibe como una situación negativa que amenaza la propia estima (alta orientación hacia el trabajo) y la estabilidad económica (alto nivel de necesidad), se produce una reducción de los contactos sociales (Gracia, Herrero y Musitu, 1995), que puede implicar una disminución del apoyo social disponible y, en consecuencia, un incremento de la vulnerabilidad ante el estrés.

Y es que, haciendo una breve recapitulación, se observa que las poblaciones con menos cultura fatalista son aquellas que mantienen un mayor control sobre sus ingresos económicos (Kay & Eibach, 2013).cRíos, Moreno & Vallejo (2014) hallaron que existe fatalismo en personas con menor nivel formativo y menores ingresos; en relación al sexo se observa que tanto hombres como mujeres poseen la misma actitud fatalista (aunque nosotros encontramos que dentro de las dimensiones que componen el fatalismo hay algunas en donde los hombres son más susceptibles y las mujeres en otros).

Muchos autores, como Pérez (2004) sugieren que las personas y comunidades con actitudes fatalistas representan un factor de vulnerabilidad que las hace más frágiles ante situaciones de adversidad. El fatalismo genera una percepción de las situaciones catastróficas como algo grave e irreversible, que propicia un debilitamiento de la resistencia a la frustración y, por ende, genera una sensación de desesperanza e indefensión (Belmar, Bontes, Levi, Moreno & Rehbein, 2012). Si a esto le sumamos que el individualismo es promovido en lugar de lo colectivo, es la razón del por qué las personas quedan aisladas y sin mucha esperanza respecto de superar sus condiciones.

A manera de cierre, mientras se siga atendiendo a la problemática individual en lugar de analizar las condiciones estructurales que determinan la configuración de las subjetividades y, en última instancia, la aparición de la enfermedad mental, mientras no se atiendan de manera colectiva estos problemas, y se integren cuestiones para una mejora psicosocial, este tipo de programas servirán de muy poco.

Conclusiones.

Los grupos de autoayuda suponen un recurso importante a utilizar para poder erradicar aspectos negativos que se han acuñado en las personas, el programa por sí mismo ayudó a disminuir la percepción de desesperanza de los jóvenes, pero no logró hacerlo en las otras dimensiones, es por ello que resulta indispensable realizar una propuesta en donde se puedan promover acciones que ayuden a disminuir, de manera general, la percepción fatalista de los participantes.

En estos grupos que se proponen, se crean vínculos sólidos y se amplían las redes sociales de sus miembros. En este sentido, está comprobada la eficacia de estos grupos para sus miembros. Tal y como señalan Roca y Villalbí (1989), diversos estudios demuestran que los que han asistido a un grupo de autoayuda han sido más capaces de afrontar las diferentes situaciones que los embargan, asimismo, determinados grupos de autoayuda muestran cómo se mejora la autoestima de sus participantes y la capacidad para realizar actividades. Estos grupos generan nuevas perspectivas de futuro y capacitan para emprender acciones solidarias.

Por ejemplo, muchos de los participantes de un grupo de autoayuda se convierten en voluntarios sociales y siguen apoyando a personas que pasan por la misma situación que ellos pasaron. Esta es una de las características más relevantes de estos grupos. El poder no sólo compartir problemas sino también compartir cómo se pueden enfrentar desde la experiencia supone una fuente de recursos inagotables para los miembros del grupo ofrecidos desde el grupo.

Y es que la participación y el compromiso que se adquiere en actividades comunitarias se presenta como un factor positivo que promueve el Bienestar (Valle, Beramendi 32 & Delfino,

2011). Zubieta & Delfino (2010), dado que los sujetos que participan en este tipo de actividades logran autoafirmarse en sus propias convicciones y evaluarse según sus propios parámetros, dado que cuentan con mayor confianza en sí mismas, confianza en los otros y perciben un mayor sentimiento de utilidad al bien común, dado que intervienen en actividades que se valoran en el día a día de la comunidad en la que viven, generando un compromiso con los actores de su entorno social y empoderándose como actores de cambio,

Se han encontrado hallazgos (Valle, Beramendi 32 & Delfino, 2011; Zubieta & Delfino, 2010), sobre las puntuaciones más altas respecto a la integración social y actualización social, en personas que participan en este tipo de programas de apoyo social, se perciben de mayor utilidad para la sociedad y presentan mayor confianza frente al desarrollo y futuro de esta.

Por eso resulta pertinente una propuesta basada en el apoyo social, ya que existe correlación entre la integración social, actualización social y coherencia social (dimensiones del Bienestar Social) y algunas estrategias de afrontamiento tales como reacción agresiva, expresión de la dificultad del afrontamiento y evitación emocional (dimensiones para contrarrestar el fatalismo), (Rambal, 2012).

Por último, se añade como parte de las conclusiones de este trabajo, una estrategia de intervención (**Ver Anexo 1**), centrada en el apoyo social que tiene como objetivo: consolidar, ampliar y complementar la red social del individuo que presenta alguna problemática, y que no ha podido recibir apoyo, o recibiendo adecuado el apoyo que recibe de otros sistemas de su red social (Rambal, 2012). Estos grupos han surgido en campos tan diversos como la enfermedad mental y física, las adicciones, las crisis vitales, y diversas problemáticas sociales.

En el grupo, los miembros se terminan reforzando mutuamente acerca de su valor como seres humanos. Esto se manifiesta en la comprensión y aceptación, integración y participación de todos los miembros del grupo Roca y Villalbí (1989). Cuando un miembro del grupo describe sus

acciones o emociones como raras o anormales, los otros miembros tratan de hacer ver que esa conducta es normal. No obstante, abogar en defensa de la creación y el trabajo a través de estos grupos no supone olvidar todo el trabajo complementario que debemos hacer si queremos trabajar desde un enfoque que englobe al individuo y al conjunto de sus sistemas.

Referencias y anexos.

- Acevedo, G.A. (2005). Turning Anomia on its Head: Fatalism as Durkheim's Concealed and Multidimensional Alienation Theory. *Sociological Theory*, 23, 75-85
- Andrade, G. R. B., Vaitsman, J. (2002). *Apoyo social e redes: conectando solidariedade e saúde*. *CiêncSaúdeColetiva*, 7(4): 925-34
- Ansaldi, S & López I (2009). *El apoyo social como parte de una intervención para prevenir la depresión en mujeres*. México. Instituto José Ramón De la Fuente.
- Bandura, A. (1997). *Self-Efficacy. The Exercise of Control*. Nueva York: W.H. Freeman and Co
- Barra, E. (2004). *Apoyo social, estrés y salud*. *Psicología y Salud*, 14, 237-243.
- Benedict, R. (2008). *Continuidades y discontinuidades en el condicionamiento cultural en José Antonio Pérez Islas et al. (coords.). Temas sobre la juventud. La mirada de los clásico*. MéXico. Porrúa.
- Blanco, A & Díaz, D. (2007). *El rostro bifronte del fatalismo: fatalismo colectivista y fatalismo individualista*. *Psicothema*. Vol. 19, nº 4, pp. 552-558.
- Bourdieu, P. (1990). *La juventud no es más que una palabra en sociología y cultura*. México. CNCA/Grijalbo.
- Bowly, J. (1969). *Attachment and Loss*. Attachment, Londres, HogarthPress.
- Brehm, J. (1966). *A theory of psychological reactance*. Nueva York: Academic Press.
- Broadhead, J., Abas, A., Sakutukwa, G.K., Chigwanda, M., & Garura, E. (2001). *Social support and life events as risk for depression among women in an urban setting in Zimbabwe*. *Social Psychiatry Psychiatric Epidemiology*, 36, 115-122.

Brown, G. W., Andrews, B., Harris, W. B., Adler, Z., & Bridge, L. (1986). *Social support, self-esteem and depression*. *Psychological Medicine*, 16, 813-831.

Bruhn, J.G. y Philips, B. U. (1984). *Measuring social support: A synthesis of current approaches*. *Journal of Behavioral Medicine*, 7, 151-169.

Caplan G. (1974). *Support systems and community mental health: lectures on concept development*. New York: Behavioral Publications.

Caplan, G., Killilea, M. (1976). *Support systems and mutual help: Multidisciplinary explorations*. Grune and Stratton: New York.

Caplan, R., Robinson, E., French, J., Caldwell, J., Shinn, M. (1976). *Adhering to medical regimens: Pilot experiments in patient education and social support*. Ann Arbor: Institute for Social Research, The University of Michigan.

Carballeda, A. J. M. (2008). *Los cuerpos fragmentados: La intervención en lo social en los escenarios de la exclusión y el desencanto*. Paidós.

Cassel, J. (1974). *Psychosocial processes and «stress»: Theoretical formulation*. *International Journal of Health Services*, 4: 471-482.

Cassell, J., Caplan J., Cobb, S. (1976). *The contribution of the social environment to host resistance*. *American Journal of Epidemiology*, 104: 107-123.

Cobb, S. (1976). *Social support as a moderator of life stress*. *Psychosomatic Medicine*, 38: 300-314.

Cassel, J. C. (1974a). *Psychiatric epidemiology*. En G. Caplan (Ed.), *American handbook of psychiatry*. Vol. II. New York: Basic Books.

Cobb, S. (1976). *Social support as a moderator of life stress*. *Psychosomatic Medicine*, 38, 300-314.

Carballeda, A. (2012). *La intervención en lo social*. Buenos Aires: Paidós.

Castro Guzmán, M. Reyna Tejada, C y Méndez Cano, J. (2017). *Metodología de intervención en trabajo social*. México, Casa Editorial Shaad.

Casullo, M. y Castro-Solano, A. (2002). *Patrones de personalidad, síndromes clínicos y bienestar psicológico en adolescentes*. Revista de Psicopatología y Psicología Clínica, Asociación Española de Psicología Clínica y Psicopatología, 7(2): 129-140.
<http://es.scribd.com/doc/57332597/Bienestar-psicologico-Casullo>.

Caplan, G. y Killilea, M. (1976): *supportsystems and mutual help*. grüne &stratton. Nueva York.

CONAPO (2010). *Principales causas de mortalidad en México 1980-2007*. Documento de Trabajo para el XLIII Periodo de Sesiones de la Comisión de Población y Desarrollo “Salud, morbilidad, mortalidad y desarrollo”. Nueva York.

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. *Informe de pobreza y evaluación en el estado de Morelos 2012*. México, D.F. CONEVAL., 2012.

Cordero, G. (1999). *Educación, pobreza y desigualdad. Entrevista a Fernando Reimers*. Revista *Electrónica de Investigación Educativa*, 1 (1). Consultado el día de mes de año en el World Wide Web: <http://redie.ens.uabc.mx/vol1no1/contenido-reimers1.html>

Costa Requena, G. (2014). *Apoyo social en pacientes con cáncer*. México. Unam. Tesis doctoral.

Cuadra, H. y Florenzano, R. (2003). *El bienestar subjetivo: hacia una psicología positiva*. Revista de Psicología de la Universidad de Chile, Santiago, Chile, 12(01): 83-96.

De Sousa Santos, B. (2006) “*Nuestra América: La formulación de un nuevo paradigma subalterno de reconocimiento y redistribución*”, en: Conocer desde el Sur. Para unacultura política emancipatoria, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales. UNMSM Programa de Estudios sobre Democracia y Transformación Global, Perú

Doménech López, Y. (1998) *Los grupos de autoayuda como estrategia de intervención en el apoyo social*. Universidad de Alicante.

Dorfman, A & Mattelart, A. (2010) *Para leer al pato Donald*, México. Siglo XXI.

Dunkel-Schetter, C. A. (1984). "Social support and cancer": Findings based on patient interviews and their implications. *Journal social issues*, 40, 4, 77-78.

Durkheim, E. (1998), *El Suicidio*. Buenos Aires, Grupo Editorial Tomo, Primera edición.

Engels, F. (2003) *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Éxodo.

Esparza, O. A. & Wiebe, J. S. (2009). Development and measurement invariance of a multidimensional fatalism measure in English and Spanish. Manuscrito presentado para su publicación.

Freire, P. (2007). *Pedagogía de la esperanza*. México. Siglo XXI.

Freire, P. (2017). *Pedagogía del oprimido*. México. Siglo XXI.

Fromm, E., y Maccoby, M. (1973). *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*. México: F.C.E.

Fuentes, M., & García, J., & Gracia, E., & Lila, M. (2011). Autoconcepto y ajuste psicosocial en la adolescencia. *Psicothema*, 23 (1), 7-12.

Galtung, J. (1994): *Investigaciones teóricas: sociedad y cultura contemporáneas*, Madrid, Tecnos.

Galtung, J. (1998) *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles de la guerra y la violencia, España*, Ed. Bakeaz/GernikaGogoratuz.

Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. España. GernikaGoguratuz.

Garcés, Ferrer, J. Durá, Ferrandis, E. (1991) *Revista de Psicología Social*, ISSN 0213-4748, ISSN-e 1579-3680, Vol. 6, Nº 2, 1991, págs. 257-271

Garaigordobil, M., Durá, A., y Pérez, J.I. (2005). *Psychopathological symptoms, behavioural problems and self-concept/self-esteem: A study of adolescents aged 14 to 17 years old*. *Annuary of Clinical and Health Psychology*, 1, 53-63.

Gracia, E., Herrero, J. y Musitu, G. (1995). *El apoyo social*. Barcelona: PPU.

Gracia Fuster, e. (1997): «*Grupos de apoyo y autoayuda, una fuente de recursos para la intervención social*» en *El apoyo social en la intervención comunitaria*. Paidós. Barcelona. Págs. 44-70.

Gracia, E., Herrero, J. y Musitu, G. (2002). *Evaluación de recursos y estresores psicosociales en la comunidad*. Madrid: Síntesis.

Gissi, J. (1986). *Psicosociología de la pobreza*. Cuadernos de Psicología. Pontificia Universidad Católica de Chile. Cuaderno n.º 5.

Gissi, J. (1990). *Psico-antropología de la pobreza*. Oscar Lewis y la realidad chilena. Santiago de Chile: Psicoamerica Ediciones.

Gottlieb, B. H. (1981). Social networks and social support in community mental health. En B. H. Gottlieb (Ed.), *Social networks and social support*(pp. 11-42). Londres: Sage.

Gottlieb, B. H. (1983). *Social support strategies: Guidelines for mental health practice*. Beverly Hills, Sage Publications

Guevara V., Carmen A. (2015) La educación popular: campo de acción profesional del trabajador social *Telos*, vol. 17, núm. 2, mayo-agosto, pp. 308-323 Universidad Privada Dr. Rafael Beloso Chacín Maracaibo, Venezuela

Gómez, L., Pérez, M., & Vila, J. (2001). *Problemática actual del apoyo social y su relación con la salud: una revisión*. *Psicología conductual*, 9, 5-38.

Gómez, L., Pérez, M., & Vila, J. (2001). *Problemática actual del apoyo social y su relación con la salud: una revisión*. *Psicología conductual*, 9, 5-38.

Gracia, E. & Herrero, J. (2006). *La comunidad como fuente de apoyo social. Evaluación e implicaciones en los ámbitos individual y comunitario*. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 38, 327-342.

Gracia, E. (1997). El apoyo social en la intervención social y comunitaria. En E. Gracia (Ed.), *El Apoyo Social en la Intervención Comunitaria* (pp. 19-51). Madrid: Paidós.

Guzmán, J. M., Huenchuan, S. (2003). *Redes de Apoyo Social de las personas mayores: Evidencias Para América Latina*. Ponencia presentada en el III Congreso Panamericano de Gerontología “El Desafío en Envejecer en las Américas”, Mar del Plata Argentina, 30 de abril al 3 de mayo.

Heller, K. (1979). *The effects of social support: Prevention and treatment implications*. En A.P. Goldstein y F.H. Kanfer (Eds.), *Maximizing treatment gains: Transfer enhancement in psychotherapy*. New York: Academic Press.

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2006). *Metodología de la investigación (4th ed.)*. México: McGraw-Hill.

Horkheimer Max (1973). *Crítica de la Razón Instrumental*, Buenos Aires, Ed. Sur.

House, H. S. (1981). *Work, stress and social support*. Reading, MA: Addison Wesley.

Huerta-González, Arturo. 2009. *Hacia el colapso de la economía mexicana. Diagnóstico, pronóstico y alternativas*. México: UNAM.

IMJUVE (2013) *Diagnóstico de la situación de los jóvenes en México*.

Jiménez Bautista, Francisco (2007), “*La violencia y sus causas*”, en Jiménez Bautista, Francisco y López Martínez, Mario, *Hablemos de paz*, Pamplona, Colombia: Universidad de Pamplona.

Jiménez Ramos, J. (2010). *Reflexiones sobre el pensamiento de freire la educacion popular y los sueños*. Encontrado en <http://blogs.zemos98.org/jochimet/2010/11/30/reflexiones-sobre-el-pensamiento-de-paulo-freire-iv-la-educacion-popular-y-los-suenos/>

- Johnson, J. I. H., Sarason, I. G. (1979b). Recent Developments in Research on Life Stress. En V. Hamilton y D. M. Warburton (Eds), Human Stress and Cognition: An information processing approach, London: Wiley.
- Johnson, J. I. H., Sarason, I. G. (1979a). Moderator variables in life stress research. En I.G. Sarason y C.D. Spielberger (Eds.), Stress and anxiety (Vol. 6). Washington, D.C: Hemisphere.
- Kasl, S. y Wells, J. (1985). *Social support and health in the middle years: Work and the family*. En S. Cohen y S.L. Syme (Eds.), Social support and health. New York: Academic Press.
- Katz, A.: (1993). *Self-help and mutual aid: An emerging social movement?*. Annual Review of Sociology, 7. Págs. 129-145.
- Lin, N., Dean, A. y Ensel, W. (1986). *Social support, life events and depression*. New York: Academic Press.
- López de Roda, A y Sánchez, E. (2001) *Estructura social, apoyo social y salud mental*. *Psicothema* ISSN 0214 - 9915 CODEN PSOTEG 2001. Vol. 13, nº 1, pp. 17-23 Copyright © 2001 Psicothema.
- Manheimn, K. (1993). *El problema de las generaciones*. En revista española de investigaciones sociológicas. Num 62. Madrid. CIS. Pp. 193-242.
- Martín-Baró, I. (1973). *Psicología del campesino salvadoreño*. Estudios Centroamericanos, 297/298, 476-495.
- Martín-Baró, I. (1998). *Hacia una Psicología de la Liberación (Cap. 9)*. En I. Martín-Baró. *Psicología de la Liberación* (pp. 283-302). Madrid: Trotta.
- Dorfman, A & Mattelart, A. (2010) *Para leer al pato Donald*, México. Siglo XXI.

Maya, I. (2004). *Sentido de comunidad y potenciación comunitaria*. Apuntes de Psicología, 22, 187–211.

Mead, Margaret (1994), “*La guerra es sólo una invención y no una necesidad biológica*”, en Vásquez, John [ed.], *Relaciones Internacionales: el Pensamiento de los Clásicos*, México: Limusa.

Medina, A. (1995). *La formación del educador social: modelo de desarrollo profesional*. Universidad de Sevilla. España.

Mori Sánchez, M. del Pilar. (2008). *Una Propuesta Metodológica para la Intervención Comunitaria* [archivo PDF]. Recuperado de <http://www.scielo.org.pe/pdf/liber/v14n14/a10v14n14.pdf>

McMillan, B. y Chavis, D. M. (1986). *Sense of community: A definition and theory*. Journal of Community Psychology, 14, 6–23. [http://dx.doi.org/10.1002/1520-6629\(198601\)14:1<6::AID-JCOP2290140103>3.0.CO;2-I](http://dx.doi.org/10.1002/1520-6629(198601)14:1<6::AID-JCOP2290140103>3.0.CO;2-I)

Mondragón, O. (2017). *La metafísica de la violencia. Un breve acercamiento a la realidad mexicana de hoy*. En L. Herrero-Lasso (Coord.). *Fenomenología de la violencia. Una perspectiva desde México*. México. Siglo XXI

Montero, M. (2006). *Hacer para transformar*. Buenos Aires: Paidós.

Mori Sánchez, M. del Pilar. (2008). *Una Propuesta Metodológica para la Intervención Comunitaria* [archivo PDF]. Recuperado de <http://www.scielo.org.pe/pdf/liber/v14n14/a10v14n14.pdf>

Mikkelsen, F.M. (2009). *Satisfacción con la vida y estrategias de afrontamiento en un grupo de adolescentes universitarios de Lima*. Tesis de Licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Perú. Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Perú.

Musitu, G. y Allatt, P. (1994). *Psicosociología de la familia*. Valencia: Albatros.

Musitu, G., Román, J.M. y Gutiérrez, M. (1996). *Educación familiar y socialización de los hijos*. Barcelona: Idea Books.

Musitu, G y Buelga, S. (2009) *Psicología social comunitaria*. Trillas, México.

Olivares, A. (2007). “*La educación ayudará a combatir la desigualdad social: De la fuente*”, en La jornada, 6 de julio

Orcasitas Pineda, L; Uribe Rodríguez, A. *La importancia del apoyo social en el bienestar de los adolescentes*. *Psychologia. Avances de la disciplina*, vol. 4, núm. 2, julio-diciembre, 2010, pp. 69-82 Universidad de San Buenaventura Bogotá, Colombia.

Organización Mundial de la Salud, (1979). *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer*. New York.

Palomar, J y Lanzagorta, N. (2005). *Pobreza, recursos y movilidad sociales*. Revista Latinoamericana de Psicología, 37, 9-45.

Palomar, J. & Cienfuegos, Y. I. (2006). Impacto de las variables de personalidad sobre la percepción de la pobreza. *Anales de Psicología*, 22, 217-233.

Palomar, J. & Valdés, L. M. (2004). Pobreza y locus de control. *Interamerican Journal of Psychology*, 38, 225-240.

Parra, C. M. (2007). Apuntes para una definición del fatalismo. *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, 28, 71-77.

Pavón, D. (2017). *Marxism and Psychoanalysis: In oragainstPsychology?* (ConceptsforCriticalPsychology). Routledge.

Pérez, M. & Livacic, P. (2002). Desafíos para la psicología latinoamericana. *Papeles del Psicólogo*, 83, 21-26.

Perea Restrepo, C. M. (2008). *Pandillas: muerte y sentido*. Urvio: Revista latinoamericana de Seguridad Ciudadana, 4, 23-34

Pérez Islas, J. (2013). *Las transformaciones en las edades sociales en Los jóvenes en México*. México: FCE.

Prilleltensky, I. (2004). *Prólogo: validez psicopolítica: el próximo reto para la psicología comunitaria*. En Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.

Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. New York, NY: Simon and Schuster. <http://dx.doi.org/10.1145/358916.361990>

Richardson, F. (1995): *Redefining Self-Help. Pólice and practice*. Jossey-Bass.

Reguillo, R. (2013). *Juventudes demediadas*. En los jóvenes en México, Coordinadora Rossana Reguillo, FCE. México.

Rivera, González, J. (2012). *El deterioro del Capital Social como promotor de la violencia y la delincuencia entre la población del municipio de Rioverde, San Luis Potosí*. México. Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Rodríguez, C. (2001) *Participación juvenil y ciudadanía. Protagonismo juvenil en proyectos locales: Lecciones del cono Sur*.

Rotter, J. (1966). *Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement*. *Psychological Monographs*, 80 (número monográfico).

Sánchez Vidal, A. (2001). *Medida y estructura interna del sentimiento de comunidad: un estudio empírico*. *Revista de Psicología Social*, 16, 157–175. Publishers. San Francisco.

Secretaría de Economía Nacional. *Censo de población 1940. Resumen general*, México, 1943.

Seeman, M. (1959). On the Meaning of Alienation. *Sociological Review*, 24, 783-791.

Seeman, M. (1975). Alienation Studies. *Annual Review of Sociology*, 1, 91-123.

Seeman, M. (1991). Alienation and Anomia. En J. Robinson, P. Shaver y L. Wrightsman (eds.): *Measures of Personality and Social Psychological Attitudes* (pp. 291-327). San Diego: Academic Press.

Shinn, M. y Toohey, S.M. (2003). *Community contexts of human welfare*. Annual Review of Psychology 54, 427-459.

Silverman, David, *The Theory of Organizations, a Sociological Framework*, Nueva York, Basic Books, 1971.

Sociedad Mexicana de Psicología, (2007). *Código Ético del Psicólogo*. México. Editorial Trillas.

Tamara, O., Betancourt, H., Gonzalez, M., & Martella, D. (2016). *Fatalism, attributions of failure and academic performance in Mapuche and Non-Mapuche Chilean Student*. Anales de psicología. Obtenido de <http://revistas.um.es/analesps/article/view/analesps.32.2.213751>

Tezanos, J. (1991). *La explicación sociológica: Una introducción a la sociología*. Madrid: UNED.

Thibaut, J., y Kelley, H. (1959). *The Social Psychology of Groups*. Nueva York: Wiley.

Torres Maestro, Ismael (2013). *Juventud(es) y violencia estructural. VII Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Touraine, A. 1987. *La Parole et le Sang*. París. Ed. Plon.

Touraine, A (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, FCE, México.

Urteaga Castro-Pozo, M. (2013). *Género, clase y etnia en Los jóvenes en México*. México: FCE. Coordinadora Rossana Reguillo.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo Gore*. España: Melusina.

Valdez, M. (2013). *Los jóvenes en cifras*. En los jóvenes en México, Coordinadora Rossana Reguillo, FCE. México.

Valenzuela, J, M. (2012). *Narcocultura, violencia y ciencias antropológicas*, en Revista Desacatos, núm. 38.

Vallejo-Martín M, Moreno, Jiménez M y Ríos-Rodríguez, M. (2016) *Sentido de comunidad, fatalismo y participación en contextos de crisis socioeconómica*. Departamento de Psicología Social, Trabajo Social, Antropología Social y Estudios de Asia Oriental, Universidad de Málaga, Málaga, España.

Villarreal-González, M. Musitu, G. Sánchez Sosa, J. Varela, R. (2010). *El Consumo de Alcohol en Adolescentes Escolarizados: Propuesta de un Modelo Socio-comunitario*. Colegio Oficial de Psicólogos de Madridm ISSN: 1132-0559 - DOI: 10.5093/in2010v19n3a6. Intervención Psicosocial Vol. 19, n. 3, 2010 - pp. 253-264.

Zimmerman, M. A. (2000). Empowermenttheory: Psychological, organizational, communitylevel of analysis. En J. Rappaport y E. Seidman (Eds.), *Handbook of communitypsychology* (pp. 43–63). New York: KluwerAcademic. http://dx.doi.org/10.1007/978-1-4615-4193-6_2

Anexo 1

Fundamentación teórica del taller.

Para Caplan (1974), los sistemas de apoyo desempeñan un papel fundamental en el mantenimiento del ajuste y bienestar, debido a que una de sus funciones principales es tratar de otorgar las herramientas psicosociales que permiten satisfacer las necesidades tanto psicológicas, emocionales e instrumentales de las personas. Unas provisiones que adquieren una mayor importancia ante condiciones, situaciones o transiciones vitales con las que el individuo no poder por sí mismo. Si los sistemas de apoyo no son capaces de satisfacer las necesidades psicosociales que surgen ante esas situaciones, se incrementa la probabilidad de que se generen situaciones de riesgo (Caplan 1974) y aparezcan problemas de ajuste psicológico y social. De ahí la importancia del apoyo social en las intervenciones de carácter preventivo.

El concepto de apoyo social iba a proporcionar una nueva perspectiva y un conjunto más amplio de opciones para la intervención (Cornes, 1994) al utilizar el potencial de los vínculos sociales para responder a condiciones vitales cambiantes. Entonces podemos entender al apoyo social como un concepto dinámico y con la amplitud para ajustarse a diferentes formas de trabajo, y para tratar problemas tan distintos como lo son el tabaquismo, pacientes oncológicos, para tratar diferentes adicciones, etc. En este caso, la propuesta es que ayude a reducir los niveles de fatalismo en un grupo de jóvenes, por lo que es necesario hacerlo a partir de la conformación de grupos, en donde se pueda reflexionar sobre las inquietudes particulares de cada participante que devendrán en una conceptualización dentro de una problemática general más amplia.

La idea de que los sistemas de apoyo, tanto en el grupo primario como en la comunidad, proporcionan las provisiones psicosociales necesarias para mantener el bienestar y el ajuste psicosocial se refleja en las conceptualizaciones (Nan Lin, 1986) y análisis posteriores de este constructo, así como en la justificación de la necesidad de incorporar el apoyo social en las estrategias de intervención social. Así, para Nan Lin (1986) y sus colaboradores, el apoyo social es el proceso por el cual los recursos en la estructura social (relaciones íntimas, red social y comunidad) permiten satisfacer necesidades (instrumentales y expresivas) en situaciones cotidianas y de crisis. Una idea que también recoge el modelo propuesto por Kahn y Antonucci (1980), según el cual el convoy que rodea a la persona (círculo íntimo, intermedio y externo), en la medida en que es capaz de satisfacer las necesidades de apoyo social, permitirá superar las dificultades y retos que aparecen a lo largo del ciclo vital de las personas. Desde ambas

perspectivas, en la medida en que estas necesidades no son satisfechas por la estructura de relaciones sociales, se incrementa el riesgo en la salud y el ajuste psicosocial.

A través del modelo de apoyo social se buscarán herramientas de autogestión con la comunidad afectada por la falta de un empleo digno y el síndrome fatalista que esto desencadena muchas veces, reiteramos que será por medio de grupos de apoyo en donde aprovechando estos vínculos, por medio del reconocimiento propio de sus problemáticas, tengan un mejor bienestar y se trabajarán programas de apoyo para los afectados. Trabajando para ello los diferentes elementos de los que se compone el síndrome fatalista.

Esta propuesta de intervención, parte del análisis de los resultados obtenidos de la evaluación del programa “Jóvenes construyendo el futuro”, identificando la prevalencia, las problemáticas en torno al problema del fatalismo y tratando de encontrar una estrategia, para poder fortalecer algunos aspectos del mismo programa, esto podría lograrse con la creación de espacios en donde los jóvenes pertenecientes al mismo, pudieran hablar de sus inquietudes con sus pares, de sus deseos y expectativas. Todo es posible por medio de una propuesta con una base pedagógica, ya que, al ser estudiantes de licenciatura los implicados, sería la manera idónea de llegar a ellos. Al tiempo que se busca la movilización social, la organización y creación de redes comunitarias para la atención, el apoyo social frente a las situaciones de violencia, riesgo o vulnerabilidad que se viven por ser joven y por ser desempleado. Así mismo, establecer estrategias de capacitación permanente a los becarios que les otorgue la confianza, conocimiento de sí mismos y el entorno y otras herramientas psicosociales para mejorar su bienestar.

Lo anterior será posible, si nos amparamos en algunas propuestas educativas que han dado resultado dentro de la psicología comunitaria y diferentes intervenciones psicosociales. Estas propuestas educativas, como la educación popular, se insertan en un nivel epistemológico diferente a las más tradicionales, a la vez que conciben al educando, como un ser ontológicamente distinto, haciendo del mismo sujeto crítico de su propia realidad y constructor de su propio conocimiento, como dicen Ávila y Vera (2009), está basado en un modelo de interpretación social que prioriza el análisis del desarrollo histórico cultural, propiciando, de esta manera, el análisis crítico de la misma.

Una marco referencial para las intervenciones comunitarias que tienen como objetivo un análisis crítico y un papel activo de los participantes, es la IAP, proveniente de la investigación acción y con un fuerte desarrollo en la Latinoamérica, principalmente por Borda (1972) esto debido

a su capacidad para hacer comprender la conexión existente entre los individuos y su contexto social, algunas de las premisas básicas de esta corriente forman parte del método que se utiliza en la implementación de este taller, se han vuelto parte de la concepción epistemológica que tiene la psicología comunitaria de la realidad y a la vez, muchas de estas acciones, son parte de los objetivos mismos del taller, desde lo propuesto por Balcázar, 2003, aquí enumero las más importantes:

1. Proveer un rol igualitario a investigadores y participantes, con la finalidad de establecer un control sobre sus propias acciones.
2. Fomenta relaciones de colaboración, lo que permite estar activamente implicados en la planificación de programas de intervención, los usuarios aprender a identificar recursos y adquieren habilidades para afrontar y gestionar sus retos y problemas.
3. Asegura la voz de los colectivos oprimidos, se responsabiliza a los participantes en la tarea de dar forma a las preguntas de investigación, también implicarse en identificar los criterios y pautas con las que deben ser evaluadas sus acciones.
4. Animar a los participantes a reconocer, usar y promover sus propias fortalezas y recursos para lograr sus metas, así como la fuerza y el poder de sus comunidades.

Siguiendo las enseñanzas pedagógicas de Freire, el primer paso que se debe aplicar es la decodificación de imágenes o fase preparatoria, en este paso se identifica la realidad y las demandas populares (Ávila y Vera, 2009) siguiendo la premisa de que la fuente principal para el conocimiento es la realidad misma. Estas imágenes codificadas con el propósito de reflexionar en torno al binomio sociedad-naturaleza (Freire, 2012), posteriormente, hay una etapa de concientización y que se desprende de la etapa anterior en donde surgen palabras generadoras que reflejan más cerca los problemas vividos, el propósito es superar la percepción mágica de la realidad y reemplazarla por una más reflexiva y activa siendo al mismo tiempo beneficiarios y actores de estos procesos de transformación sociopolítica (Guajardo, 1991).

De Montero (1984), se rescatan el diálogo y participación, definidos como los dos elementos pedagógicos claves de nuestra disciplina para el fomento de relaciones horizontales entre el educador y el educando y que va en total congruencia con los principios de la IAP y con los de la EP, respetando el saber y la cultura populares. Además tomaremos en cuenta la definición

del Fatalismo de esta autora, esto para conocer cómo se entiende desde esta propuesta de taller, este fenómeno de naturaleza psicosocial:

Es la imagen predominantemente negativa que el latinoamericano medio tiene de sí mismo respecto a otros pueblos, denota la interiorización de las situaciones de exclusión en la propia identidad, convirtiéndose en el semillero propicio al fatalismo conformista, tan conveniente para la continuidad del status quo (Montero, 1984).

Por último, todo esto va aunado a la tarea que Martín-Baró le asigna a la psicología latinoamericana y que se fundamenta en tres tareas principales: La recuperación de la memoria histórica (1986), la capacidad de retomar los elementos que en el pasado le dieron identidad y autonomía a los pueblos latinoamericanos, la desideologización de la vida cotidiana, rescatar la experiencia subjetiva de los grupos y las personas y devolverla como dato objetivo, susceptible de ser analizado y cambiado y por último, la reivindicación y potenciación de las virtudes populares, como generadores de conocimiento y promoviendo su participación sociopolítica, así como volviéndolos actores sociales protagonistas de su propio cambio.

Referencias.

- Ávila, M y Vera, A. (2009) Educación popular y promoción del bienestar. México, Trillas.
- Balcázar, F. (2003). La investigación acción-participativa en la psicología comunitaria: principios y retos.
- Caplan G. (1974). Support systems and community mental health: lectures on concept development. New York: Behavioral Publications.
- Cornes, J. M. (1994). El apoyo social; su relevancia en la práctica psiquiátrica. Revista Psiquiátrica. Facultad Medicina Barna, 21: 147-152.
- Freire, P. *La pedagogía del oprimido*. (2012) México, Siglo XXI.
- Freire, P. *La educación como práctica de la libertad*. México, siglo XXI.
- Guajardo, M. (1991). Teoría y práctica de la educación popular. Pátzcuaro, México: CREFAL.
- Kahn, R.L. y Antonucci, T.C. (1980). Convoys over the life course: Attachment, roles and social support. En P.B. Baltes y O.G. Brim (eds.), Lifespan development and behavior, vol. 3 (pp. 253-286) San Diego, CA Academic Press.
- Lin, N. (1986). Conceptualizing social support. En N. Lin, A. Dean, & W. Ensel (Eds.), Social support, life events, and depression (pp. 17-30). Nueva York: Academic Press.
- Martín-Baró, I. (1986). *Hacia una psicología de la liberación*. Boletín de psicología, 22, 219-231, San Salvador: UCA editores.

Montero, M. (2006). *Hacer para transformar*. Buenos Aires: Paidós.

Montero, M. (1984). *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas: Universidad central de Venezuela, 1984.

Anexo 2.

Programa: Apoyo social, solidaridad y esperanza

Objetivo general: Promover la construcción de grupos de apoyo social con la participación de los jóvenes, para el fortalecimiento del bienestar.

Objetivo específico: Facilitar la creación de redes de apoyo entre jóvenes por medio de grupos de apoyo social.

<i>Actividad</i>	Objetivo	Desarrollo		Tiem po
<i>Inicio</i>	Recibir a los y las participantes, para el conocimiento entre ellos	Presentación de los participantes, haciendo énfasis en un aspecto positivo de ellos mismo	Una pelota para hacer más interactiva la dinámica	10 minutos
<i>Unidad 1</i> <i>Apoyo social y la esperanza individual</i>	Detectar la necesidad o problema y estructurar una intervención desde el nivel grupal	Dar una pequeña introducción a los participantes sobre el papel de los jóvenes como grupo etario, así como la importancia de la formación de grupos de ayuda; cada participante debe de manifestar sus expectativas y sus inquietudes respecto del programa	No necesita material	10 horas
<i>Unidad 2</i> <i>Contrarrestando al fatalismo</i>	determina r qué tan válidas	Se divide al grupo en parejas y a cada una se	No se necesita	10 horas.

Unidad 3
sociogra
ma para la
solidaridad
mutialidad
y

<p>son las creencias propias generalizadas en función de los sentimientos que producen y que terminan causando el fenómeno del fatalismo.</p>	<p>le da un sentimiento para analizar. El análisis se debe centrar en el significado exacto de cada palabra. Se le pide a los participantes que analicen y verifiquen la aplicación de estas creencias (que es de donde surgen los sentimientos) a distintas situaciones.</p> <p>Evaluación Se cierra con una pequeña discusión del cuento, haciendo énfasis en la relatividad de las creencias.</p>		
<p>Evaluación de lo aprendido dentro del taller</p>	<p>Se elige un tema para representar y se deben elegir cuidadosamente las actitudes o reacciones (Se</p>	<p>No se necesita material</p>	<p>10 horas</p>

	<p>eligen de los sentimientos emitidos en la dinámica anterior) que puedan transmitir mejor el mensaje. Se ensaya un poco y se utilizan expresiones conocidas para dar mayor nitidez a lo que queremos decir. Ejemplo: para expresar alegría reír o temblar para expresar frío.</p> <p style="text-align: center;">Evaluación</p> <p>Una vez concluida la representación, se les pregunta a los participantes qué opinan de los sentimientos que les genera cada situación (Qué piensan de lo que piensan y sienten). Se debe insistir en la importancia que tiene la</p>		
--	--	--	--

	detección de las propias creencias. Se hace un listado de las creencias generalizadas.		
<i>Cierre</i>	<p>Evaluación de lo aprendido dentro del taller</p> <p>El facilitador prepara un resumen sobre una situación o problema que tenga que ver con el tema que se está trabajando, bajo la forma de un caso. El objetivo es reducir al absurdo algunas creencias que subyacen a las situaciones que promueven la percepción fatalista de la vida.</p> <p>Evaluación. Como actividad complementaria, se utilizará la actividad del dibujo de la “vieja y la joven” para diferenciar</p>	El dibujo de la vieja y la joven	90 minutos.

	elementos subjetivos y personales que están presentes cuando observamos un hecho o una situación de la realidad.		
--	--	--	--